

LA AMISTAD

Juan María de la Mennais:

- ✓ Un hombre de corazón
- ✓ Un hombre de gran sensibilidad
- ✓ Un hombre rodeado de amigos y amistades

El documento comprende cartas a diferentes amigos a partir de las cuales podemos reflexionar personalmente para descubrir cómo Juan María se comportaba con sus amistades.

Será también la ocasión de mirar nuestra vida, la manera de comportarnos en nuestras amistades, en nuestras relaciones, en las pruebas de la vida.

Entre las amistades de Juan María hay mujeres con las cuales se comunicaba en una profundidad digna de la amistad.

Para ayudar a profundizar

Paso 1:

- ✓ Anoto el nombre de mis amigos/as
- ✓ ¿Quién es un/a amigo/a para mí? Defino

Paso 2

- ✓ ¿Cuál es el origen de estas amistades?
- ✓ ¿Cuál es su fundamento?
- ✓ ¿Cuál es el objetivo que persigue?
- ✓ ¿De qué habla en sus cartas?
- ✓ ¿Cuál es el rol de lo espiritual en las relaciones humanas?
- ✓ A partir de las cartas trabajadas, ¿qué puedo decir de JMLM, cómo es él con sus amigos, qué estilo de relaciones manifiesta?

Paso 3

- ✓ ¿Cuál es el origen de esas amistades?
- ✓ ¿Dónde se sostienen?
- ✓ ¿Qué hace que la llama de la amistad se mantenga viva?
- ✓ Y si aquella amistad fue desapareciendo poco a poco, ¿qué nos pasó?

Paso 4

- ✓ ¿Siento que voy tejiendo amistades nuevas en este proceso hacia la pertenencia?

Paso 5

- ✓ Le escribo una carta a un/a amigo/a
- ✓ Rezo por mis amigos/as

CORRESPONDENCIA CON BRUTÉ DE RÉMUR

Simon Guillaume Gabriel Bruté de Rémur nació en Rennes el 20 de marzo de 1779. Después de sus estudios de medicina, entró en 1803 en el seminario de San Sulpicio y fue ordenado sacerdote el 11 de junio de 1808. Es nombrado profesor del gran seminario de Rennes. Unido por una gran amistad a Juan María y a Feli tuvo sobre ellos una gran influencia. En 1818 fue a las misiones de América en Baltimore y a partir de 1812 en Emmitsburg. En mayo de 1834 fue nombrado obispo de Vincennes (Indiana). Murió el 26 de junio de 1839.

CARTA A BRUTE DE REMUR, 16 de agosto de 1807

(Juan María tiene 27 años y está condenado al reposo. El joven sacerdote se ha entregado sin medida como vicario de la catedral de San Malo, profesor en el colegio eclesiástico, predicador, director de almas, consejero espiritual de poderosos y de pobres, el hombre ha sido devorado por el sacerdote. Se retira a la Chesnais en compañía de su hermano Feli. Este año escribirá El Torrente de ideas vagas)

Querido Bruté, desde hace mucho tiempo tengo el proyecto y el deseo de darte noticias mías y saber de ti, y si no lo he hecho antes es porque estoy enfermo y tengo por ello derecho a ser perezoso. Me hubiese gustado poder anunciarte mi restablecimiento, pero desgraciadamente hasta ahora, lo he esperado en vano. Mi hermano y yo estamos retirados en una casa de campo que nos pertenece, está situada a una legua y media de Dinán, aquí vivimos desde hace diez meses como verdaderos eremitas y en una soledad profunda. Hemos prohibido al aburrimento de acercarse a nosotros y hasta ahora no ha osado ni una sola vez acercarse, pero la salud no ha sido tan dócil y aunque la llamemos con todas nuestras fuerzas, no viene y no parece que podamos contar con ella en bastante tiempo. Sin embargo nuestro estado no es tan malo, y nuestro médico dice que no estar peor es estar mejor. Quisiera creerle y si esto continúa, no desespero en morir con buena salud.

Lo que es cierto es que el mejor de todos los remedios es reposar dulcemente nuestra voluntad en la voluntad de Dios que no piensa sobre nosotros más que pensamientos de paz, que no medita sobre nuestro miserable corazón más que meditaciones de amor. ¿No estás de acuerdo conmigo, señor doctor, y no aconsejas a tu amigo enfermo que no pierda ni una sola gota de este cáliz amargo que la mano de Dios le presenta? Ojalá pueda tragarle hasta las heces y no me canse de adorar y bendecir a esta Providencia llena de misericordia y que quiere enriquecerme con todos los tesoros de la cruz.

¿Sabes algo del sacerdote Bossard? Hace un siglo que no sé nada de él. Si tuviese su dirección le escribiría unas palabras, pues no le olvido y me molestaría que me pusiese antes de tiempo en la lista de los muertos en los que ya no se piensa.

Me gustaría que te informases sobre las condiciones que las Damas de la Visitación piden a los sujetos que reciben, si puedes indicarme la suma de dinero que piden, me bastaría indicándome a donde debo dirigirme en París para ulteriores informaciones.

Como estoy encargándote comisiones, me atrevo a pedirte que des recuerdos de mi parte a Duclaux y que le digas que la Sra. Pouget me ha hecho saber el cariñoso interés que muestra hacia mí. Le hubiese escrito para darle las gracias si no temiese distraerle de sus ocupaciones y abusar de su delicadeza y bondad. Te pido, querido amigo, que seas el intérprete de mi reconocimiento y que le transmitas mis sentimientos de respeto y amistad que no se debilitarán jamás.

Lo mismo te digo a ti, querido amigo, ellos durarán toda mi vida y más allá. Te amaré siempre, pues te amo en Jesucristo. Adiós, querido Bruté, reza por mí, pide al Señor que me alimente de su voluntad, y que continuamente mi corazón repita este Fiat de resignación, este Amén de amor, que es el grito eterno de los ángeles y la más bella oración que podemos hacer aquí abajo.

CARTA A BRUTE DE REMUR, 2 de febrero de 1808

Querido amigo, no puedo expresarte todo mi reconocimiento por tu cariñoso recuerdo y por lo que me dices. Estoy lleno de reconocimiento y te confieso que desde hace mucho tiempo no había experimentado una alegría tan grande. Te lo pido por favor, querido Bruté, estrechemos de nuevo los lazos que nos unen, quiero poner mi alma en la tuya, porque sé que la tuya es totalmente de Jesucristo, y deseo cada vez más que nos amemos en solo amor, que nos ayudemos en servirle, que su divino espíritu nos anime, nos abrace y que nuestro corazón esté lleno de una ardiente caridad.

Y ¿en qué momento sería más necesario que ahora, querido amigo, el unirnos y estrecharnos unos a otros? Nuestra madre, la santa Iglesia, ¿no es atacada por todas partes? Y si sus enemigos ponen en común sus talentos, sus medios, su odio, su audacia ¿por qué no oponer juntos nuestro esfuerzo a su esfuerzo y animarnos mutuamente a combatir y vencer? Sí, a pesar de la distancia que nos separa podemos edificarnos mutuamente, animarnos, ayudarnos. Nuestras oraciones son la mejor arma, unámoslas y pidamos juntos al Señor que dé a nuestra pobre Francia un apóstol que renueve la faz de la tierra. Ojalá Dios suscitate en medio de nosotros un San Francisco Javier, cuántos milagros obraría aún. No dudemos de ello, querido amigo, con su palabra humilde y fuerte los cristianos despertarían del sueño de la indiferencia y veríamos renacer la belleza de los días antiguos. Dios mío, qué gracia tan grande. Y ¿cómo osaríamos pedirla después de haber despreciado todas las que ya nos han sido hechas? Sin embargo, tengamos confianza en la gran misericordia del Señor Jesús, quizá escuche nuestros deseos y no retenga su misericordia encadenada en su cólera.

Te agradezco mil veces, querido amigo, las dos imágenes que me has enviado. Las conservaré cuidadosamente. Nuestros seminaristas han querido copiar las bellas oraciones que las acompañan y estoy seguro que todos las recitarán con gran fervor.

Desde hace tres meses estoy menos enfermo. Sin embargo no estoy curado y sólo en primavera quedará mi salud restablecida perfectamente. A veces me pasa el desear reponer en seguida mis fuerzas para reemprender en seguida mis trabajos. Sin embargo, lo mejor sería, me parece, no desear nada y esperar, en paz, todo lo que le plazca al Señor ordenar. Si fuésemos lo suficientemente sabios como para no querer más que lo que Él quiere, como

observa San Juan Clímaco, nuestra vida sería un viaje que haríamos durmiendo. Pero no tenemos suficiente confianza y fe y nos agitamos, nos turbamos en vez de permanecer dulcemente en el seno de Dios, como niños sencillos y dóciles. Esto da pena, uno teme entregarse, abandonarse, perderse y uno se vuelve a encontrar con todas sus inquietudes y todas sus miserias. ¡Qué bella propiedad!

Lo que me dices de Janson me ha edificado de modo especial. Es necesario felicitarle por haber abandonado el mundo para entrar en esta casa en la que Dios ofrece tan abundantemente desde la mañana los dones de su misericordia. Verdaderamente, señores de San Sulpicio, son demasiado felices, y lamento que no esté permitido tener envidia.

Actualmente tenemos unos ochenta alumnos, en todas las clases, en nuestro pequeño seminario de Saint-Malo, de los cuales podemos contar con más de sesenta para el estado eclesiástico. Todos están animados del mejor espíritu, gracias al celo de los cuidados infatigables de Vielle que está al frente de nuestra excelente obra...

Adiós querido Bruté, no dejes de escribirme y sobre todo de anunciarme el día de tu ordenación. De antemano te pido que me concedas un sitio en tu memento y que coloques sobre tu patena al mejor de tus amigos. Adiós de nuevo, vivamos, vivamos en las entrañas de la caridad divina, como dice San Francisco de Sales cuya fiesta hemos celebrado el viernes pasado, y que me perdonas por citar estas palabras tuyas: es necesario poner todo el coraje para servir lo mejor y más valientemente posible al Señor, porque ¿por qué creemos que Él ha querido hacer un solo corazón de los dos sino para que este corazón sea atrevido, fuerte, animoso, constante y enamorado de su Creador y Salvador?

EXTRACTOS DE CARTAS A BRUTE DE REMUR

CARTA A BRUTE, 3 de octubre de 1808

Eres culpable, mi querido Bruté, y yo te acuso. Desde hace mucho tiempo no has dicho ni una sola palabra, ni una sola palabra. Te prevengo que no aceptaré excusas por escrito, es necesario que vengas tú mismo a hacerlas de viva voz y a defenderte en persona. Si aceptas esta penitencia, todo será olvidado, todo será perdonado y no pensaremos más que en la dicha de vernos, de abrazarnos, de decirnos mil veces lo que nunca diremos suficientemente. El sacerdote d'Humières que ha aceptado llevarte esta carta me ha prometido de unir su insistencia a la mía. Espero que no te resistas y te espero con gran impaciencia.

No habrás olvidado que todo lo que te he dicho de comprar una pequeña casa para que sirva de pequeño seminario es secreto. Creen en general que es una donación pura y simple, y nosotros tenemos buenas razones para no dar a conocer al público el fondo del asunto.

Adiós mi querido amigo, te escribo estas dos palabras de prisa, pero no puedo resistir al deseo de reñirte porque probablemente de aquí a un buen tiempo no encontraré una tan buena ocasión, contigo son raras. Adiós de nuevo, reza por tu amigo, ponme en tu patena, ponme al pie de la cruz. Qué bien se

está allí. El sacerdote Hay y mi hermano te desean lo mejor y la más tierna amistad.

J. M. Mennais

CARTA A BRUTE DE REMUR, 3 de noviembre de 1808

D. S.

Te decía en mi última carta, mi querido Bruté, de colocarme al pie de la cruz, pero no te pedía que me crucificases completamente, y sin embargo es lo que has hecho, al faltar a tu palabra. Con qué ansia deseaba que la hubieses cumplido. Cada vez que la diligencia de Rennes llegaba, mandaba a preguntar si Bruté había llegado y me consolaba que no hubiese venido esperando que no tardara en venir. Esperanza vana. Ahora sólo me queda lamentarme y mis lamentos son vivos y amargos. Cuantas cosas tenía que preguntarte y confiarte. Apenas se puede escribir nada, pero cuando uno se ve, la franqueza habla y la amistad lo dice todo. Puesto que Dios quiere que nos dediquemos a la misma obra es esencial que nos escuchemos, que sigamos el mismo plan, las mismas ideas de no ser más que uno. Trázanos el camino, condúcenos de la mano y marcharemos por tus pasos, tus consejos serán nuestra ley, tus ejemplos nuestra regla. No tomes esto como un cumplimento. Es necesario marchar de acuerdo o nada irá bien. Es necesario que no haya más que una sola acción, y en consecuencia que todo obedezca al pensamiento pensado. Vielle piensa escribir a Gueretrie para decirle que son esos nuestros sentimientos y que veremos siempre con gran alegría el que se multipliquen y estrechen cada vez más los lazos que estrecharemos contigo.

Si nuestra unión con el gran seminario es nuestra fuerza, será también nuestro consuelo y verdaderamente, querido amigo, tenemos necesidad de vez en cuando de ser consolados y sostenidos. Hemos experimentado las más duras contradicciones y espero que esto no acabe. Cuando alguien nos da una patada en el pie, viene otro a darnos dulcemente otra en la espinilla y al uno y al otro respondemos: Dios sea bendito y te bendiga. Lo cierto es que cada día tenemos más motivos para bendecirle, porque nuestro establecimiento crece, si no por encima de nuestros deseos sí por encima de nuestras esperanzas. A menudo recuerdo esta palabra de Bourdoise, si cuando trabajan en la obra de Dios se unen contra ustedes, marchen con ánimo, la cosa va bien. A, mi querido Bourdoise, qué bien te encontrarías aquí.

CARTA A BRUTE DE REMUR, 18 febrero de 1809

Escribir a Bruté es un placer que cada uno envidia y que todo el mundo quiere tener hoy. Estamos «nuestro hermano» (Feli) y yo con la pluma en la mano, y llenando de pequeños puntos negros una bella hoja en blanco. Si pudiésemos vernos, nos abrazaríamos y nos hablaríamos y eso sería mucho mejor, porque diez cartas no valen lo que una hora de conversación. ¿Qué se puede decir en una página? Pero al menos hay espacio y hay que aprovecharlo; de donde concluyo, con toda humildad, que cometo un error al perder una parte en contarte estas cosas que quizá pienses, como en verdad se puede, que están fuera de lugar.

CARTA A BRUTE DE REMUR, 26 de junio de 1815

(En la primera visita de Bruté a Bretaña después de haber ido de misionero a América, Juan María, viéndose que ha de permanecer en Saint-Brieuc por sus obligaciones de vicario y queriendo encontrarse con su amigo le escribe esta carta)

“Querido amigo, me late el corazón; me parece que el momento de nuestro encuentro se acerca, no pienso y no sueño más que en ello. A veces deseo evitarte el penoso viaje e ir a encontrarme contigo en Rennes; pero mi presencia aquí es necesaria, por otra parte no podría en ningún caso, ausentarme más que cuatro o cinco días de modo que solo podría estar contigo dos o tres, y aún me vería obligado a perder una parte de este tiempo tan precioso con visitas oficiales. Preferiría infinitamente más verte en Saint-Brieuc; seríamos perfectamente libres, charlaríamos y leeríamos a nuestro gusto. Porque si tengo muchas cosas que decirte, tengo también muchas que enseñarte. Por otra parte, si las circunstancias me lo permiten y mis deberes no me lo impiden yo te acompañaría en el viaje de vuelta a Rennes para prolongar mi tiempo contigo y poder abrazar a mi padre al que no veo desde hace un año (estaba en un asilo, que le había buscado él, con su tío después de la bancarrota en Rennes) ojalá se realice este proyecto que he concebido.

Se me acaba el papel, sin embargo mi carta es muy corta. ¿Te acuerdas del tiempo en que nos escribíamos dieciséis y diecisiete páginas? Tú y yo poseíamos entonces, en alto grado el talento de abreviar, porque no nos decíamos más que la mitad de lo que nos queríamos decir, de modo que el correo siguiente llevaba de Rennes a Saint-Maló y de Saint-Maló a Rennes una post-data tan sucinta como la carta. ¡Cómo amo estos recuerdos!

Adiós y a Dios Sólo, mi querido amigo”.

CARTA A BRUTE DE REMUR, 17 de julio de 1815

(Los dos amigos se han podido encontrar. Después del encuentro Juan María le escribe).

«Al entrar en mi cuarto después de marchar tú, querido amigo, me he encontrado muy solo; me sentía mal, triste, soñador, había perdido la mitad de mí mismo. Así son las alegrías de este mundo, nos agitan vivamente en su corta duración y luego dejan en el fondo del alma un gran vacío. Volvamos a decirnos: ¡Oh eternidad! ¡Eternidad! Tú me has enseñado a pronunciar y a escuchar esa palabra».

CARTA A BRUTE DE REMUR, 26 de julio de 1815

(Algunos días más tarde vuelve a escribirle)

Cuando marchaste a América, estuve durante varios meses agitado por una especie de secreta inquietud que me era muy penosa; te buscaba, te llamaba, tenía muchas cosas que decirte que sólo podía confiarte a ti, mil preguntas que hacer a las cuales sólo podías responder tú. Cuando has marchado de Saint-

Brieuc he experimentado la misma impresión de tristeza, la misma necesidad de volver a encontrarte y de unir mis pensamientos a los tuyos, mis deseos a tus deseos, mi vida a tu vida. In imagine pertransit homo (el hombre pasa como una sombra). Viajeros por tierras extranjeras nos hemos encontrado un momento en el camino, pero sólo al término del camino volveremos a encontrarnos para no separarnos nunca. Oh, ¿cuándo? ¿Cuándo? ¡Oh eternidad!».

CARTA A BRUTE DE REMUR, 10 de agosto de 1815

Querido amigo:

No me has escrito desde que has llegado a París. Te perdono. ¿Tienes tantas cosas que decir, preguntar y escuchar? Pero que tu silencio no sea largo, porque tengo necesidad de saber lo que haces, lo que te sucede, lo que se puede temer, lo que se debe esperar y tú solo puedes enseñármelo. Piensa en la posición de este pobre Juan, perdido en el fondo de una provincia salvaje, sin luces, sin apoyos, casi sin consejos y sin ningún consuelo con los que la Providencia te rodea en este momento. El mismo Teyseyrre me abandona. Había prometido escribirme y no lo hace. Temo que esté enfermo, estoy inquieto. Apresúrate en darme noticias.

CARTA A BRUTE DE REMUR, 11 de septiembre de 1815

(Antes de que Bruté vuelva a embarcarse para ir a América, Juan María le escribe)

«Esta carta será probablemente la última que recibas antes de tu salida de París, primera partida que me anuncia una segunda más dolorosa todavía. ¿Podrías creerme que al pensar en ello estoy a punto de llorar como el niño pequeño cuando le separan de su nodriza? Me echo en cara esta sensibilidad extrema, porque en el fondo no es más que una penosa debilidad. Si tuviese una fe más vigorosa, sería más fuerte, mi resignación estaría llena de alegría. ¡Oh! ¿Cuándo seré un verdadero sacerdote? ¡Dios! ¡La eternidad! A veces me imagino que comprendo estas dos palabras y un instante después me doy cuenta que soy indigno de pronunciarlas.

Feli parece entrar cada vez más en estos altos pensamientos, sus cartas me consuelan, sus ejemplos me animan: reza por él y por tu pobre hermano Juan. Sí, pobre y muy pobre, te lo aseguro».

CARTA A BRUTE DE REMUR, 14 de septiembre de 1824

(Nueve años más tarde nueva llegada de Bruté y nueva despedida. También Juan María se despide por carta)

«Querido y excelente amigo:

Con qué vivo dolor te dirijo estas últimas líneas. Vas a marchar; todavía otra vez el océano va a separarnos. Pasarán quizá varios meses sin que reciba una palabra tuya. ¡Oh! qué bien muestra todo esto la nada de las cosas de la

tierra y la vanidad de todo lo que no es Dios. Esta triste vida transcurre así cargada de lamentos y de lágrimas; nos encontramos un instante para decirnos que nos queremos y para experimentarlo; un instante después es necesario pronunciar la cruel palabra de adiós. Pues bien, sí, adiós. Que Dios bendiga tu sacrificio y tus trabajos. Vete a extender en tierras lejanas el reino de Jesucristo; trabaja con nuevo celo en profundizar los cimientos de una nueva Iglesia; pero en medio de estas lejanas tierras no te olvides de tu pobre Juan; ponle a menudo sobre tu patena, y pide para él las gracias de fortaleza y de luz de las que siente tanta necesidad. Estate seguro, querido amigo, que tu recuerdo no se borrará nunca de su corazón y que en la vida y en la muerte será para ti lo que él es: el amigo más entregado y más cariñoso»

ESTRACTOS DE CARTAS A HAY

François HAY, originario de San Malo recibió las órdenes menores en 1803, el año que Juan María fue ordenado diácono. Profesor de la escuela eclesiástica, se unió con gran amistad a los dos hermanos La Mennais. Después fue sacerdote de la catedral de San Malo.

CARTA A HAY. Sin fecha

(Obligado en 1805 a retirarse a la Chesnais a causa de la salud, desea mantener relación con sus amigos del seminario. Hay es uno con los que mantiene correspondencia. En 1806 le escribe esta carta).

“Una carta escrita en cinco momentos diferentes, y que tiene siete páginas bien contadas, bien numeradas, muy interesantes, esto merece en verdad los más grandes elogios y es necesario constatar que de todos los amigos tú eres el más amable y el más cercano. Para ser un hombre perfecto solo te falta la perseverancia; tengo buenas razones para deseártela, y algunas también para esperar esto que tanto deseo. Sí, cuento con ello porque estoy seguro que te avergonzarías de quedar solo en el número siete y descender de la altura a la que te has elevado para no escribirme más que pequeñas tarjetas, siempre encantadoras, pero siempre demasiado cortas; y que por esto mismo apenas pueden endulzar una separación que tanto duele a mi corazón. Querido amigo, mi pobre corazón tiene necesidad de que el tuyo venga de vez en cuando a darle calor, a animarle, a comunicarle una amable y dulce alegría. En la soledad se está muy tranquilo, pero a veces uno está un poco triste y hace mucho bien el leer las cartas de aquellos que uno quiere y a los que no puede escuchar. “Scribe saepe, scribe multum” (escribe a menudo y escribe mucho); era a esto a lo que quería llegar.

Acabo de leer las memorias sobre la vida de la Harpe, escritas por Petitot, en las cuales he encontrado algunos detalles sobre su conversión que no eran conocidos y que merecen serlo. Estaba en Luxemburgo esperando la muerte, todos los días, como se la recibía entonces; su corazón estaba abatido y se dirigía por lo bajo a Dios a quien ya había encontrado, pero al que apenas conocía todavía. Le decía: ¿Qué debo hacer? ¿Qué va a ser de mí? Tenía sobre la mesa “La Imitación” y le habían dicho que era un excelente libro en el que encontraría a menudo la respuesta a sus pensamientos. Le abrió al azar y se topó con estas

palabras de Jesucristo “heme aquí hijo mío, vengo porque me has invocado”. No leyó más, la rápida impresión que experimentó está por encima de todo lo que se puede decir. Cayó rostro en tierra llenándose de lágrimas, suspirando, gimiendo palabras entrecortadas; sentía su corazón aliviado y dilatado, pero al mismo tiempo como a punto de estallar. “Asaltado por un montón de ideas y de sentimientos lloré largo tiempo, dice, sin que me quede otro recuerdo de esta situación sino el de que ha sido lo más fuerte y delicioso que he experimentado, y que estas palabras “heme aquí hijo mío” no cesaban de resonar en mi alma y de remover poderosamente todas mis facultades”.

Este relato me ha conmovido profundamente, y he querido compartirle contigo para que experimentes la misma emoción que yo he experimentado al leerlo.

Adiós querido amigo, estoy en la página cuatro y es demasiado para un pobre enfermo.

Adiós de nuevo, “vale et me ama” (bueno, y quiéreme), mis más cariñosos saludos al bueno de Vielle.”

CARTA A HAY, 23 de febrero de 1807

«Se ha observado juiciosamente, hace mucho tiempo, que tenemos aquí abajo tres especies de amigos¹: los amigos que nos odian, los amigos para quienes somos indiferentes y los amigos que nos aman. Aparentemente, Sr. Cura, el amigo que rehúsa complacerte cuando le haces un servicio, es del número de esos para quien eres indiferente. ¡Ah! pero yo, yo quiero ser y estoy a la cabeza de los amigos que te quieren; ¡cómo te lo podría probar! ¡Cómo podría al menos volver a verte para poder decírtelo, porque éstas son las cosas que uno no se cansa de repetir ni de escuchar! Ojalá estuvieses aquí. Te abrazaría, después charlaríamos y te volvería a abrazar, tan tiernamente como si me llamaría Sr. De la Lande y tú fueses mi ilustre colega el Sr. Chénier.

A propósito, ¿sabes cómo llamaba Voltaire a Berthier? Un tonto. Sí ¿y qué más? Un raro. ¿Y qué más todavía? Un tunante. Sí, ¿y qué más? Veo que no adivinarías nunca todo; te lo voy a decir: una bestia apestosa. Y ese Voltaire que trataba tan groseramente a un hombre tan recomendable por su ciencia y sus virtudes, ¿quién era? ¿Un lacayo? No... ¿Un...? No... Era un filósofo.

Has hecho una buena compra de libros, y para tus medios, ha sido una compra preciosa; porque, ¿cuál es el volumen que no vale diez sols? Ciertamente ese es el precio aproximado de las memorias del marqués de Pombal, y creo que después de haberlas ojeado, te aconsejo que las guardes con cuidado y que las pongas en tu mesilla de noche; te pueden ser útiles en caso de insomnio.

Estoy contento de que el accidente que ha tenido el Sr. I, no haya tenido mayores consecuencias; cuando se sintió mal en el púlpito, hubiera debido bajar, e imitar al licenciado Carambola que, habiéndose quedado corto en el exordio, tomó juiciosamente el partido de eclipsarse (si creemos al autor de no sé qué

¹ Juan María se refiere al texto de Eclo. 6,5-12.

novela); pero antes de desaparecer, dijo a su auditorio: «Señores, lo lamento, se han perdido un bonito sermón».

¿Crees que leo mucho? Juan el vicario ha tomado como modelo a Juan el buen hombre, y como él, pasa la mitad del día durmiendo y la otra mitad en no hacer nada. Si por azar, abre un libro es por prescripción médica, y sólo para entretenerse un poco; porque, como ha dicho el filósofo Voltaire, la tranquilidad es una hermosa cosa, pero el aburrimiento es de su familia, y es necesario echar de casa a ese despreciable pariente.

He aquí pues a nuestros dos diáconos enviados a las calendas griegas; estoy enfadado y deseo de todo corazón que su dimisión, por lo menos, sea firmada y enviada sin retraso al venerable párroco de la Chaume (del paro). ¿Estás seguro que la habrá pedido? Soy por naturaleza un poco sospechoso, ¿me entiendes? Si no lo hubiera hecho, es tiempo de que lo haga; porque aunque nuestro Obispo se llame Enoch, no es seguro que no muera, y si le perdemos antes de que su sucesor sea nombrado, consagrado, instalado, podrían pasar muchos meses; hace ya cinco que Bernier ha dejado este mundo y no se sabe todavía quién le remplazará en Orleans. Sin embargo, es necesario que todo acabe, incluso un curso de teología. Digo esto para el pobre Francois Curocher, quien después de cerca de seis años, hojea, y sigue hojeando su Poitiers sin lamentarse de tanto retraso.

No me creo lo del viaje de Archange (su amigo Bruté) a Saint-Malo; me daría pena que después no fuese cierto.

¿Quién ha redactado la nota dirigida a nuestro Obispo sobre nuestro pobre pequeño seminario?...

¿Quién te predicará la Pasión? ¿Tu sermón está preparado? La segunda parte de la segunda cuestión es quizá indiscreta; te conozco; eres capaz de mentir por humildad...

Recomiéndame a la oración de todos los muchachos, no me olvides en las tuyas, y sobre todo durante el santo sacrificio, y considérame como el mejor de los amigos que te quieren».

CARTA A HAY, 11 de octubre de 1807

(Algunos meses más tarde Hay le envía otro texto para que se lo critique. Responde en esta carta)

¡Exiges que te diga la verdad! Ese es un gusto raro y eres, querido amigo, un hombre muy especial. Sin embargo, podría suceder que esta petición que me haces no sea tan sincera como tú mismo crees, y me parece prudente que desconfíe un poco. Te conozco a fondo, y sé que me reñirías de buenas maneras si se me ocurriera decir todo lo que pienso. Por ejemplo, si fuese suficientemente atrevido para decirte que tu pequeño discurso es muy bueno, me dirías que te halago, y cerrarías la boca de Juan, quien, sin embargo, no la había abierto más que para decir la verdad. Pero no son verdades como éstas las que tú eres capaz

de escuchar, y a pesar de la academia de Montauban², quieres que se haga de tu obra una amarga crítica. Pues bien, critiquemos...

(siguen dos páginas de observaciones y acaba así)

Pues bien, ¿he sido muy severo? ¿Te seguirás lamentando de que he sido demasiado indulgente? Sin embargo, examina mis observaciones con tanto cuidado como yo he examinado tu pequeño discurso y no adoptes más que las que te parezcan justas. He hecho más observaciones que menos y las someto todas al juicio del Sr. Profesor, mi querido amigo. Yo le he tratado con la severidad que se merece a un profesor, capaz de darse cuenta del poder de una palabra colocada en su sitio, mientras que yo no valgo más que para poner los puntos sobre la i y las comas donde son necesarias. Además, te abrazo de todo corazón.

Juan el Crítico.

CARTA A HAY, 16 de enero de 1815

(Escrita después de la muerte de Mons. Caffarelli al que le unía una gran amistad)

Tu pequeña nota, querido amigo, es un bálsamo. Mis llagas tenían gran necesidad de él, pero ellas no son como esas de las que habla la Escritura, que rehúsan el remedio. Un cristiano no debe derramar lágrimas sin consuelo y las mías están atenuadas por la íntima convicción de que el digno obispo cuya pérdida lloramos, ha recibido la recompensa que merecía por todos sus trabajos y virtudes. Sin embargo mi pena es muy grande y, ¿cómo no había de serlo? La muerte me arrebató un amigo, un hermano, ¡y qué hermano! Cada vez que lo veía, me recibía con una alegría tan grande como si hiciera seis meses que no nos hubiésemos visto. No se preocupaba, por así decir, más que de mí y de todo lo que podía interesarme y agradarme, no hablándome más que para decirme cosas amables que alegraban el fondo de mi corazón, no teniendo en el suyo más que el amor del bien, el celo más puro y más ardiente; verdadero pastor y verdadero padre. Era un Obispo como hay pocos. Ha muerto en mis brazos; y tengo el triste consuelo de haber acogido su último suspiro y de haberle dado los últimos socorros de la religión.

¡Dios mío! ¡Qué golpe tan fulminante! No puedo pensar en ello sin sentir frío en mis huesos, y pienso en ello sin cesar. Mira cuál es mi destino: parece que mis manos no pueden tocar más que cadáveres y remover ruinas. Pero, querido amigo, me consuelo con el pensamiento de que es la voluntad de Dios la que cumple en mí. Es su mano quien me ha conducido aquí, y es ella la que me retiene aquí. Heme aquí encargado de la administración de la diócesis. Me dan signos de una confianza sin límites y espero mantener al menos una parte del bien que ha hecho el digno Obispo a quien echo en falta ahora y que echaré en falta siempre. Querido amigo, reza por el pobre Juan: es la debilidad, la miseria misma, se encorva bajo el peso de esta inmensa carga que la Providencia le confía; ayúdale; una vez más y reza por el pobre Juan.

² Academia: La Inspección de enseñanza.

Vielle está muy afligido. ¡Qué feliz sería en medio de mi desgracia si pudiese tenerlo junto a mí! Ponemos en común, desde hace mucho tiempo, todos nuestros dolores.

EXTRACTOS DE CARTAS A QUERRET

Jean-Joseph QUERRET, nacido en San Malo en 1783, matemático. Muy unido a los dos hermanos La Mennais, fue profesor de la escuela eclesiástica de San Malo. En 1812 tomó la dirección del establecimiento, convertido en colegio municipal. Doctor en ciencias, oficial de la Universidad, enseñó en la facultad de Montpellier, de Nantes y de Rennes. Compuso obras matemáticas para las escuelas fundadas por Juan María. Murió en 1839.

CARTA A QUERRET, 2 de septiembre de 1811

(Querret había prometido una visita a la Chesnais. Feli ya no creía en ello. Juan María le escribe).

Feli cree que te ha escrito dos cartas que cambiadas a un solo miembro, dan, hasta ahora, igual a cero; ecuación muy simple de segundo grado, pero que no osamos resolver por miedo a encontrar como valor de la incógnita, negligencia y pereza. Ten cuidado en que esta ecuación no se convierta en una de tercer grado, porque su tercera raíz sería demasiado poco educado decirla, y no habría modo de hacerla pasar por una raíz imaginaria.

En serio, el único modo de liberarte de tu palabra es cumplirla. Has prometido que el jueves y lo mantenemos, aunque ya no lo creamos. Te ruego, que nos hagas llegar a casa una carta anunciando tu llegada; sería encantador si quisieras dedicarnos también el viernes; estaremos alojados juntos animales y gente, y unos y otros tendrán compañía. Piensa también que los Srs. Geómetras, que fabrican millones de lugares en el espacio no resistente, con una facilidad maravillosa, no están libres más que los demás de estas pequeñas tribulaciones que tienen como causa la resistencia de la silla (de caballo) o del movimiento combinado del animal portante y del animal portado, porque animal es el género. Hubiese querido decirte todo esto por a, pero quizá me hubieras respondido por b, no se sabe hasta dónde pueden llegar los matemáticas en este caso.

Feli piensa (tiene de esto mucho más que otros) y pensando, te ruega que te pongas en viaje sin el Manual del Viajero; quisiera enseñarte, durante tu estancia aquí, junto con el bonito y espiritual latín de los diálogos en la cocina, la salida y la puesta de sol, que adornan tan magníficamente el susodicho manual.

Además, te abrazo provisionalmente porque ese es nuestro gran placer, y sella con nuestro gran sello la presente, las IV calendas de agosto que no son las calendas griegas».

CARTA A QUERRET, 1 de marzo de 1813

(Juan María escribe desde la Chesnais a su amigo Querret)

Mi querido amigo

Te mando una carta de Le Sage (canónigo de la diócesis de Saint-Brieuc que ha dejado escrita una historia de la diócesis sobre los cuarenta primeros años del siglo XIX) después de leerla, guárdala por favor y me la devolverás cuando vuelva.

Te diré (es así como empiezan todas las cartas fechadas en Plesder, cerca de la Chesnais), te diré que desde mi llegada aquí he pasado varias horas cada día con el Rvdo. P. Gerdil: nos hemos enfrascado en las profundidades de la metafísica, él me ha enseñado muchos secretos que desde hace mucho tiempo quería conocer; le he escuchado con tanto más gusto cuanto que sus ideas sobre las ideas, sobre el espacio y sobre el vacío, no son más que el desarrollo de los principios que yo había adoptado y que me parecen evidentes, cuya certeza me parece tan rigurosa, que no concibo que una mente atenta pueda dudar de ello. Viviré y moriré cartesiano, es algo que he decidido, pero no moriré antes de que tú también lo seas. Tu conversión será difícil, ya lo preveo; sin embargo trabajaré con todo el celo, de modo que tendrás que ceder a la perseverancia de mis esfuerzos.

Quiero en primer lugar demostrarte que este espacio puro, en el que tu imaginación se pierde desde hace tanto tiempo, no es más que una quimera, que todos los razonamientos en los que tu apoyas su existencia no son más que sofismas y que en fin, todo cuerpo tiene su propio lugar interior que excluye por sí mismo toda otra extensión, puesto que de otro modo dos extensiones no serían más que una. Esa es mi primera tesis; la demuestro por medio de una media docena de argumentos invencibles que no pueden ser desarrollados en una carta, pero sobre la que he hecho una pequeña disertación que te mostraré cuando vuelva. Tus axiomas de matemáticas no son tan evidentes como mis razonamientos, y espero convencerte. De antemano estarás de acuerdo en que no me falta seguridad.

No he escrito nada sobre la posibilidad del movimiento en el espacio lleno; no hay nada más sencillo; explicarlo es una bagatela. Me limito a hacerte partícipe de una observación de Gerdil que me ha parecido muy ingeniosa.

Si en una botella llena de agua, dice, se introduce una bola de plomo, y se la tapa perfectamente, al dar vuelta a la botella la bola de plomo no cesa de bajar y de atravesar el agua con tanta libertad como lo haría si la botella estuviese abierta. Pues bien, cuando esta bola comienza a moverse, pregunto, ¿dónde está el espacio vacío en el cual las partículas de agua pueden situarse para dejarle espacio? Este vacío no puede hacerse por la comprensión de las partículas de agua, puesto que estas partículas son incompresibles, sobre todo por un peso de una fuerza tan pequeña. Puede decirse quizá que las partículas de agua siendo esféricas dejan intersticios vacíos; pero yo respondo que estos intersticios, aunque les supongamos completamente vacíos, deben ser siempre más pequeños que cada una de esas partículas tomadas aisladamente; siendo el agua incompresible, es necesario que sus partículas se toquen de modo que dejen entre ellas el menor espacio posible. Pues bien, es fácil demostrar geométricamente que si tres círculos iguales se tocan, el espacio curvilíneo que encierran es igual a un triángulo equilátero cuyos lados son los radios de esos círculos, menos tres segmentos determinados por las cuerdas que sean también los radios de estos círculos,

mientras que estos círculos son iguales cada uno a seis de estos triángulos más seis de esos segmentos.

No es menos cierto que el espacio curvilíneo comprendido entre tres esferas que se tocan tendrá que ser todavía mucho menor en relación a cada una de las esferas. Las partículas de agua no pueden pues ni entrar en estos intersticios vacíos, ni alinearse de modo que ocupen menos lugar que el que ocupan naturalmente. Cuando, pues, la bola de plomo comienza a moverse, es necesario que las partículas de agua que empuja circulen alrededor de la bola, sin que sea necesario para esto que encuentren un espacio vacío al que vayan a alojarse para dejar espacio. Puesto que los vacíos encerrados entre las partículas de agua no pueden facilitar de ningún modo el movimiento de la bola, es claro que este movimiento se ejecuta de la misma manera que si todo estuviese lleno, y por lo tanto el movimiento en lo lleno es posible en todos los sentidos.

Pues bien, ¿qué dices de todo esto? ¿Qué cosa es un sistema al que se puede poner patas abajo con una bola de plomo y una botella de agua? Voy a leer esta mañana las reflexiones de Gerdil sobre una memoria del Sr. Beugnet en la cual el sabio cardenal prueba matemáticamente por medio de los principios del cálculo de probabilidades que es imposible que el mundo sea fruto del azar; examinaré a continuación la demostración de Euler en contra de la eternidad del mundo, fundada sobre la disminución progresiva del movimiento en el planeta. Tengo algunas dudas sobre esto que voy a intentar aclarar. No sabes cuánto me divierte todo esto; paso jornadas deliciosas, y para acabar con una antítesis, amo infinitamente más los hielos de la metafísica que los fuegos de la política. Cada uno tiene sus gustos: ese es el mío.

El pobre Feli tuvo ayer un dolor de muelas; fue a Dinan y le arrancaron tres. Hoy ya no sufre. Te dice las cosas más tiernas...

He tenido noticias del querido Teyseyre (un amigo de San Sulpicio); está en el campo a unas ocho o diez leguas de París; su salud es siempre muy delicada, pero en su alma no hay más vacío que en el universo; ella está llena de fe y de amor.

Quizá encuentres que esta carta es muy larga, pero la he escrito un sábado, y espero que en las 24 horas del domingo tendrás tiempo de leerla; serás tan amable si te tomas un momento para responder... Conoces mis sentimientos hacia ti: no hay metafísica en mi corazón, y si no creo que dos cuerpos puedan existir en el mismo espacio, siento muy bien que dos corazones pueden vivir el uno en el otro».

CARTA A QUERRET, 21 de marzo de 1814

(Después de dejar Saint-Maló para ser secretario general de Cafarelli en Saint-Brieuc)

Antes de dejarte he prometido escribirte, pero tú no me has prometido responderme y mi primera carta tiene como objetivo asegurarme de ello, porque una correspondencia no es un monólogo y además tú eres excelente para el diálogo. No vayas a imaginarte que acepte tus ocupaciones como una disculpa, ¿No podría yo hacer lo mismo? Y con buena voluntad, cuando uno quiere

encuentra siempre tiempo para afilar la pluma con la cual se debe escribir a los amigos y para colocarla entre los dedos. Así que, Señor “Profesor” nada de pereza. Tú la condenas a menudo, procura dar ejemplo.

Hasta ahora todo me agrada aquí, pero no me olvido de que “los comienzos son siempre felices” y que “es necesario esperar para juzgar”. Sancho Panza, a quien tanto gustaban los proverbios, me habría recordado sin duda estos dos si le hubiese hablado de lo a gusto que estoy en una ciudad a la que llegué ayer. Pero estoy seguro, sin embargo, que no dejaría de ser feliz si todos mis amigos estuviesen cerca; pero siento dolorosamente su ausencia y nada podrá llenar el vacío que ellos dejan en mi corazón, que triste es la vida. Uno se conoce, se ama, se está unido en el fondo del alma y al día siguiente nos debemos dejar e irnos a veinte leguas el uno del otro. Así va este mundo, las alegrías sólidas o seguras están reservadas al otro.

Adiós amigo mío, sabes lo unido que estoy a ti y esto es una dicha porque me sería imposible expresar los sentimientos que te he manifestado.

Todo tuyo para toda la vida.

JM

CARTA A QUERRET, 29 marzo de 1814

«Al leer tu carta, querido amigo, mis ojos se han llenado de lágrimas y me ha costado acabarla; por fin heme aquí pluma en mano para responderte.

Lo que experimentas, yo lo he experimento no menos vivamente que tú, y cuando he entrado en mi pequeña habitación, te he buscado a mi lado, para hablarte de ti, de mí, en una palabra de todo, pues nada de lo que interesa a uno es extraño para el otro; parece que no tenemos más que un alma y, al escribir estas líneas, te veo, te escucho, te hablo con la pluma como si estuvieses aquí. ¡Pero sin embargo qué diferencia! Estoy tentado de volver a decírtelo por tercera vez, tan vivo y doloroso es el sentimiento que experimento. Un solo pensamiento me consuela, y es que nuestra separación ha sido conducida por una serie de acontecimientos que nosotros no podemos ni prever, ni prevenir y que en fin, podemos, al menos de vez en cuando, volver a vernos y abrirnos nuestro corazón el uno al otro. Dios lo quiere, querido amigo, esta palabra dice todo. Debemos dejarnos conducir dulcemente entre sus brazos, y echar en su seno nuestras preocupaciones, nuestras penas, nuestros lamentos, y unirnos a El más que nunca por los lazos de un indisoluble amor. Amémonos en El y por El. Que Él sea el centro único en el cual nos encontremos en todos los instantes. ¡Oh! qué frágil es todo lo demás y qué vano. In imagine pertransit homo; vapor ad modicum parens (el hombre pasa como una sombra; es una nube que aparece un instante). Somos jóvenes, y sin embargo ya la experiencia nos hace darnos cuenta de toda la profundidad de la verdad que encierran estas cortas palabras. Que podamos aprovecharlas para convencernos cada vez más de que la sabiduría, como la dicha, consisten únicamente en ver a Dios y no ver más que a Dios en todo. Al hablarte así, mi corazón se turba y mis lágrimas corren en abundancia.

Espero volver a Saint Malo el miércoles de la semana de Pascua; necesariamente tengo que quedarme aquí el domingo, porque Monseñor oficia y está mandado que yo le asista. Tiene para conmigo mil detalles y muy delicadas

atenciones. Compartimos el trabajo y no nos es penoso ni para el uno ni para el otro.

Adiós, mi estimado amigo, no te aseguro que te quiero, sería inútil. Totus tuus in Xto.

CARTA A QUERRET, 20 de mayo de 1814

¿Has refunfuñado contra mí querido amigo? Hace quince días que estoy aquí, debería haberte escrito, y si no lo he hecho antes es porque he tenido mil ocupaciones que no me han permitido cumplir con la más dulce necesidad de mi corazón. ¡He ahí mis excusas! Si no te parecen suficientes recibiré tus reproches con humilde sentimiento de haberlos merecido y pediré tu indulgencia. Feli llega esta tarde, y seguro que me traerá una palabra tuya; pero no quiero que puedas decir que has sido el primero en escribir y que tu amor propio se goce a expensas del mío. Mi celo por toda especie de primacía no me permite cederos la de la amistad y la diligencia. Iba a continuar aliñando con frases y cumplidos, pero sería aparentemente un nuevo error que cometería y del que sería más de difícilmente perdonado. Dejemos de hablar y charlemos. ¿Cómo charlar sin hablar? No lo sé, pero sin embargo me parece que no tenemos necesidad de palabras para entendernos, estoy cerca de ti, te veo, te miro. ¡Cuántas cosas nos hemos dicho!

Estoy contento de que conozcas tan bien el cálculo infinitesimal, otro cumplido; no charlemos ya, hablemos. Bien, querido amigo, ¿el fondo de tu corazón está en calma? ¿Tu piedad es fervorosa? ¿Dios es todo para ti? He ahí tres pequeñas preguntas y no dude con qué interés escucharé la respuesta.

Tenemos con nosotros, desde hace tres días, al conde Ferrière, todo parece anunciar que se propone realizar aquí varias reformas y algunas son muy necesarias, porque este país está gangrenado por el jacobinismo. Sin embargo el ambiente público es bueno. Pero el espíritu de la gente en la plaza es todavía el del 93, 94 y años anteriores. Parece que se les quiere hacer saltar, danzar, y creo que no les parece mal, puesto que hace mucho tiempo que se dedican a tocar la gaita. Por lo demás, si ellos no están contentos lo estarán otros y el sistema de compensaciones no se descompensará; esto es lo que me consuela.

Estamos preparando la celebración en honor de Luis XVI y la reina Elizabeth y tu servidor es el encargado, o más bien ha sido encargado a pesar tantos representantes, objeciones y rechazo de pronunciar el discurso. No tengo ninguna gana de volver a predicar y lamento el tiempo que esto me llevará; pero en fin, Dios lo quiere y esto me basta.

CARTA A QUERRET, 22 de junio de 1814

(Querret quiere leer el discurso fúnebre que ha hecho Juan María y se lo ha pedido, pero Juan María no parece querer hacer correr su manuscrito)

«¡Qué tonto soy! Ese es mi comienzo, o más bien mi texto sobre el cual podría hacer un discurso de gran belleza en tres apartados. En el primero diría que he estado picado, enfadado, irritado, por no haber recibido de ti una pobre

pequeña página de escritura desde hace casi dos meses; en el segundo contaría todo lo que he pensado, dicho y hecho, en mi cólera; en el tercero, por fin, hablaría de mi arrepentimiento, de mis lágrimas y, seguramente, mi perorata las haría derramar. Esto sería, no lo dudo, tres temas admirables de tu atención; pero no tengo el tiempo de componer hoy este tema de elocuencia, y estoy cansado de las obras maestras improvisadas. La que he hecho en honor de Luis XVI pica tu curiosidad. ¡Qué niño eres! Nuevo texto cuyo desarrollo no sería ni menos largo ni menos interesante que el primero, con la diferencia sin embargo, de que el final de mi segundo discurso sería tan alegre como enternecedor debería ser el otro. En verdad, no eres razonable, ponte de acuerdo conmigo, y evítame demostrártelo. ¡Qué! ¡Quieres que ese pobre Legal se canse copiando mis frases y que se pierda en el vacío de mis párrafos! ¡Quieres que te envíe un miserable cuaderno, escrito en no sé qué lengua para que lo enseñes a uno y otro, primero a uno, después a otro y a continuación a todo el mundo! ¡Nada de nada! hubiese sido mejor que la prensa se hubiese lamentado, y así mi humildad no hubiera podido jamás rehacerse. No sé si te acuerdas de una historia que te he contado otras veces. Una señora me presenta a su hija y me dice: Señor, ¿podría prestar a mi querida hija una pequeña moneda de mil libras? -Señora, no tengo esa cantidad. -Pero señor, iese nos causaría tanto placer y tanto bien! -Señora, no tengo esa cantidad. -Pues bien, dice a su hija, créeme y ponte de acuerdo con el señor por quinientos francos. Pues bien, amigo mío, pongámonos de acuerdo. Cuando vaya a Saint Malo o cuando tú vengas a Saint Briec, leerás esa oración fúnebre que tanto deseas conocer; la criticarás y nos pondremos de acuerdo; por lo tanto fuera disputas y discusiones, alabarás mi prudencia, y yo elogiaré tu gusto y tu franqueza, y después de este intercambio de cumplidos, nos abrazaremos y todo quedará dicho.

Dejemos a parte todos los sermones; charlemos. No puedes creer todo lo contento que estoy por lo que me dices; la calma que sientes es una gracia muy preciosa, que es necesario conducir con cuidado. La expresión que uso no es muy buena, menos mal que la academia no tiene que revisar estos asuntos. No retrases sin embargo tu participación en los sacramentos; es el único medio de animarnos y de mantenernos de pie. Las ayudas que Jesucristo nos ha prometido son independientes de los hombres y es de él solo que debemos esperarlas. No sabemos, querido amigo, estar por encima de nuestros gustos personales y quisiéramos obligar a nuestro divino Salvador a que se nos haga presente bajo la misma forma; y, Dios mío, ¡qué importa! con tal que le encontremos, que le saboreemos y que nos cure.

Dile, y repítéselo mil veces, a nuestro buen párroco que le quiero con todo el corazón; díselo a continuación a Don Morin (cura), y verás cómo se lo creen los dos; tienen ya la prueba, porque sé que los dos me quieren muy sinceramente y no se duda nunca del amor de aquellos a quienes se ama. ¡Date cuenta de hasta qué punto cuento con el tuyo! Sea lo que sea, quiero, exijo que me hables más a menudo; es el único consuelo que me queda, es la alegría de mi espíritu, por favor, escíbeme, aunque sólo sea para decirme que no tienes nada que contarme, si eso puede ser.

Adiós, mi querido amigo, te dejo porque no he podido comenzar esta carta hasta muy tarde y mi cama me llama. La llegada del duque d'Angoulême nos causa muchas molestias; pero su Alteza no ha podido hacerme olvidar que el correo de Saint Malo sale mañana, y aunque le honro infinitamente, te amo aún más a ti. Totus tuus in Xto.»

CARTA A QUERRET, 8 de julio de 1814

(Carta de dirección de conciencia)

¡Ah!, ¡ah! esto va bien; sin embargo date cuenta de lo que significa ser firme. Si hubiese escrito siempre sin exigir respuesta, no la habría recibido, y el Sr. habría caído en la pereza, conservando su derecho de protestar, y usándolo sin pensar que también los demás le tienen y que podrían hacer lo mismo. ¡Qué cosa más bonita es la experiencia! Es uno de mis amores; de verdad aprovecharé sus lecciones y ya no escribiré más a quien no me escribe.

Esto dicho, es necesario que te diga la alegría me ha dado tu última carta; responde a lo que te preguntaba y nada me gusta más que eso. El buen Dios te cubre con sus alas, te conduce de la mano como a un niño pequeño a quien acaricia, a quien lleva, a quien duerme dulcemente en su seno. ¡Ah! ámale mucho, no mires a nadie más que a él, no escuches otras voces sino sólo la suya; que él sea todo para ti. No he olvidado lo que me has dicho, y lo deseo más que tú, quizá, pero mi vista no se extiende todavía a lo lejos en un país al que acabo de llegar; pero estate seguro que estoy muy atento y que nada más encuentre algo que te convenga te lo haré saber enseguida. Mi obispo es encantador y tengo ganas de que le conozcas. Tus pobres vacaciones son demasiado cortas, y caen demasiado tarde, no se sabe qué cosa son. Tú las mides con compás y yo desearía poner uno en tu estuche cuyos brazos puedan alargarse más. Sr. geómetra, ¿por qué haces siempre ecuaciones en las cuales el placer entra siempre como incógnita y es igual a cero? ¿Qué cosa es un mes de vacaciones y de reposo? A penas se tiene tiempo para darse cuenta de que ya no se trabaja.

¿Y quién te ha dicho que no quiero dejarte la oración fúnebre de Luis XVI? Toma, coge la llave de mi secretaría; la he puesto en la esquina de la derecha; puedes cogerla, leerla, volver a leerla. ¡Qué trabajo! De verdad que me disgustaría que no conocieses esa obra maestra, pero eres malicioso, y quiero estar presente para escuchar tus críticas y poder responder.

Escribiré a Langrez a vuelta de correo, pues me duele no ser exacto. ¡Podría inspirarte, señor, esta amable emulación de la que hablas tan a menudo a tus alumnos y de la que me gustaría verte dar ejemplo!

Adiós, te estrecho entre mis brazos y sobre mi corazón.

CARTA A QUERRET, 16 de febrero de 1815

(La muerte de Mons Caffarelli le llena de tristeza, sintiéndolo más ya que no tenía muchos amigos todavía en Saint Brieu. Él se confía a Querret)

Cuando me traen la correspondencia miro el sello de cada carta y la primera que abro es siempre aquella cuya dirección está escrita de tu puño. Es a la primera que respondo porque la amistad debe respetar el orden. Y nadie pasa delante de ti. ¿Crees que deseo menos que tú el momento de volvernos a ver?, esto te parecerá sencillo de entender comparando mi posición con la tuya. Pero

qué diferencia, tú tienes cerca de ti a todos tus antiguos amigos excepto a mí, tu puedes hablar con ellos con plena libertad de todo lo que les interesa mutuamente. ¿No es esto lo que hace el encanto de la vida y es el más dulce de todos los consuelos humanos? Yo estoy privado de eso casi por completo. Si Vielle no estuviese aquí no tendría a nadie a quien mi corazón pudiese hablar. Mientras vivía el pobre obispo, era otra cosa; después de haber pasado juntos todo el día, creíamos no habernos visto lo suficiente y esperábamos el día siguiente con impaciencia para volvernos a ver. Yo era más feliz de lo que debemos serlo aquí abajo, ha sido necesario que yo aprenda de nuevo lo que creía saber muy bien, que las felicidades de este mundo no son más que un vano sueño; y he dicho a la alegría ¿por qué me has engañado?

CARTA A QUERRET, 23 de junio de 1815

(Querret se defiende ante Juan María que dice que le escribe poco diciendo que sus cartas son muy largas y las de Juan María cortas. Juan María le responde)

¿Qué ganarías con que te escribiera largas cartas sobre un gran papel para seguir tu ejemplo en todo? Es necesario ser justos; si mis hojas son pequeñas, mi escritura es muy menuda, mientras que la tuya es de un tamaño desmesurado y además tienes cuidado en poner entre los renglones una distancia tal que me recuerda esta palabra del aldeano a quien un procurador le hacía pagar una gran suma por un documento oficial: «Me parece que los surcos están bien distantes y el linde es bien ancho». Por primera vez en tu vida has calculado mal.

CARTA A QUERRET, 8 de febrero de 1817

¡Qué amable eres, querido amigo! Eso no es una novedad; pero son cosas que gustan decirse como si fueran nuevas; te parecerías a muy poca gente si te cansases de escucharlas; pero no olvides, te lo ruego, que para merecerlas es necesario que me escribas a menudo.

CARTA A QUERRET, 5 de mayo de 1818

Tú eres muy amable y yo apenas lo soy. Nunca, sin duda, un exordio de sermón, o de cualquier discurso, te ha gustado tanto, te ha alagado tanto, como estas pocas palabras con las que comienzo mi carta que has esperado durante demasiado tiempo para que te fuese posible esperar recibirla todavía. ¿Quieres que vuelva a repetir una frase tan dulce para tu amor propio y tan dura para el mío? Eres muy amable...; no tengo el valor de acabarla. Perdón, mil veces perdón, pero no podría repetir dos veces que no merezco ser amado a uno a quien yo quiero tanto.

(el final es el siguiente)

Te abrazo tiernamente de corazón y te encargo que digas mil cosas amables de mi parte a nuestro buen párroco y a nuestro buen cura Morin, a Hay y al bueno de Langrez. Todo el mundo es bueno en Saint Malo, excepto quizá

alguno a quien no nombro. Debes saber comprender mi discreción y esa especie de reserva con la que me expreso.

CORRESPONDENCIA CON TESSEYRE

L'abbé TESSEYRE, antiguo alumno de La Escuela Politécnica, piadoso y y humilde tanto como sabio, joven director de San Sulpicio, ejerció sobre Juan María y sobre Feli una influencia de las más beneficiosas. Entre él y Juan María se establecieron lazos tan estrechos que no se romperán más que con la muerte prematura del simpático sulpiciano.

CARTA A TEYSSEYRRE, 15 de octubre de 1810

Me es imposible querido amigo ir a hacer mi retiro con ustedes, según tu invitación y según yo hubiese deseado. Tenemos los mismos problemas que Duclaux. Todo establecimiento naciente exige muchos y muy variados cuidados, de modo que apenas basta el día para atender a todos los detalles. (...)

CARTA A TEYSSEYRRE, fines de marzo de 1815

Mereces ser reñido y lo serás, no lo dudes, por tus sospechas raras y tus inquietudes ilusorias. No perdono tu razón aunque sepa disculpar tu corazón. ¿En qué piensas? Porque tu amistad nos hace observaciones muy sabias y que nosotros no respondemos en seguida ¿crees que nuestro amor propio está herido y vienes a echar una mano caritativa y dulce para secar las lágrimas de este pobre niño a quien no has hecho ningún mal? Esto es demasiado. Si alguna vez vienes a hablarme de reconciliación, de un tratado de paz entre nosotros, o de algo parecido, te declaro una guerra eterna.

APENDICE 5. TEYSSEYRRE A JUAN. 1811

Te agradezco, querido amigo, la carta llena de amistad y de compasión que has escrito a un pobre enfermo para consolarle de sus pequeñas penas que no merecen el nombre de sufrimientos y que son más humillantes que dolorosas. Desde mi última carta mi pecho continúa estando muy fatigado y me excita la voz cuando hablo demasiado tiempo o estoy al exterior. Lamentablemente me han cortado la relación con la mayor parte de mis penitentes y me han dispensado de los ejercicios comunitarios. Estoy reducido a una situación escandalosa en la que paso mi tiempo en comer, dormir, callarme y no hacer nada, estoy reducido a una nulidad completa. Que tu ternura esté segura de mi fidelidad en cuidar esta pobre salud que te es tan querida. Es un deber de conciencia para mí el obedecer a todo lo que me es prescrito, no queriendo prolongar por culpa mía un estado de enfermedad que me hace ser una carga para la comunidad.

En cuanto a tu carta la he encontrado demasiado humana para consolar a un sacerdote y veo bien que por caridad has tenido demasiada consideración con mi debilidad. Otra vez me escribirás otra que tenga más sabor por la cruz y

la eternidad, sin atenuar en nada la gran Verdad de la que estás tan penetrado y que sabes hacer gustar muy bien a los demás.

APENDICE 23. TEYSSEYRRE A JUAN, 18 de marzo de 1815

¿Es posible, querido amigo, que debido a mi celo indiscreto y mis censuras amargas hubiese encontrado el secreto de herir una amistad tan indulgente y tierna como la tuya? Si es así tanto mejor y tanto peor. Tanto peor porque me he equivocado y me reprocharé siempre haber afligido a mis mejores amigos por mi imprudencia. Tanto mejor pues nada hay mejor que una reconciliación para rejuvenecer una amistad y hacerla más constante y más viva. Pero qué digo yo, ¿no estaré haciendo un juicio temerario al atribuir a un pequeño odio un silencio que no es el efecto más que de numerosas ocupaciones? Aunque sea así, no puedo soportar más una larga interrupción de tu correspondencia, y en todos los casos recibe mi excusa y dame lo antes posible el placer de comunicarme contigo.

APENDICE 25. TEYSSEYRRE A JUAN, 28 marzo de 1815

Hace mucho tiempo, querido amigo, que no he tenido el gusto de escribirte. Es duro tener la necesidad de abrir el corazón y de no poder expresarse. En esta dolorosa posición abramos nuestros corazones en presencia del Señor y pidámosle sin cesar que nos salve con la fuerza de su brazo y con su gran misericordia. ¡Oh Dios! Es la ocasión para purificar a los santos y formar las grandes almas, es ahora que hay que renunciar a toda esperanza humana y vivir el abandono y al amor en medio de tantas ansiedades y dolores y a la espera de acontecimientos tan terribles¹.

Da recuerdos de mi parte a tu hermano, ten cuidado de tu salud y dame siempre noticias tuyas. La mía está siempre en el mismo estado. Todos tus amigos están bien, no se atormentan, y esperamos terminar nuestro año de estudios.

FIDELIDAD EN LA AMISTAD POR ENCIMA DE LAS DIFICULTADES ENCONTRADAS.

CARTA A COEDRO, 2 de octubre de 1834

(M. Coëdro vient de prendre position contre Jean-Marie)

Mi querido amigo

Te ruego que digas a Dinomais de no volver a llamar al juzgado de Rennes, ¿qué ganaríamos con ello? Sería un escándalo de nunca acabar. Por otra parte no tengo miedo de esta sentencia, sabiendo todo el mundo que es una persecución más. Por otra parte, al que buscamos defender, y que creo inocente, no se conduce de modo que me inspire gran interés.

Nunca, querido amigo, me ha sucedido, y con la gracia de Dios, no me sucederá nunca de turbarme por algo que no depende de mí. Un simple Dios lo

¹ Cette lettre se situe en pleine période des Cent Jours.

quiere me basta, y en esta circunstancia, por otro lado, sé muy bien que obras por una íntima convicción y porque crees que debes cumplir un deber de conciencia testimoniándome una desconfianza que me entristece, que me ofende, pero de la que no me lamento. Tomo en estos momentos, al pie del crucifijo, el compromiso de cumplir hasta el fin cada uno de los deberes que Dios mismo me impone puesto que se derivan de la posición en la que Él me ha colocado. El primero de estos deberes es el olvido completo de mí mismo. Y espero no faltar. Cuando nos encontremos en Saint-Meen te darás cuenta de que nada de lo que ha sucedido, ni de lo que sucede ha alterado para nada en mi corazón esa dulce y tierna amistad que nos une desde hace mucho tiempo. Nos bastarán solamente algunas tranquilas explicaciones para que te des cuenta de que estás un poco engañado por lo que se refiere a mí y a mis sentimientos.

He obtenido hoy seis brevets a punta de espada. Espero sacar mañana dos más, es decir que todos los que han sido examinados oralmente han aprobado. El examen ha sido brillante. Dos de nuestros candidatos han hablado durante 7 cuartos de hora sin cometer ni una sola falta. Por todas partes nos llegan felicitaciones. En Vannes no se habla más que de esto y del cólera. A Dios el honor y la gloria.

Te abrazo, mi buen amigo, con más afecto que nunca.

CARTA A COEDRO, 5 de septiembre de 1834

Querido amigo

Ayer he escrito una carta desde Malestroit a Monseñor que te comunicará, sin duda, he recibido, al llegar aquí otra de él a la cual no responderé más de viva voz. Pero me es imposible no decirte en este momento que si gimo profundamente por lo que pasa y se hace en este momento mis sentimientos de unión y de amistad para con cada uno de ustedes son y siempre serán lo que han sido siempre. No depende de nadie el romper este lazo porque tiene su raíz en lo más profundo de mi corazón para que se le pueda cortar.

CON MONSEÑOR DE LESQUEN

M. de la Mennais había creído su deber de escribir a Mons. De Lesquen para rectificar dos opiniones teológicas juzgadas peligrosas (cfr. Carta 1766). Esto no hizo más que acentuar la tensión ya existente y la respuesta del obispo fue dura.

CARTA A MONS DE LESQUEN, 5 de septiembre de 1834

Mi muy querido y siempre y para siempre estimado Señor:

A la vuelta de la batalla de los exámenes de Vannes he recibido su carta del 31 de agosto y no podía creer a lo que mis ojos leían. Qué doloroso es este nuevo golpe que viene a golpear mi corazón ya roto. Siento haberle afligido a usted por quien siento una amistad tan tierna y una veneración tan profunda. Le pido perdón. Ha sido seguramente un fallo involuntario el que he cometido, pero un fallo, pues no he tenido cuidado suficiente de mis palabras para que no se me escapase ninguna que pudiera herirle. ¿Rehusará a su antiguo amigo un

perdón que usted concedería al pobre pecador que de rodillas a sus pies diría llorando: padre mío, perdóname pues no sabía lo que hacía?

Aunque esté abrumado por las ocupaciones iré el lunes próximo para verle y explicarme. Le ruego que suspenda todo juicio sobre mi conducta en estas circunstancias y que no tome ningún partido hasta que me escuche. Me parece que esto es de justicia y que esto no se le niega ni al asesino que fuese digno de la guillotina. Cuando sepa todo, reconocerá, lo espero, que no podía obrar sabiamente de una manera diferente a la que he obrado. Pero desde hoy le declaro, para que no quede ninguna nube en su espíritu, mi más perfecta adhesión a la encíclica, que yo creo como usted, que nos hemos engañado al presentar la razón general como una autoridad visible y enseñante, y al atribuir al género humano una infalibilidad que no pertenece más que a la Iglesia de Jesucristo. Ese es el punto principal no aprobado por el Santo Padre y es lo que caracteriza el sistema contra el que se eleva con toda razón.

Mi cuerpo se debilita y se va, en consecuencia si mis penas son tan vivas por lo menos no serán muy largas. Pero mientras me quede un soplo de vida y conserve las fuerzas para pronunciar una palabra, esté seguro, mi querido Señor, que esta palabra será la expresión sincera de mi plena sumisión a las decisiones de la Santa Sede y de mi afecto a usted.

AMISTADES FEMENINAS

Amable CHENU

Amable CHENU era superiora de las Hijas del Corazón de María de San Servan.

CARTA A AMABLE CHENU, 21 de junio de 1813 (?)

“Las molestias de una mudanza precipitada no me han permitido responderte a la carta que me habías escrito y que me había agradado mucho. Te doy las gracias sobre todo por haberte molestado en copiar el cántico (un cántico compuesto por Clorivière) que te han enviado. Los sentimientos que expresa son muy propicios para reanimar nuestra fe y nuestra confianza. Qué vivas deben ser la una y la otra para nosotros. Buenos momentos aquellos en los que uno está inmerso y golpeado por el peso de las tribulaciones, cuantas riquezas escondidas bajo las espinas que nos desgarran. Recojamos, querida hija, con amor estos dulces tesoros de lágrimas y de eterna alegría.

No sé cuándo tendré el gusto de volverte a ver. Ese momento parece alejarse, Dios sea bendito. Él conoce mejor que nosotros mismos lo que nos conviene; es a los pies del altar que debemos encontrarnos todos los días, visitémonos en presencia del sagrario, eso ya es visitar el paraíso. Más se multiplican las tristes distracciones de la tierra, más decididos debemos estar para refugiarnos en las profundidades de este asilo inefable. Ahí, querida hija, nuestra alma gozará de una calma profunda, no será turbada por el ruido inoportuno de los acontecimientos que agitan y tambalean el mundo. ¡Oh eternidad! Es mi único consuelo, la admiración de mi alma, quiero lanzarme hacia ti y encerrarme

en tus abismos, arrojarme a ti con todos mis pensamientos, mis deseos, mis esperanzas, perderme en ti gustosamente.

Soy muy sensible al recuerdo de tus amigas, a las que tengo siempre presente, cada vez que tengo la dicha de celebrar la Eucaristía. Que ellas no me olviden delante de nuestro común maestro. Y tú, hija mía, te pido que tengas piedad de mi gran miseria, de mis necesidades siempre crecientes y ayúdame con tus oraciones. Cuenta con mi agradecimiento y con los sentimientos que te he expresado.”

CARTA A AMABLE CHENU, 18 de septiembre de 1813

“Querida hija, hace tiempo que no te he visto, mis tristes negocios y una herida en la pierna me impidieron ir a Saint-Servan hace quince días y el mal tiempo me ha retenido esta semana en la Chesnais. Al menos debo darte una muestra de mi recuerdo y pedirte disculpas por el retraso que no depende de mí.

He ahí hija lo que es la vida, una serie de contradicciones, de sufrimientos y de pruebas. Es verdaderamente un haz de espinas. Llevémoslas con resignación e incluso con alegría y aprendamos a despegarnos de todo, para no contar más que con Dios Sólo; Él no nos falla nunca, siempre está cerca de nosotros para iluminarnos, consolarnos, fortificarnos. Si somos ciegos, temerosos y débiles es porque no recurrimos a él con una fe lo suficientemente viva y una confianza suficientemente tierna. Querida hija, que Dios Sólo sea todo para nosotros.

Me encomiendo a tus oraciones y a las de Parfaite, Luisa, Amelia, R, Ch. A las que dirás que no estaré en Saint-Maló hasta la semana próxima.

CARTA A AMABLE CHENU, 12 de julio de 1816

Querida hija

Aunque estoy cargado de trabajo, no quiero dejar irse a la Sra. Duguen sin darle una pequeña palabra para ti. Por muy corta que sea te probará que no me olvido de ti. Y cómo podría olvidar, querida hija, los lazos que nos unen, que no son de los que el tiempo pueda romper y la distancia debilitar.

Me encanta que el Señor te dé un profundo sentimiento de tu nada y de tus miserias. Esto es tanto más bueno cuanto más doloroso. Quiero decir, hija mía, que el malestar que un alma experimenta al considerar sus infidelidades pasadas, con tal de hacerlo con calma y mezclado con confianza, es un poderoso medio de salvación y de perfección. Sí, querida hija, es una desgracia haber ofendido a Dios y lo que debe confundirnos es que después de habernos hecho tan indignos de su gracia, se digne derramarlas de nuevo sobre nosotros y contarnos entre el número de sus hijos. Tanta bondad por su parte, tanta ingratitud por la nuestra, ¿no es, querida hija, algo prodigioso? ¿Qué le hemos hecho para que nos ame así? ¿Qué hay en nosotros que merezca atraer su mirada y su misericordia? Nada, querida hija, pero quiere vernos cubiertos con la sangre de su Hijo y es a Jesucristo a quien ama en los pobres pecadores que se presentan ante Él como sus miembros y no haciendo más que uno con aquél en quien ha puesto toda su complacencia. Te pido, mi querida hija, que consideres los dolores, las llagas, la corona de espinas de Jesucristo como causados por tus

pecados. Él lleva el peso y la pena, está cargado con la cruz, y tú, querida hija, estás liberada de ese peso inmenso, estás asociada a sus méritos y a su gloria, a su triunfo, y dentro de poco te va a llamar a su reino para hacerte participar de su dicha. Húndete, querida hija, en el reconocimiento, nunca lo haremos suficientemente.

Si Vielle escribe poco es porque no es dueño de su tiempo. Espero que te haya visto en su último viaje. Yo no sé cuándo podré ir a San Malo, a pesar del gran deseo que tengo. Estoy encadenado aquí por dobles y triples lazos. Cuando tenga la dicha de ir a San Malo, iré a pasar algunos instantes contigo y a darte de viva voz los detalles consoladores que Cicé me ha comunicado cuando he tenido la suerte de verla en París. Dentro de 8 ó 10 días escribiré al buen Padre para recordarle la promesa que me había hecho de enviar 8 ó 10 misioneros de la Sociedad en el mes de septiembre. Reza, querida hija, por el éxito de esta excelente obra. No me olvides ante tus Hermanas y estate segura de la gran amistad que me une a ti.

J. M. Mennais

A LA SEÑORA DE LUCINIÈRE

Anne-Charlotte de Cornulier-Lucinière acompaña a sus padres emigrantes a Jersey y después a Londres. Allí encuentra a Carron que dirigía una casa de educación. Vuelve con él a Francia en 1815, enseña en el Instituto María-Teresa, calle de Feuillantines, hasta su cierre. Dirige también un internado con sus compañeras Angélique de Trémereuc y Villiers.

CARTA A LUCINIÈRE, 20 de junio de 1834

Excelente amiga

No puedes creer lo agradable que me ha sido tu carta. He leído y releído cada una de las palabras, eso me quitaba, si puedo expresarme así, una parte de mis penas que son muy grandes. Por desgracia mis inquietudes están lejos de calmarse y el porvenir me asusta más que el presente. Con todo espero que el Señor escuche mis humildes y ardientes plegarias. Por el que yo rezo tiene una gran alma.

He visto a la Sra. Tremereuc en Saint Briec donde he estado hace pocos días, está bien lo mismo que Clara. He sido feliz durante los cortos momentos que hemos pasado juntos, porque con ella el corazón se abre y habla libremente. La Sra. Villiers no estaba ayer en Rennes, lo lamento.

No olvides en tus oraciones al pobre Juan y de vez en cuando escribe a su hermano. Uno y otro estamos muy pendientes de tus cartas, estate segura. Tus cartas a Feli son un bálsamo para sus heridas.

Jean

CARTA A LUCINIÈRE, 12 octubre de 1834

Excelente amiga,

Cuando me escribiste el 15 de septiembre estabas lejos de pensar que me acusasen públicamente como lo ha hecho L'Ami de la Religión, de no tener ante el juicio de Roma más que una sumisión hipócrita. Puedes leer en L'Univers religieux mi respuesta a una acusación tan odiosa. El Obispo de Rennes habiendo aprobado y firmado mi carta me ha liberado de entrar en detalles dolorosos que hubiesen producido discusiones no menos tristes, porque estaba muy decidido a no dejarme pisar. Si soy hermano soy padre también y no podía en conciencia callarme en estas circunstancias y dejar en la duda sobre mi fe a numerosos hijos. Pero qué duro es todo esto, Dios mío. Espinas atraviesan mi alma por todos los costados, no es más que una llaga viva y sangrante. Dios sea bendito. Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo. Tú entiendes bien este latín, y como yo tú habrás cantado también este cántico de resignación, amor y de alabanza en medio de las nuevas tribulaciones que acabas de experimentar. Que hermosa ocasión para enriquecernos y amasar tesoros que la polilla no roe ni los ladrones roban. ¡Ah! si en su gran misericordia el Señor se dignase conceder a nuestros sufrimientos lo que ha rehusado a nuestras oraciones. Yo le diría de todo corazón con Santa Teresa todavía un poco más Dios mío, todavía un poco más. No desespero de que esto suceda y esta esperanza está fundada sobre algunas cosas que puedo escribirte pero que quizá te diré de viva voz dentro de poco, pues tengo la intención de ir a París el mes próximo, si circunstancias imprevisibles no me lo impiden. Qué bonitos serán los momentos que pasaré en el rincón de tu pequeño hogar. Al unir nuestros dolores haremos que pierdan su amargura.

Te escribo de prisa pues voy a entrar en seguida en mi casa, es decir en mi coche, para recorrer los caminos. La semana próxima iré a Saint-Brieuc donde espero encontrar a nuestra buena amiga la señora Tremereuc a la que ya he contado mis últimas aventuras que la habrán entristecido más que a mí, porque de todo esto a pesar de las apariencias contrarias creo que resultará un gran bien. Abandonémonos sin reserva a la Providencia.

CARTA A LUCINIÈRE, 8 de agosto de 1841

Muy querida y respetable amiga,

Me reprocho el no haberte escrito después de mi vuelta de París, pero cómo iba a hacerlo. Apenas he entrado en nuestra Bretaña he dado una misión para descansar y a penas acabada está feliz y santa misión, he ido a izquierda y a derecha para presidir las diferentes distribuciones de premios. Por fin heme aquí, pero es para volver a caer en problemas y fatigas con el retiro de los Hermanos.

Marie Ange me va enviado la bonita carta que la has enviado con ocasión de tu visita a Santa Pélagie. No tengo necesidad de decirte cómo he admirado tu celo y qué reconocido estoy de tantos cuidados. No dudo que nuestro pobre Feli se dará cuenta de ello y quiero creer que tú eres el ángel destinado a romper un día sus lazos y darle la libertad. Entiendo por ello, la libertad de los hijos de Dios. Ánimo y paciencia excelente amiga. No te canses... Santa Mónica no obtuvo con sus oraciones la conversión de su querido Agustín más que después de 18 años. Sin embargo el estado de la salud de Feli me inquieta, porque los accidentes que experimenta son graves y cinco meses todavía de cárcel serán muy largos y penosos para él. Recemos con más ardor que nunca. Esta mañana de nuevo decía por sus intenciones la hermosa oración que él mismo ha

compuesto para pedir a Dios la conversión de una persona querida... Se encuentra en La Jornada del cristiano p. 396.

He tenido la suerte de encontrarme en Saint Briec con Angélica, ella también llora en silencio pero no desespera.

Jean

CARTA A LA HERMANA LE BRETON, 5 de junio de 1835

(Carta escrita en respuesta a la decisión de la hermana Le Bretón de dejar la Congregación de las Hijas de la Providencia)

Mi querida hija,

Por fin ocho días después de haber recibido mi carta del 25 de mayo te has decidido a responder. Parece como si quisieras hacerme partícipe de tus intenciones lo más tarde posible. Y en esto estás equivocada, pues haber tomado una decisión tan grave como la que acabas de tomar, renunciar a tu vocación, sin pedir el consejo de aquél que Dios te ha dado como superior y como padre, es olvidar y violar con deplorable atrevimiento las reglas más santas. Hace muchos años que gobierno congregaciones religiosas y nunca he visto nada parecido a lo que sucede bajo mis ojos en estos últimos tiempos. Las ruinas llaman a las ruinas. Hija mía, no es de Dios de donde vienen estas cosas. El Espíritu de Dios crea, conserva, vivifica, no trastoca como las tempestades.

Uno se hace ilusiones, lo sé, y tú misma eres arrastrada sin darte cuenta por un movimiento de destrucción que ha arrastrado a otros en torno a ti sin darse cuenta. Me das lástima, querida hija. Mis palabras son firmes porque deben serlo, pero no son amargas. En el fondo de mi corazón roto no hay para nadie otros sentimientos que los de una caridad sincera y una tierna compasión. Amaré siempre en Jesucristo suceda lo que suceda y hagan lo que hagan quienes han sido mis hijos. No me llamarán ya padre, pero no impedirán que permanezca invariable en mi afecto y mi amor por ellos.

Abandona pues, sin temer de mi parte ásperos reproches, esta congregación a la que yo te he admitido con tanta alegría puesto que tenía la dulce confianza que te unías a ella como a una madre y sin ninguna de las condiciones de las que me hablas y que hubiesen sido impías si fuesen reales. Deja el santo hábito que recibiste de mis manos al pie del altar y vuelve a tomar los hábitos ignominiosos del siglo. Di a la Virgen María, a quien ofreciste tu profesión suplicándole humildemente que la ofreciese ella misma a su Divino Hijo que no quieres que pida para ti el gran don de la perseverancia. Tú serás la primera de las Hijas de la Providencia que hable así.

Yo, rogando a Dios que ponga una piedra sobre tu tumba para que otras no desciendan detrás de ti, le pediré (sin intentar justificar lo que no tiene excusa) que tenga misericordia del alma de mi pobre hija porque se muere.

Me hablas por la primera vez, y un poco tarde, es necesario decirlo, de los asuntos temporales de tu casa. No tengo el valor de ocuparme de eso ahora. Otros pensamientos afligen demasiado mi espíritu para poder fijarle en eso ahora.

Comunica esta carta a la Hermana Cocquio. Que Dios les perdone a los dos los sufrimientos que me ocasionan.

RELACIONES COMUNITARIAS

Para Juan María es indispensable partir en nuestras relaciones comunitarias de un sano realismo. Es ilusorio pensar que en un grupo de humano no existan enfermos de cuerpo y de espíritu, caracteres agrios o difíciles. Los espiritualismos y angelismos son signos de inmadurez y muy sutiles mecanismos de defensa.

Partir de esta madurez propia de la actitud realista es muy saludable.

Pero este realismo sano y necesario no construirá la comunidad. La comunidad, sacramento de las relaciones trinitarias, es un misterio de fe y de amor. Sólo desde la aceptación de este don, de las relaciones trinitarias, derramado sobre la comunidad, podremos construirla.

La comunidad, sacramento del Reino, no es una realidad simplemente humana y no puede construirse con simples equilibrios y medios humanos, aunque éstos sean necesarios.

Como dice el Padre Fundador, sólo la humildad, fruto de la caridad puede construir una verdadera comunidad. La humildad que nos reviste de los mismos sentimientos de Cristo, que se abaja, que no retiene su rango (Cfr. Filip 2, 1-12). La humildad que es la fuente de todas las virtudes: de la bondad, de la paz, de la unidad, de la dulzura; es la única que puede construir este misterio de fe y de amor que es la comunidad.

Al leer las cartas del Fundador vemos esa sabia mezcla de fe y realismo, signo de una profunda madurez humana y espiritual. Y él mismo la aplica en sus relaciones con los hermanos.

Para rezar y reflexionar

- ✓ ¿Cómo andas de realismo? ¿Sueñas en comunidades/familias ideales donde todo es perfecto y no hay nada que sufrir y soportar?
- ✓ ¿Estás convencido de verdad que la vida comunitaria/familiar es un misterio de fe y de amor?
- ✓ ¿Tienes la convicción de que sólo la humildad puede construir la comunidad/familia (cfr. Fil)?
- ✓ ¿Estás convencido de que es la obediencia, como búsqueda común de la voluntad de Dios, la que construye el nosotros comunitario/familiar?
- ✓ ¿Cuáles son las actitudes con las que vives tus relaciones comunitarias/familiares?
- ✓ ¿Qué puedes decir de tu comunidad/familia? ¿En qué está llamada a crecer?
- ✓ ¿Cuál es tu aporte a la dinámica comunitaria/familiar?

CARTAS, SERMONES e INSTRUCCIONES

CARTA A MAZELIR, el 31 de agosto de 1825

Quiero, por el contrario, que ellos (los Hermanos) estén llenos de indulgencia y de caridad para con sus hermanos, y que les disculpen en vez de acusarles. Esto no impide los buenos consejos que pueden darse entre ellos. Pero, ¿cuántos espíritus falsos y envidiosos no juzgan mal las acciones de los demás? Ven una paja en el ojo de su hermano y no ven la viga que hay en el suyo. Alimenta su corazón, si puedo hablar así, de sencillez, de dulzura, de humildad, de caridad y de alegría, y todo irá bien.

CARTA A LA SRA. X, 30 octubre 1826

Señora, le pido mil disculpas por no haber respondido antes a la carta que he tenido el honor de recibir de usted, pero en el momento en que la he recibido 140 Hermanos llegaban aquí. Ahora bien, durante las tres semanas que he pasado con ellos, sus asuntos me han ocupado de tal modo que me ha sido absolutamente imposible pensar en otra cosa.

Veo con gran alegría en el Señor, que su gracia ha tocado profundamente su alma. Usted entiende ahora la vanidad de todo lo que ha pasado, de todo lo que no es Dios y tiene un sincero deseo de entregarse a Él completamente. Pero permítame que le diga que para abrazar la vida religiosa, esta especie de disgusto del mundo, de aburrimiento de uno mismo y de cansancio de los placeres no bastan. Reflexiones puramente filosóficas, aunque muy justas y verdaderas, no la sostendrán durante mucho tiempo en la práctica de los difíciles deberes de una profesión que exige tanta virtud.

Usted ha concebido durante estos días de fervor los proyectos de los que me habla. A menudo nos hacemos ilusiones al considerar las comunidades únicamente como lugares de paz donde se está al abrigo de las penas del mundo y de las tormentas de las pasiones. Eso es cierto hasta un cierto punto, pero también es verdad que allí, como en todas partes, hay muchas miserias y que no se puede ser feliz más que estando animado por un espíritu de fe y de penitencia que hace encontrar la dicha en la mortificación, en los sufrimientos y en la renuncia a los gustos naturales.

Este sacrificio tan grande para todo el mundo, ¿no lo sería para usted más que para nadie? Cuántos lazos que romper, cuántos cambios en todas sus costumbres y en todas sus ideas. Tiemblo al pensar en ello. Lejos de mí animarla en ese proyecto. Al menos pruebe durante mucho tiempo, rece mucho. Consulte a su confesor y desconfíe de su imaginación. Ella es muy viva y ardiente.

No temo que usted crea que estoy enfadado a causa de la libertad con la que me explico. Al contrario, usted verá en ello, eso espero, una prueba del interés que usted me inspira.

CARTA AL HERMANO IRENEE LE GUYADER, 27 octubre de 1831

Mi muy querido hijo

Te has comportado de un modo muy imprudente con el Hermano Philippe. Deberías ser más paciente, esperar en paz la época que yo había fijado para este cambio, y evitar con cuidado hasta entonces todo lo que pudiera irritarle. Menos aún deberías haberle anunciado la intención que tenía de cambiarle de Bourbriac. En todo esto no has tenido sangre fría, ni dulzura, ni caridad.

CARTA AL HERMANO LUCIEN DENIAU, 6 noviembre de 1831

Mi muy querido hermano

Me debes escribir cada dos meses, pues la Regla no hace excepción con los Hermanos colocados en los establecimientos.

Esmérate en hacerte amar de tus niños, no menos que en instruirles. Los prejuicios que algunos han podido tener para contigo, se debilitarán poco a poco, y en poco tiempo, no existirán ya.

Cede voluntariamente ante tus Hermanos en toda ocasión y en todo. Quien obra así es bendecido por Dios y por los hombres. He sabido con gran alegría que tú has mejorado en esto este año, y que eres menos susceptible.

No estás obligado a hacer los ejercicios espirituales cuando faltas sin culpa tuya.

No estoy de acuerdo en que vayas a aprender el canto al colegio.

He escrito al Hermano Ambrosio en relación al asunto que me pides. No compres nada, eso sería obrar contra la obediencia y contra la pobreza.

No te aflijas demasiado por las tentaciones a las que estás expuesto. Pueden ser para ti la fuente de grandes méritos delante de Dios. Acuérdate de lo que te he dicho varias veces sobre esto, y sobre todo, no te desanimes nunca.

Puedes leer de vez en cuando el Nuevo Testamento, es una excelente preparación para el catecismo.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HERMANO LUCIEN DENIAU, 13 de abril de 1832

Mi muy querido hermano

Cuando tus niños tienen necesidad de ser corregidos más a menudo de lo que te he permitido hacerlo, es mejor que te dirijas al Hermano Ambrosio, antes que hacerlo tú mismo. Porque tengo miedo de que los niños tomen prevenciones contra ti y vayan a otras escuelas. Por otra parte, sigue los consejos del Hermano Ambrosio. Apruebo todo lo que él te diga. Es necesario estar atentos a las circunstancias, y no reprender con demasiada viveza a los niños, de

lo que no proviene de ellos. Por otro lado, las medidas suaves son siempre más eficaces.

La lectura de Telémaco no te conviene para nada. No me sentaría mal que fueses a ver a tus padres durante las vacaciones, si las circunstancias lo permiten. Ellos tienen muchas ganas y yo te hubiese mandado antes si no hubiese habido dificultades extraordinarias.

Vive en paz con todos tus Hermanos. Que la divina caridad les una a todos con sus dulces lazos.

Te abrazo muy tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HERMANO LUCIEN DENIAU, 18 de noviembre de 1832

Mi muy querido hermano

No te desanimes, redobla los esfuerzos y los cuidados para ganar el afecto de tus alumnos y para eliminar las injustas prevenciones que algunos puedan tener contra ti. No les golpees. El rigor y los golpes hacen mucho más mal que bien.

No dejes de seguir trabajando el dibujo.

No des ninguna importancia a los comentarios que te han hecho y no hagas reproches a aquellos que crees que los han hecho. Dios te recompensará este sacrificio que haces por Él. Ánimo, mi querido hijo. Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HERMANO AMBROSIO LE HAIGET, 26 de mayo de 1835

Mi muy querido hermano

Eres demasiado sensible a las cosas que el Hermano Javier te ha podido decir. No es que yo le disculpe. Pero sean las que sean sus equivocaciones, no debes afligirte tanto como lo haces por lo que haya podido ofenderte en las cartas que te ha escrito. El santo Evangelio recomienda no acabar de romper la caña cascada. Pon en práctica esta máxima de dulzura y caridad y ten cuidado en no irritar con reproches severos, aunque justos, a un pobre niño cuya imaginación es tan ardiente. Es más digno de piedad que de cólera.

Exageras también el número de aquellos que en la Congregación no están animados por el espíritu de la regla. A Dios gracias, te engañas en eso. Nunca hemos estado mejor que ahora. Por desgracia tendremos siempre que lamentar el debilitamiento de la piedad en algunos, pero estos, o no perseveran o les echamos. Ánimo, pues, mi querido hijo, y vigila sobre ti mismo para apartar de ti estas ideas y estas impresiones de tristeza que no sirven más que para hundirte y a hacerte más penoso el cumplimiento de tus deberes. Tú sabes, mi querido hijo, cuánto te amo y te doy una nueva prueba de mis paternos sentimientos al hablarte como te hablo.

Te mando por correo, como paquete, 5 ejemplares de un cuadro que hemos impreso. Llenando las diferentes columnas, cada Hermano podrá

fácilmente presentar las cuentas y un inventario exacto en el retiro, lo que no pasaba hasta ahora, lo cual ocasionaba muchas molestias a mí y al Hermano Louis. Con este medio, el trabajo se realizará mejor y más rápidamente. Los cinco ejemplares que vas a recibir son para los Hermanos de Ploezal, Pleubian, Pouzbalanec, Bréal y Pleudaniel. Como voy a escribir hoy mismo a Paimpol, mando directamente un sexto ejemplar al Hermano Javier.

CARTA AL HERMANO ABEL LUCAS, 30 de diciembre de 1841

Mi muy querido hermano

He ahí una carta que mando al Hermano Vicente de Paul. La lees, la franqueas y se la mandas. Estoy decidido a no conservarle en la Congregación si no cambia. Sin embargo no quiero echarle en seguida. En primer lugar porque no creo que no tenga recursos, tiene buen fondo y ha sido muy piadoso, puede volver sobre sí mismo. Son los malos consejos y las amistades particulares las que le han perdido. En segundo lugar porque es del próximo sorteo. Si vuelve en familia será desgraciado. Al obligarle a volver le condeno muy probablemente a ir a la milicia. Expongo por consiguiente su salud. Estas consideraciones me detienen, porque si soy superior soy también el segundo padre de este pobre hijo. No tomaré en relación con él una medida drástica más que en el caso que sea para mí un estricto deber el obrar así para mantener el orden dentro de nuestra sociedad. Permitirle hacer el viaje a Lannilis sería hacer segura su salida definitiva. Si ella llega a ser necesaria es necesario que sea irrevocable desde el día que deje Plouha y como preveo las consecuencias tengo paciencia, no queriendo romper la caña cascada y apagar la mecha que aún humea. Infórmame en seguida sobre eso y enseña mi carta al Rector. Le agradezco la que él me ha escrito.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor y te deseo un buen año, es decir un año muy santo.

CARTA AL HERMANO AMBROSIO, 17 de junio de 1842

Mi muy querido hermano

He venido a Lanion para dar un retiro en la casa de Las Damas de Cré'Havel y he aquí que recibo una carta en la cual Ruault me hace el análisis de la última carta que me has enviado a Ploërmel, en la que falta la fecha. La contestaré en la medida que pueda, no habiéndola leído todavía entera. Por lo tanto no te sorprenda si omito algunos puntos. Como tú me habías anunciado de una manera rotunda tu vuelta, estaba desolado, porque nada en el mundo podía contrariarme más. Pero veo que el buen Dios no ha permitido que cometas esa falta y le doy gracias. Te reitero la orden de que permanezcas en tu puesto. No estés desconcertado. Comprendo tu posición, es muy penosa, lo sé, y en consecuencia tomaré los medios para aligerarla. Pero hace falta un poco de tiempo para ello y si precipitas las cosas se embrollarán cada vez más. Estate tranquilo, ten confianza y deja de dar vueltas a la cabeza. Debes darte cuenta de que a la distancia a la que estamos yo no puedo solucionar inmediatamente ese problema. Pero basta que yo sea informado para ocuparme seriamente y tú debes confiar en mí sin reservas. Dios bendecirá tu abandono, y tendrás ocasión de felicitarte más tarde por haber permanecido en el orden de la providencia. Aunque hubieses venido a Ploërmel no hubiese sabido más. Conozco mejor tus

cosas que tú mismo. Es lo que le ha ocurrido al Hermano Marcellin. Pensaba que iba a informarme de muchísimas cosas y se ha encontrado, sea dicho con toda sencillez, que yo era el más hábil de los dos.

Te escribí el mes de marzo, el 7 ó el 8, al mismo tiempo que al Sr. Evain. ¿No has recibido esa carta? Me hablas de mi decisión sobre las dificultades surgidas como si la hubieses conocido por el Sr. Evain. Eso me sorprende. También me sorprende que te hayas creído autorizado para presentar tu dimisión, porque no tienes que presentar la dimisión a nadie y nadie tiene el derecho de aceptarla. He escrito personalmente a todos los Hermanos de La Guadalupe hace tres semanas. Habrán recibido mi carta antes de que tú recibas ésta. Ves que cumplo y que no pierdo el tiempo.

Los periódicos están llenos de noticias elogiando la obra de ustedes. No comprometan el éxito con decisiones precipitadas e imprudentes. La salvación de muchas almas depende de tu perseverancia y de la docilidad a mis órdenes.

En cuanto al proyecto relativo a los capellanes me ha parecido que eso exige reflexión. De nuevo te repito: yo no camino tan rápido en asuntos que son tan graves.

Te pido de nuevo que estés lleno de bondad e indulgencia para con todos los Hermanos. Para con todos sin excepción y de modo particular para con aquellos de los que crees que tienes más razones para quejarte. No me cansaré de insistir en este punto. Un superior debe guardar la calma y no acabar de romper la caña cascada ni apagar la mecha que aún humea.

CARTA AL HERMANO AMBROISE LE HAIGET, 5 de abril de 1843

Mi muy querido hermano.

Respondo a la vez a varias cartas tuyas, aunque sean de fechas diferentes, las he recibido todas juntas, y se han cruzado con las que yo te había mandado hace un mes.

Empiezo por la última, de fecha 10 de febrero que me anuncia, pero que no me ha da a conocer, el calamitoso desastre de Pointe à Pitre. Lo sabía desde hace 8 días, cuando tu carta me ha llegado, y después he sabido, por una carta del Hermano Arsène que nuestros dos Hermanos heridos habían sido trasladados a la Base Terre, y que estaban fuera de peligro.

Sin embargo no estaré tranquilo más que cuando tú mismo me digas que lo esté, porque las consecuencias de un accidente así pueden ser muy graves, y el primer momento no es siempre el peor. En fin, mi querido hijo, sea lo que suceda, estemos resignados a la santa voluntad de Dios y no tengamos otra. Es cuando estaba sumergido en los más amargos dolores, en las más crueles angustias, cuando Jesucristo decía a su padre, Padre mío que se haga tu voluntad y no la mía.

El temblor de tierra que ha sacudido tan fuertemente las Antillas se ha hecho sentir hasta en Inglaterra, Liverpool, Jersey. Es decir a 15 leguas de nosotros y nosotros hemos tenido un tiempo extraordinario. Todavía ayer, tuvimos una fuerte tormenta, como las del mes de agosto, y hoy hace frío como el mes de

enero. Tenemos también muchos enfermos. El Hermano Julien sufre un flujo de pecho; el Hermano Pablo ha tenido un ataque de apoplejía. Cinco Hermanos han muerto desde el retiro. Ya te he nombrado los tres primeros, los dos últimos son los hermanos Doroteo y Artemas, reza por ellos.

Te cuento todo esto para hacerte ver que si ustedes tienen miserias, las nuestras también son numerosas. En ninguna parte estamos exentos, porque esta tierra no es más que un lugar de exilio, de prueba y de expiación.

Sin duda hemos sido probados por las pérdidas considerables a consecuencia de la destrucción de nuestra casa de Pointe Pitre: madera, muebles, libros, clásicos. Todo habrá sido destruido y quemado. Tendremos derecho a una indemnización y estoy seguro que el Ministro no nos la negará, como tampoco la administración de la Colonia. Pero es primero de acuerdo con la administración que habrá que evaluar las pérdidas, porque ni el Ministro ni yo podemos fijar una cifra. Dame una información detallada, que podrá serme útil, en caso de que tenga que apoyar tus reclamos.

No acabo de saber qué es lo que va a pasar con los Hermanos Arsène y Donatien que no les ha sucedido nada y con los dos heridos cuando se restablezcan. Qué pena no poder estar cerca de su cama para poder cuidarles yo mismo. Les he escrito, hace un mes, al uno y al otro, y estaba lejos de pensar en el horrible accidente del que han sido víctimas. No dejes de decirles que les escribiré de nuevo dentro de muy poco, y di también al Hermano Donatien que todos sus parientes están bien, les he visto en Guerande hace algunas semanas.

He entregado tus cartas a los Hermano Hypolite, Louis, Tugdual et Théodose, pero he reprendido a este último, por haberte dicho que no había recibido el reembolso debido a sus vacaciones, porque eso es falso. Es cierto que para evitar que enviase la nómina a París y la negociase él mismo, se la he enviado al Sr Duval para que la negociase él, pero poco después he enviado a Ploezal, al Hermano Théodose, sin gastos, la suma que le estaba destinada. Como ves no tiene de qué lamentarse. Esto prueba que es importante que la correspondencia pase por mis manos. Te haré otra observación sobre esto. Cuando escribes a los Hermanos, todas tus cartas tienen un fondo de tristeza profunda que no es bueno más que para inspirar desánimo a los que las reciben. Después de haber recibido esta impresión, ellos la comunican involuntariamente a los otros, lo cual produce un mal efecto. Por otra parte, exageras en tus quejas. Por ejemplo, he estado obligado a raspar una frase de tu última carta al Hermano Huguet antes de echarla al correo, porque él la habría enseñado a los Hermanos que van a menudo a su casa, y hubiesen concluido que ir a las Colonias es ir a una muerte cierta y repentina. Lo mismo en tu carta al Hermano Victor, y también en la de Stanislas. He encontrado pasajes que me han obligado a guardarlas y no enseñárselas a nadie. Ten cuidado en esto en adelante. Ten más calma, sé más discreto, más prudente, de lo contrario harías tambalear varias vocaciones. Sin duda, la misión de las Antillas tiene peligros y te has encontrado allí con muchas miserias, tú personalmente, pero en fin, las hay en todas partes, en Francia como en las Antillas, y huir de la cruz, sería huir de la salvación. ¿Qué? Por un poco de oro se soportan los más grandes peligros, uno se expone a todo y sufre todo. ¿Sólo sería por Dios que uno rehúsa sufrir? Lee la vida de los santos. Todos a ejemplo de San Pablo han sobreabundado de alegría en medio de sus tribulaciones. Y ¿qué son las nuestras comparadas con las suyas?

Te animo a que envíes a Ploërmel a los criollos que han pedido venir. Continúo estando muy contento de los que están aquí. Tomarán el hábito el día de Pascua. No les hay mejor que ellos, sin embargo no aceptes a ninguno sin un serio examen.

No apruebo tu proyecto de comprar un negro para Morne-Vanier. En nuestro caso toda operación de este género, lo menos que sería es una inconsecuencia.

Los Hermanos Sigismond et Irenée están restablecidos. Te he dicho que los dos piden insistentemente volver a sus puestos. Pero no estoy dispuesto a dar el consentimiento al segundo, por lo menos le cambiaré de Colonia.

En cuanto a la petición que me haces sobre tu vuelta, me contraría, no lo dudes, y lo que me propones para remplazarte es absolutamente imposible. Sea lo que sea, lo examinaré, pesaré todo delante de Dios, y en esta circunstancia como en cualquier otra, intentaré no hacer nada que no sea para su gloria. Pero me opongo a que pidas un permiso sin ponerte de acuerdo antes conmigo. Tu presencia en las Antillas es indispensable durante algún tiempo todavía. La cábala Evain está desorganizada, pero las intrigas de este desgraciado sacerdote no han acabado. Ha llamado a ir con él al ex Surin, que debe embarcarse próximamente a Nantes, para juntarse con él, y cuyo pasaje paga. ¿Cómo es posible que este apóstata pise la Martinica o la Guadalupe, y se dirija allí? He prevenido al Ministro, y le he rogado que dé las órdenes para impedirle vivir en alguna de esas islas. No metas ruido, pero estate atento, para que este falso hermano no tenga relaciones con los otros. El que más miedo me da es el Hermano Henri-Marie. Me ha escrito una bonita carta, solicita su vuelta a Francia. Acabo de responderle diciéndole que estoy de acuerdo, y que podrá volver nada más lleguen otros Hermanos a la Colonia. No será antes del próximo otoño, e intentaré que sean numerosos. El retiro decidirá. Es en esta época cuando uno puede saber de seguro a qué atenerse. Lo que es seguro es que el noviciado no ha sido nunca más fervoroso que ahora, pero no te imagines que entre tantos Hermanos no haya enfermos. Los habrá siempre a pesar de las precauciones que se tomen para hacer una buena elección.

No te quejarás de la brevedad de mi carta. Si fuese necesario añadir la expresión de todos mis tiernos sentimientos hacia ti, sería todavía mucho más larga. Te escribo desde la cama en la que me retiene un ligero ataque de gota, no es nada, mañana salgo para Dinan.

Te abrazo tiernamente en nuestro Señor.

CARTA AL HERMANO ABEL LUCAS, 18 de diciembre de 1844

Mi muy querido hermano,

El Hermano Eric es muy bueno, tiene sus miserias como todos nosotros, pero, en fin, tiene excelentes cualidades, y eres dichoso de tenerle como segundo. Ten cuidado en no ser demasiado sensible ante las pequeñas contrariedades que pueden surgir entre ustedes y estate siempre lleno de indulgencia, de dulzura, de paciencia y de bondad para con él. Repréndele de sus faltas, cuando cometa algunas, pero sin que se te escape una sola palabra que pueda herirle. Te equivocas al comentar con los dos Hermanos jóvenes, Ives y

Jean Colombin, tus penas. Es transmitirles a ellos un espíritu contrario a la caridad que debe reinar siempre entre los Hermanos.

Ten cuidado de tus prevenciones contra cualquiera, de ser demasiado clarividente para descubrir los defectos de los demás y de no ocuparte suficientemente de los tuyos.

Mantengo que el Hermano Eric y tú hagan los ejercicios al mismo tiempo. Hay gracias particulares acordadas a los ejercicios en común. Pero para hacerles bien juntos, es necesario que cada uno sacrifique sus gustos particulares, y te toca a ti dar ejemplo. Por lo tanto muéstrate siempre complaciente y no exijas nada por encima de la regla. No prolongues la lectura espiritual o la meditación más del tiempo marcado por la regla. Y la exactitud del Hermano Eric en este punto es de alabar. Continúa dándole clases, y no descuides nada para que saque provecho.

Te abrazo muy tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HERMANO ADOLPHE LE BARBIER, 29 abril de 1846

Mi muy querido hermano,

Tu carta del 10 de marzo ha llegado a Ploërmel mientras yo estaba a París. He ahí por qué no te he respondido.

Puesto que la Sra. Brohand no puede ya atenderlos, y puesto que el Hermano Zenon da clase, es indispensable que tengan una doméstica, la cual deberá tener al menos 40 años. Pero esto será un problema y un gasto para ustedes, porque ¿dónde la van a poner a dormir? Es necesario que viva en su casa, y en cuanto al gasto, sería justo que el ayuntamiento lo compartiese, porque cinco personas no pueden mantenerse con lo que les da. Habla de esto de mi parte al alcalde, cuya buena voluntad y espíritu de justicia son bien conocidos.

Has hecho mal al abonarte a un periódico sin mi permiso. En consecuencia no renueves el abonamiento y no leerás el periódico, antes de que yo vea cuál es su tendencia. Envíame, pues, algunos números por correo.

El inspector no tiene necesidad de saber el nombre de nuestros alumnos, le basta con saber el número. No le envíes la especie de documento que te ha pedido sobre las retribuciones. Tú no tienes la autoridad para entrar en una tal discusión y estoy persuadido que le importa poco saber tu opinión.

Todos los Hermanos deben estar juntos en el recreo y en los paseos. Si cada uno va por su parte, siguiendo sus gustos, no existe ya comunidad. El hermano Zenon no debe quedarse en clase después de terminada. Oponer a esto, es un desorden. Mi intención es hacer venir al Hermano Vitalien a Ploermel para que se prepare al examen de octubre. Lo habría hecho venir antes si no hubiésemos tenido varios Hermanos enfermos que ha habido que sustituir.

CARTA AL HERMANO EMERIC AUTIN, 18 de noviembre de 1846

Mi muy querido hermano

Cuando me escribiste la última carta, esperabas cuatro Hermanos, llegaron al poco tiempo. Y he aquí que otros diez de nuestros queridos Hermanos salen para unirse a ustedes. Ves que con el tiempo van a ser numerosos, lo que en sí será un gran bien, y un gran consuelo para ti. Ánimo, y cuando a veces, surjan dificultades y retrasos no pienses que yo les olvido.

Es desconsolador, sin duda, que varios de tus niños no vayan a la escuela regularmente. Para hacerles ir, emplea mejor recompensas que castigos. Verás que convenientes son las recompensas para animar a los pobres niños a ir al estudio del catecismo. Qué dicha para ti, al enseñárseles y explicárseles, de conducirles por la vía del cielo.

Mantén siempre con tus Hermanos la unión y el buen entendimiento. Por todas partes donde está la caridad se encuentran la paz y la alegría.

Hemos rezado por ustedes ardientemente durante nuestro grande y bello retiro. Quinientos diecisiete Hermanos han asistido al retiro. Después, más de treinta nuevos sujetos han entrado al noviciado. El buen Dios se digna bendecirnos, seámosle fieles y redoblemos el celo por su gloria.

CARTA AL HERMANO LOUIS-JOSEPH BODO, 21 de mayo de 1849

Mi muy querido hermano

Nos han informado que un barco del Estado partirá inmediatamente de Brest para Cayenne, y aprovecharemos para mandarte las cajas embaladas hace mucho tiempo, pero que hemos intentado en vano enviar por Nantes. Siempre nos avisaban demasiado tarde de que tal o cual barco que iba a salir. También es debido a que el Hermano Thomas, que estaba al corriente de estas cosas, no está ya en San Nazaire. Por otro lado yo he estado mucho tiempo muy enfermo, sin poder trabajar ni escribir como hacía otras veces. Ahora estoy mucho mejor, he retomado poco a poco mis antiguos hábitos de vida. Estoy con todo obligado a cuidar mucho la salud y me recomiendan sobre todo que escriba poco para no fatigarme. Esa es la explicación de mi largo silencio, del que creo que estarás penosamente sorprendido.

En el caso de muerte, todo estaba previsto para el gobierno de la Congregación. Encontrarás en una de las cajas el acta de última voluntad que he publicado en el último retiro, pero que estaba escrita y firmada desde hace varios años, como lo verás por la fecha. La he sometido últimamente a la aprobación de 7 obispos, lo que la da mucha más fuerza y autoridad que si sólo tuviese la mía. Así cuando le plazca a Dios de sacarme de este mundo, espero que no haya problemas para el gobierno de la Congregación. Y en cuanto a los asuntos temporales todo está arreglado también, y todas las actas de las que habrá necesidad están depositadas ante notario. He previsto todo en la medida de lo posible. No me queda más que pedir a Dios que tenga piedad de mi pobre alma el día de mi juicio, y pedirle para cada uno de ustedes ánimo, fuerza y perseverancia.

El Hermano Paul Joseph está bien. No te riño por haberle enviado a Francia, porque su imaginación estaba enferma. Lo que podía haber hecho podría tener consecuencias graves, si hubiese prolongado su estancia en las

colonias. Pero te pido de nuevo que estés siempre lleno de indulgencia y de bondad hacia tus Hermanos, cuando suceda que algunos enfermen de espíritu o de cuerpo.

Me hubiese gustado haber podido enviarte en seguida su remplazante y el del desgraciado Hermano Agathange, pero he tenido razones para no hacerlo en seguida. Me ha parecido juicioso esperar (a pesar del vivo deseo que tengo de completar el número de Hermanos de tu establecimiento, sabiendo que la emancipación va a hacer aumentar los alumnos). Ten paciencia, espero que no sea para largo y no dependerá de mí si esta especie de prueba no es acertada.

Escribo al Hermano Rimbart. Lee mi carta antes de cerrarla y timbrarla para pasársela. No me explico su silencio. Esto demuestra que las visitas son indispensables. Adelantaré en lo que dependa de mí el momento para hacerlas. No es menos indispensable que los Hermanos de Manna hagan cada año su retiro en Cayenne, y si es posible, en el estado actual de las cosas, tengo a que se haga.

SERMON 584 SOBRE LA HUMILDAD

PÁGINA 2511- 2512

¿Dónde están los hombres verdaderamente humildes? ¿Se posee la humildad porque uno conoce su nada, porque uno confiesa que es una débil y abyecta criatura? No. Los filósofos lo han reconocido y se han gloriado incluso de este conocimiento. Miren, en Plinio, por ejemplo, arrojado desnudo en su nacimiento sobre la tierra desnuda. ¿Basta con no vanagloriarse nunca, con no buscar elogios, con no hablar de sí mismo más que con modestia, o incluso rebajando las buenas cualidades que tenemos? No, ese lenguaje es bueno cuando es sincero, pero la humildad es algo más elevado y más íntimo. ¿En qué consiste? ¿Qué idea debemos tener de ella? La humildad no depende de una acción o de otra, sino de la pura caridad que nos despoja completamente de nosotros mismos y nos reviste de Jesucristo. Así, pues, ¿quieren conocer quiénes son en una comunidad los hombres verdaderamente humildes? Son aquellos que siempre y en todo momento, en las más pequeñas como en las más grandes cosas, renuncian sin pena a su voluntad para cumplir la de Dios. Aquellos que sencillos, dóciles, desconfiando de su propio juicio, se dejan colocar, conducir y por así decir, manejar con una sencillez de niño. Son aquellos que aman no ser nada, ni ser tenidos en cuenta, que desean de buena fe ser los más despreciados, los más dejados de lado, los más olvidados, los más dependientes de todos. Muy a menudo, empleados en las funciones que tienen menos brillo, o que tienen para ellos menos atractivo. Aquellos que no se sienten heridos nunca cuando les critican o cuando les reprenden, y que cuando se les llama la atención por sus defectos, aunque sea con dureza, con excesiva severidad, se alegran de ello, no como si fuera un sacrificio, sino por amor a la verdad, tengan en cuenta esto, y por un sentimiento profundo de su indignidad.

He ahí, en pocas palabras, las características de la humildad y los signos por los cuales se la puede reconocer. Si nosotros no la tenemos todavía, no desesperemos por ello, porque si nos afligimos hasta turbarnos, es señal de que esa turbación vendría de un secreto orgullo, irritado por no poder llegar de golpe a la perfección, para regocijarse, complacerse y admirarse de ello. Pero pidamos a Dios que nos conceda nuevas gracias para que hagamos nuevos

esfuerzos para avanzar cada día, con ardor tranquilo, por los caminos de una tan bella virtud. Pidámosle que llene nuestro corazón de su amor, para que no quede lugar en él para el amor propio. Y entonces inflamados de celo, nos diremos lo que se decía a sí mismo el piadoso autor de la Imitación: hijo de la nada, hazte tan pequeño, y colócate tan bajo, que todo el mundo pueda caminar sobre ti y pisarte como al barro de las plazas públicas.

Y entonces poseeremos realmente la humildad, esta virtud que hace los santos y que les eleva hasta Dios, pareciendo que les abaja por debajo del último hombre.

SERMON 674. ESPÍRITU DE LA CONGREGACIÓN

Página 2399

Sería absurdo esperar que en un gran grupo de hombres no haya nunca enfermos. No lo sería menos el suponer que en una Congregación no existan caracteres difíciles, a pesar de las precauciones tomadas para elegir a los sujetos que entran en ella. Por otro lado, el carácter cambia a veces con la posición y los años. ¿Quién de nosotros podría asegurar que sus disposiciones actuales van a ser invariables? Así es quizá de nosotros mismos y para nosotros mismos que hablamos ahora. A ejemplo del apóstol San Juan, les repetiré sin cesar: Ámense unos a otros, estén llenos de indulgencia y misericordia los unos para con los otros, no se juzguen severamente por miedo de ser juzgados. Mientras permanezcamos unidos, seremos fuertes, y seremos felices. Sí, esta unión santa será el encanto, la gracia y la fuerza de nuestra sociedad.

Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.

In unum, no significa en la misma casa, sino en los mismos sentimientos, in eadem sententia, sino en la misma caridad. De modo que cuando uno de nuestros Hermanos sufra, nosotros suframos con él, que cuando esté alegre, nosotros nos alegremos con él, tomando como divisa estas bellas y encantadoras palabras, cor unum et anima una.

Esto es tanto más necesario cuanto que estamos habitualmente juntos y siempre muy cerca los unos de los otros. Los más pequeños roces de carácter, si puedo expresarme así, al repetirse a todas las horas, causan enseguida desgarramientos. Es necesario, pues, que el aceite de la caridad alivie y cure estas llagas, en apariencia pequeñas, pero en la realidad muy peligrosas puesto que se envenenan en seguida. Amémonos como Hermanos, in visceribus Christi (con las entrañas de Cristo), sigamos el consejo del apóstol: que nada altere nuestra paz, nuestra unión, esta unión santa que no será rota por la muerte, será eterna como Dios mismo.

INSTRUCCIÓN A LOS HERMANOS DE LA GUADALUPE, el 6 de diciembre de 1837.

Cada Hermano, en ese caso, aceptará el nuevo empleo que se le asigne, sin el más ligero murmullo, y sin poner la menor dificultad. La obediencia más completa y la más religiosa es indispensable para que el orden, la caridad y la paz reinen en la comunidad.

Los Hermanos se mantendrán en guardia contra el espíritu de independencia y no tendrán ninguna voluntad propia. Insisto en este punto, porque los Hermanos destinados a las Colonias, estando escogidos entre aquellos que han sido directores de escuela, les costará más que a los otros someterse plenamente y con sencillez a la voluntad de sus superiores. Que se hagan una santa violencia, que renuncien a ellos mismos, que se rompan en toda circunstancia y que pidan los permisos al Hermano Director para las más pequeñas cosas.

ACTITUD ANTE EL CONFLICTO

Conceptualizando

Los conflictos forman parte de la vida. Son la vida misma. Constituyen un componente vital básico. Están presentes en prácticamente todos los espacios de las relaciones humanas. Los conflictos constituyen el acontecimiento reiterado que relata la historia de la humanidad. Los conflictos son crisis y las crisis son oportunidades de cambio o evolución.

Las relaciones humanas conllevan indefectiblemente diversos conflictos. Desde el nacimiento, los seres humanos van conviviendo y adaptándose dentro de la familia o los círculos más íntimos, donde adquieren algunos primeros principios y valores personales. Al tiempo que las personas salen a círculos periféricos y se encuentran con gente nueva, probablemente esos valores comiencen a ser cuestionados (sobre la base de que todas las personas somos diferentes), y se plantean así los distintos conflictos interpersonales.

Introducción

La primera carta seleccionada es una carta a Le Mée sobre la situación de la Diócesis de Saint Brieu. Le Mée será quien sustituya a Juan María como vicario general de Saint Brieu. Juan María le expone con claridad su punto de vista y su actitud.

Las cartas finales se refieren a conflictos administrativos sobre las escuelas y los Hermanos y vemos en ellas cómo Juan María abordaba estos conflictos.

Como ejemplos fuertes de conflicto hemos elegido dos: el conflicto con la Congregación de San Pedro y el conflicto de Dinan. La mayor importancia en las cartas está dada al conflicto con la Congregación de San Pedro, porque es en este conflicto que descubrimos en profundidad la personalidad del Padre Fundador y cómo abordaba los conflictos.

Es un conflicto interesante por todas las personas que estaban implicadas en él. En él se entremezcla todo lo más querido para el Fundador: instituciones y amistades. La Congregación de San Pedro ha sido su sueño, las Hermanas de la Providencia son sus hijas, Monseñor de Lesquen es su amigo íntimo. En medio de toda esta maraña de relaciones se moverá Juan María con la honradez que le es propia.

En la manera de abordar los conflictos encontramos primeros las dos actitudes fundamentales con las que aborda las relaciones:

- ✓ En la relación con los demás debemos saber manejar esa mezcla de exigencia y de amor. Ayudar a crecer al otro pero desde una actitud de amor.

No romper nunca la caña cascada ni apagar la mecha humeante. Es la actitud de la paciencia y la confianza en el otro.

- ✓ En la manera de abordar el conflicto descubrimos otro gran principio del Fundador que él llevará siempre a la práctica: “Sin libertad de espíritu no puede hacerse nada bueno”

Esta libertad de espíritu revela la confianza en uno mismo y la confianza en la honradez personal de los demás. Siempre debe hacerse confianza al otro, y la prueba de esa confianza es expresarse con toda libertad.

Otros principios que podemos ir descubriendo:

- ✓ En la relación no debe buscarse el interés personal. Debe buscarse ante todo la verdad y actuar con honradez. “Cuando se trata de Juan María... cuando se trata de los intereses que le han sido confiados...”
- ✓ En las situaciones de conflicto no debe hacerse caso a los rumores. La honradez no nos la quitan las murmuraciones de los demás sino nuestro modo de actuar.
- ✓ Debe saberse mantener la calma, no precipitar los asuntos. Se debe procurar tener una visión del conjunto del problema y no perderse en los detalles.
- ✓ Se deben abordar los temas con seriedad, estudiarlos, y no dejarse mover por opiniones y estar a merced de los otros.
- ✓ Uno debe también saber desconfiar de la propia opinión y tener el valor de pedir la opinión y el consejo de los demás.

Estos y muchos otros principios podemos descubrir al leer las cartas del Fundador. Nos descubrirán la profundidad de su espíritu, su honradez, su amor radical a la verdad. Y todo ello combinado con una fidelidad extrema a la amistad.

Es interesante ver cómo todas estas actitudes que se desprenden de la lectura de sus cartas están recogidas en el Memorial y de un modo particular en Los Avisos Espirituales.

Saber aceptar las contradicciones en la propia vida:

III.- Recibir con alegría y con un agradecimiento lleno de fe y de amor las pequeñas contradicciones que se experimentan en cada instante. Es éste un ejercicio habitual de mortificación del que se pueden obtener grandes ventajas.

Conservar por encima de todo la libertad de espíritu:

VI.- Tener mucho cuidado en no perder esta libertad de espíritu, esta amable y dulce libertad de los hijos de Dios sin la que no se puede hacer ningún bien. Para conservarla es necesario unirse estrechamente a Dios, caminar en su presencia con un corazón en el que reina la paz. "Pax Dei quae exsuperat omnem

sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu Domino nostro"

No precipitar nada, combatir los obstáculos, respeto absoluto de las personas:

VIII.- No precipitarse nunca en los asuntos que tengamos: no querer que vayan tan deprisa como nuestros pensamientos; combatir los obstáculos a sangre fría, sin desanimarse ni irritarse. Si acertamos, bendecir al Señor; si no acertamos, bendecirle también y de todo corazón: Dios lo quiere; esa palabra lo dice todo.

No romper la caña quebrada:

IX.- Evitar con sumo cuidado, en nuestras relaciones con los hombres, toda forma de extravagancia. Tener cuidado de no asustarlos con un porte exterior demasiado severo, hablar dulcemente; tratar con miramiento sus debilidades; casi iba a decir, respetar sus defectos; nunca sabríamos tomar demasiadas precauciones para no acabar de romper la caña ya quebrada, para no apagar la mecha que aún humea. (19)

Docilidad al Espíritu:

“Sin embargo, sé que todo depende de la voluntad de Dios sobre nosotros; no debemos descuidar nada para conocerla y ninguna consideración humana puede impedirnos seguirla.” (Memorial p. 21)

La imaginación viva que lleva a la exageración del celo:

“Quedaría, pues, desolado si contristara al espíritu de Dios (27), y si me opusiera a sus movimientos; pero también es necesaria una gran prudencia, una reserva extrema: las imaginaciones vivas fácilmente se exaltan, y a veces ivan tan lejos!” (Memorial p. 22)

Amor a la verdad:

“Por lo demás, es la misma verdad, es Dios, quien nos va a enseñar lo que debemos decir por su causa. Es a Él a quien debemos consultar para saber si debemos guardar o romper el silencio. Pidámosle, pues, todos los días, y por así decir en todos los instantes, que esté con nosotros, que esté en nosotros para iluminarnos, para inspirarnos, para que detenga las palabras indiscretas que podrían escapársenos y también para que ponga en nuestra boca, cuando su gloria lo exija, esas vivas palabras que penetran hasta el fondo del alma, que resuenan en el corazón y que dejan al malvado sin excusa cuando se resiste a ellas.” (Memorial p. 4)

No juzgar a las personas:

“¿Qué hombre consentiría, salvo algunas excepciones, que los otros hombres juzgasen de él según ellos mismos, quiero decir, según lo que se imaginan que habrían dicho o hecho en su lugar? Sé pues justo, y nunca pongas a los otros en tu lugar cuando te permitas juzgarlos; tus ideas no son las suyas; lo que tú ves, ellos no lo veían; es muy posible que ellos no tengan culpa al hacer lo que tú no habrías hecho sin dejar de ser culpable”. (Memorial p. 41-42)

Todos estos principios los vemos en acción a través la lectura de sus cartas.

Para profundizar, compartir y rezar

- ✓ Enuncia algunos conflictos vividos o que estás viviendo
- ✓ ¿Cómo has actuado o estás actuando ante ellos?
- ✓ ¿Algunos de los principios de JM son tus principios, cuáles?
- ✓ ¿Sientes que debes aprender algo del proceder JM, qué?
- ✓ ¿Qué te resultó una pista de vida para tus relaciones?

CARTA A LE MÉE, Vicario General, 7 de noviembre de 1821

(Le Mée es el sacerdote que le sustituye como Vicario general de Saint Briec una vez que Monseñor de la Romagère acepta la dimisión presentada por Juan María).

Como no busco y no deseo más que el bien de la Diócesis, no me niego a darte las informaciones que me pides, cuando piense que pueden serte útiles. Sin embargo, con la mejor buena voluntad del mundo, me es imposible hacer lo que me pides. El juicio que uno hace sobre las personas puede ser justo, pero no debe ser nunca absoluto. Hay en el carácter de cada uno, en el estilo de su espíritu y de sus cualidades, en sus costumbres y en su conducta, una multitud de matices delicados, que uno no puede poner por escrito. Me he convencido de ello hace cuatro años al intentar hacer para mi uso personal, apuntes sobre cada sacerdote de la Diócesis. No he pasado del tercero, y descontento del trabajo lo eché al fuego. Permíteme pues que me limite a darte algunas observaciones y detalles sobre la persona de la que me hablas.

Cuando se trata de cambios, es indispensable considerar no sólo el estado actual de la Diócesis, sino también sus necesidades futuras, en la medida que se puede prever. De otro modo uno se expone a desarreglar mañana lo que ha arreglado hoy. Por lo tanto ha sido una equivocación colocar al Sr. Oleron en San Lormel, al Sr. Sévestre en Aucaleur, al Sr. Auffray en Pommerit, porque es muy probable que se tenga necesidad de esas personas más tarde para parroquias más grandes. La experiencia te enseñará lo importante que es tener en reserva a un cierto número de los mejores sujetos, y que un cambio bueno en sí mismo puede ser malo en relación con el conjunto. Tomando las personas una a una y los asuntos uno a uno es muy probable que todo se embrolle y se dé vuelta. Esta es una de las razones que me han llevado a no tomar parte en ninguno de los nombramientos que se han hecho después de julio del año pasado. Y desgraciadamente está probado hoy que mis temores no eran vanos.

El conocimiento de las parroquias (esto comprende una multitud de asuntos) no es menos necesario que el conocimiento de los sacerdotes a quienes se confía la administración. Por ejemplo, cuando se ha enviado al Sr. Morvan a Calanhel se ha cometido una equivocación, no en la idea favorable que se tenía de este sacerdote, sino en la que se tenía de los habitantes de ese pueblo. Y cuando se le ha cambiado a Tressignaux, se ha cometido una segunda equivocación, porque esta última parroquia es muy pequeña para él.

En relación con este segundo cambio te haré observar que no hay nada más deplorable que estos cambios continuos del mismo párroco. No ha habido ni un sólo cambio de este género en los cinco años que he administrado la Diócesis de Saint-Briec. Mira lo que pasa con el Sr. Dollon, su vuelta a San Michel ha vuelto a encender, me han dicho, las discusiones entre San Michel y Trédez, de modo que no se sabe bien cómo volver a restablecer la paz entre estas dos parroquias.

Y en lo concerniente a los coadjutores, se les concede fácilmente el cambio. Conozco varios que en el espacio de un año han sido cambiados tres veces de un lugar a otro. Pues bien, un joven sacerdote al que le suceda esto, está perdido para siempre. Si al darle un primer destino, uno se ha equivocado,

por lo menos cuando se le da el segundo se debe estar seguro y no cambiar después.

Cuando una lista de nombramientos está hecha, debe ejecutarse en 24 horas. Los nombramientos están relacionados unos con otros, dependen unos de otros, de modo que es necesario retocar todo el trabajo, por así decir, cuando se hace algún cambio. Por otra parte, todos deben ser avisados al mismo tiempo, sobre el día que deben ir a la otra parroquia, y todos estos movimientos deben ser combinados con cuidado, para que no se interrumpa el servicio de las parroquias.

Desconfía de las informaciones que te sean dadas por los sacerdotes, incluso los más santos. La virtud, en ciertos casos, es causa de error, porque impide sospechar el mal. Personas muy respetables, por lo que parece, han recomendado al Obispo a los señores Trébouta, Barbier, Le Dù, Rigault, Dénoual, Du Mottais, Macé, Levêque, &c., y sin embargo yo nunca les hubiese nombrado párrocos a ninguno de ellos. El Sr. Trébouta que ya lo era, podría conservar su puesto, pero darle un título inamovible, no lo quiera Dios.

Aquí, Monseñor, no puedo reprimir las lágrimas... ¡qué pasa! Había dicho que debido a la avaricia y a los procedimientos indignos que el Sr. Barbier adoptaba hacia el párroco de Plérin, escandalizaba a todo el pueblo, y que me había visto obligado, durante la vacante de sede en la Diócesis, a prohibirle bajo pena de suspensión, aparecer en la zona de Dinan. Y al día siguiente es nombrado párroco de Maudé, al lado de Pleslin. Había dicho que el Sr. Le Dù, siendo incapaz de confesar, yo le había quitado los poderes, y al día siguiente es nombrado párroco de Lannerin. Había dicho que el Sr. Rigault, hombre orgulloso, de espíritu falso, bebía a menudo en exceso, y al día siguiente es nombrado párroco de Lescouet. Había dicho que el Sr. Dénoual era amigo del infame R... para el que yo he pedido la interdicción, porque había sido sorprendido en adulterio con una mujer de Plémet, y al día siguiente Dénoual es nombrado párroco de San Veran. R... según sus deseos es colocado en Trigavoux, cerca de su hermano, del que se puede asegurar ciertamente que no vale mucho más. Había dicho que el Sr. Chauchart du Mottais no estaba en condiciones para ejercer en San Judoce, a pesar de las censuras de Monseñor Caffarelli, y al día siguiente es nombrado párroco de San Judoce. Había dicho que el Sr. M.M había tenido la audacia de administrar los sacramentos borracho y al día siguiente es nombrado párroco de Trébrivan. Había dicho que según la opinión del Sr. Nais, entonces párroco de Matignon, el Sr. Lévéque había sido apartado de dar misiones, a causa de su profunda ignorancia y al día siguiente es nombrado párroco de Nazaret, etc.

Señor, cuando un hombre que tiene conciencia de sus deberes, es testigo de semejantes cosas solo le queda enojarse volviendo la vista a otro lado.

CONFLICTO ENTRE LA CONGREGACIÓN DE SAN PEDRO, MONS. DE LESQUEN, JUAN MARÍA Y LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA

CARTA A MONSEÑOR LESQUEN, el 15 de agosto de 1834.

Mi muy querido Señor,

Con la gracia de Dios nunca saldré del camino de la obediencia. En consecuencia, como es usted el responsable de la enseñanza en su diócesis, adoptaremos en St. Méen el autor que usted ha elegido. En Malestroit no había filosofía, pero hacemos ya ver a nuestros alumnos los tratados de Teología del mismo autor. En cuanto a mis opiniones personales no me creo en la obligación de tener que cambiarlas, porque es evidente a mi razón y a la de muchos otros que son conformes a la Encíclica de nuestro Santo Padre el Papa Gregoria XVI. Pase lo que pase, sabré callarme y esperar en paz las explicaciones que serán dadas más tarde, y que eliminarán en relación con este tema, toda especie de duda a todos. No las pediré yo mismo porque usted no lo cree oportuno.

Acepte mi querido Señor, de nuevo mi tierno respeto y mi inviolable unión.

CARTA A COEDRO, el 27 de agosto de 1834

(Coedro pertenecía al Congregación de Misioneros de Rennes que luego se juntará al Congregación de San Pedro. Coedro era el primer asistente de la Congregación de San Pedro cuando Juan María era Superior General. Al pedirle a Juan María que dejase ser Superior General fue elegido Coedro)

Mi querido amigo,

Me cuesta comprender como es que ha sucedido por dos veces que no se haya tenido tiempo para consultarme cuando se trataba de hacer aparecer algo en los periódicos. Ciertamente que si se me hubieran consultado el proyecto de carta al Universo, 1º no hubiese estado firmado por ninguno de nosotros, sabes que no estaba de acuerdo en que lo fuera; 2º no hubiese puesto en boca de Haran cosas que él no ha dicho, y que sus alumnos saben que no ha dicho. Te hago estas dos observaciones sin mal humor, sin amargura y únicamente porque quiero que sepas lo que pienso, aunque en un primer momento puedas enfadarte un poco conmigo, aunque sabes que estoy tiernamente unido a ti.

Sí, buen amigo, te estimo y te amo demasiado para disimularle nada, y para no hablarte a corazón abierto. Me sería imposible pronunciar delante de ti ni una sola palabra que no fuese expresión fiel de mis sentimientos. Son estos:

Lejos de creer, como algunos de entre nosotros, que es necesario volver a los principios de las antiguas filosofías que se limitan a poner como base de nuestros conocimientos la soberanía de la razón individual, es decir, de la razón privada de cada hombre, aislada de la razón de los otros hombres y de la autoridad, creo que estos sistemas son subversivos para el catolicismo y formalmente en contradicción con la última Encíclica, a la cual me someto, no sólo de palabra, sino realmente, más que aquellos que temen que no lo sea suficientemente. Se puede aplicar a estos sistemas lo mismo que al del sentido común (tal como es explicado por varios) este pasaje de la Encíclica: *veritas ubi certo consistit non quœritur, posthabitis traditionibus apostolicis.*

Yo quería eliminar toda duda en relación con este tema por medio de una consulta a Roma. Habiendo visto Monseñor inconvenientes en ello, yo no he insistido, porque la regla de conducta que debemos seguir en semejantes circunstancias es la de no confiar en nuestra propia sabiduría y la de no contrariar a nuestros superiores con procedimientos que a causa de su

notoriedad pueden traer consecuencias graves. Animado por este espíritu de obediencia y por estos motivos, no he dudado un instante en adoptar en San Méen la filosofía de Bouvier. Siendo decisión del Obispo que sea el libro adoptado en todos los establecimientos eclesiásticos de su Diócesis.

He obrado así y, francamente, aunque entonces estuviera persuadido que la obra de Bouvier (del que solo había leído la primera edición) encerraba opiniones irreconciliables con las mías. Pero habiendo conocido, hace algunos días, la última edición de su libro y las explicaciones que ha dado sobre algunas proposiciones obscuras que se encontraban en él, me he alegrado al ver que estábamos perfectamente de acuerdo en el fondo.

No entraré en más detalles, porque quiero y debo evitar toda nueva discusión. Ha habido ya demasiadas entre nosotros. Mi deseo es también utilizar mi autoridad para ponerles fin, lo cual solo sucederá cuando todos se atengan a las decisiones de la Santa Sede, sin pretender ir más allá, y sin querer imponer a los demás los sentimientos particulares. Quizá, digas hoy: “Nuestro Padre es débil, no sabe tomar partido”, pero más tarde dirán, eso espero, sobre mi tumba: “Nuestro pobre Padre sin embargo ha sido sabio, sin turbarse por el ruido que se hacía en torno a él, no ha querido ser más sabio que la Iglesia”.

CARTA A MONSEÑOR LESQUEN, 29 de agosto de 1834

Mi muy querido Señor:

En el momento de recibir la última carta que usted me ha hecho el honor de escribirme, me chocaron dos afirmaciones que contiene, y sin embargo no le digo nada en mi respuesta, porque no hay nadie que esté más lejos que yo de todo lo que tiene la apariencia de un espíritu de lucha y discusión. Pero durante su estancia en Ploërmel, nuestros señores, me habían parecido adoptar los principios de esta carta, que ellos debían conocer con antelación, y me he creído en el deber de advertirles que se le debía haber pasado, involuntariamente y por distracción sin duda, varias cosas que no son exactas.

Estar tentado de decir, por ejemplo, que la mayor parte de los fieles puede errar, y que no es la fe común que proclaman los pastores, sería estar tentado de ir en contra de la enseñanza unánime de todos los teólogos sin excepción. “*Catholici omnes passivam Ecclesiae infallibilitatem admittunt sed non eodem sensu ac protestantes: sentiunt nimirum fieri non posse nec usquam futurum esse ut multitudo fidelium, aut major pars eorum qui Ecclesiam constituunt, errores fidei contrarios profiteatur. Infallibilitas Ecclesiae eo sensu intellecta in dubium vocari non potest, atque es iis quae antea dicta sunt manifesti consequitur. Si enim major fideli numerus errores fidei contrarios combibere posset, igitur pauciores numero veram Christi fidem profiterentur, consequenter Ecclesiae Christi nec esset prae aliis sedis visibilis, nec aliis sectis diffusior nec catholica.*” (Bailly, Tract. de Eccli. , tom. 1er, pag. 252)

Hay más: es de esta infalibilidad pasiva del cuerpo de la Iglesia de la que los teólogos sacan su argumento más fuerte para probar la infalibilidad incluso activa del cuerpo de los pastores: “*Hanc vero Ecclesiae in retinendâ fide constantiam ac firmitatem non tantum passivam esse in totâ populi christiani societate, sed etiam activam in pastoribus.*” (Tournely, De Eccl., t. 1, p. 364.) En fin, como lo decía aquí, a uno de los nuestros, los Obispos en los concilios no

crean nuevos dogmas, “son testigos que tienen carácter y misión para atestiguar cuál es la creencia de la Iglesia particular que cada uno preside” (Bergier, Dict. théol., art. Conciles).

Es inaudito sostener que todos los hombres antes de Jesucristo (excepto los judíos) no tenían para descubrir la verdadera Religión otros medios que la razón y su conciencia individual. Yo digo por el contrario con Bossuet: “que no ha habido ningún tiempo en que no haya existido sobre la tierra una autoridad visible y hablante a la que obedecer”. Esta autoridad visible y hablante eran primero los patriarcas, después la sinagoga, los profetas, cuyo testimonio no fue solo conocido por los Israelitas, y que anunciaron la salvación para todos. *Suscitavit Prophetas per quos (Israelitis per universum orbem dispersis) annuntiaretur omnibus salus.* (Billuart, t. 2, p. 93). En una palabra, la tradición era, incluso antes de Jesucristo, el gran medio para llegar al conocimiento de la verdad. En contra de lo que los estados protestantes y las máximas protestantes que Claude defendía contra Bossuet hayan podido nunca justificar, es decir, lejos de que los hombres de alguna época no hayan tenido un medio exterior, infalible, para acabar las dudas sobre la religión (me sirvo de expresiones de Bossuet), es necesario aplicar a todos los tiempos esta palabra tan profunda y tan justa de la última Encíclica: *Veritas ubi certo consistit non quaeritur posthabitis traditionibus apostolicis.*

He ahí lo que he dicho, mi muy querido Señor, a mis queridos cohermanos. Lo que creo deber decirle a usted mismo para tranquilizar mi conciencia. Deseo mucho que estas tristes discusiones, que exaltan tanto los espíritus acaben pronto, porque es muy difícil para los muy sabios, para los muy hábiles, el no dejarse llevar demasiado lejos en esta especie de combate donde cada uno habla con tanta mayor confianza y atrevimiento cuanto más rectas son sus intenciones y que tiene un mayor miedo de no rechazar con bastante fuerza los ataques contra la verdad.

Con mi mayor respeto, mi muy querido Señor.

CARTA AL SACERDOTE CORVAISIER, 8 de junio de 1835

(Perteneía a la Congregación de San Pedro y era el párroco de Saint Méen. Forzó la salida de las Hermanas de la Providencia de Saint Méen y apoyaba a la señorita Le Breton)

Mi muy querido pequeño Padre

Recibo tu carta del 5 de este mes, que me produce un gran placer, puesto que la encuentro clara y franca. Tendría necesidad de algunos días para reflexionar sobre tus proposiciones, pero no he querido perder un instante para darte las gracias. Podrías haber interpretado mal mi silencio que sin embargo no sería largo.

Deseo saber los nombres de todos aquellos que aparecen en el contrato de la Providencia, porque no los sé. Por favor dámelos lo antes posible.

Estate seguro, mi querido pequeño Padre, que si no voy más a prisa en los asuntos de la naturaleza de éste, es porque no soy un individuo aislado que trata de un tema que se refiere a él solamente. Cuando se trata de Juan de la Mennais,

pues bien, Juan de la Mennais se echa a tierra, y se puede hacer con él todo lo que se quiera. Se puede magullarle, triturarle, caminar sobre él, sobre sus espaldas, sobre su cabeza, sin tener que temer que se enfade o que se lamente. Pero cuando se trata de los intereses que le han sido confiados y que defiende por deber de conciencia, ah, entonces, es otro hombre. Sea lo que sea, este hombre lo amaré siempre de todo corazón, el que se lo asegura se llama Juan de la Mennais.

CARTA A MONSEÑOR DE LESQUEN, 30 de junio de 1835

Mi muy querido Señor

He tenido el honor de escribirle antes de ayer, desde San Méen, pero en pocas palabras y de prisa. Hoy voy a entrar en detalles.

Al pasar por San Méen, hace quince días, he visto más claramente que nunca, que el proyecto de destruir la escuela de la Providencia había sido tomado desde hace mucho tiempo, aunque me hubiesen asegurado, muchísimas veces, lo contrario por escrito. En efecto, primero estaban desconsolados por no poder mantener a mis buenas y excelentes hijas en el establecimiento, por falta de medios para hacerlas subsistir, por lo tanto era natural concluir que yo debía encargarme de proveer a sus gastos. Los que se lamentaban tan vivamente me ahorraban el disgusto de perderlas, pero todo esto no eran más que vanas palabras.

Por otro lado, era evidente que la señorita Le Breton, que había violado habitualmente sus votos de pobreza y obediencia durante todo el año, sin preocuparse por ello, y sin que nadie se hiciera un problema por ello, y que me había ocultado sus intenciones y su conducta hasta el último momento, no era para nada la persona apropiada para sostener el establecimiento. Por el contrario yo veía que en vez de interesarse, como debía hacerlo en conciencia, hacía todo por apresurar la ruina, con el fin, confesado por ella, de sustituirle por otro dirigido por ella. Hay demasiado hechos públicos para probarlo.

Yo me limitaba, en esta primera visita, a prohibirle que dispusiese de algo y que no dejase llevar nada de la casa, sin que yo lo supiera. En seguida fue a llevar mis palabras al Sr. Corvaissier envenenándolas. Le dio a entender que esta prohibición era hacia su persona, mientras que yo no pensaba más que en impedirle que abusase de la autoridad que conservaba todavía, y cierto, tenía motivos para temer abusos semejantes de su parte.

Antes de tomar una decisión definitiva, me he creído en el deber de consultar a la Superiora General de mis Hermanas de la Providencia, le pedí pues que fuese a San Méen el jueves 25 y que llevase con ella a la Hermana Guillemín y que yo me juntaría con ella el día 26 viernes, con el fin de tomar conjuntamente las medidas que las circunstancias exigían.

A penas la madre Texier y mi Hermana Guillemín llegaron a San Méen, quitaron el Santísimo Sacramento de la capilla de su casa, como si la casa hubiese estado manchada por la presencia de estas excelentes hijas, ajenas, por otra parte, a todo lo que había sucedido hasta entonces, como si esta otra religiosa infiel a su vocación, hubiese sido la única digna de ir a adorar a Jesucristo en su

tabernáculo y como para decir a las familias que la escuela no era digna de ahora en adelante de su confianza.

La Madre Texier pensó que, puesto que no abandonábamos la escuela por propia voluntad, no nos tocaba a nosotros el hacer proposiciones al Sr. Corvaisier, pero que si él tomaba la decisión de proponernos un arreglo conveniente, podríamos aceptarle, para poner fin a discusiones tan lamentables. Se lo hicimos saber al instante por medio de la señorita Le Breton. Nos respondió que no estaba autorizado para tratar con nosotros y entonces me decidí a nombrar a la Hermana Guillemin como superiora.

La señorita Le Breton había intentado ya, la víspera, prevenir a los niños contra la Hermana Guillemin y contra la Hermana Texier. Había insultado a ambas, de modo que las dos me pidieron, al día siguiente, que la echara lo antes posible, y antes que el tiempo de sus votos hubiese expirado. Otras personas serias me dieron el mismo consejo y me decidí a seguirlo, aunque hubiese preferido tener más paciencia y evitar un escándalo, si hubiese sido posible. La animé a retirarse, le hice ver que su posición en la casa iba a ser muy penosa, y que por interés, no menos de ella que de nosotros, era de desear que su marcha fuese pronta. Me respondió a mí y a la madre Texier, del modo más insolente, en presencia de Ruault que estuvo a punto de ponerse malo porque era algo lamentable lo que estaba viendo.

¿Me dispensa de mis votos, me preguntó? Sí, le dije, puedes marchar ahora mismo. Bien, respondió ella con una especie de espantosa alegría, ¡no tengo votos! Ahora soy libre, le declaro que no saldré de aquí más que cuando me parezca. Insistí para que marchase a lo largo del día, ella se negó diciendo siempre que era libre, y que tomaría, a pesar mío, todo el tiempo que quisiera para arreglar sus asuntos. Comprendo, le dije, que tengas necesidad de un tiempo, y estoy dispuesto a dártelo, con tal que te atengas a la obediencia mientras que estés en esta casa, porque de otro modo esto sería un desorden completo. Nada de eso, usted me ha dispensado de mis votos, se acabó. Me quedaré y gozaré de mi independencia, fue su respuesta. Habiéndole dicho con tono fuerte que debía marchar, puesto que no quería someterse a una condición tan justa, se levantó, salió de la habitación y se marchó en medio de los niños diciendo, niños, me marchó, síganme... Los niños se quedaron tranquilos.

Fui a encontrar a Corvaisier y le rogué que usase su influencia sobre esta pobre cabeza para que se decidiese a abandonar la casa, y añadí que yo me quedaría allí hasta que ella no marchase. En efecto, Corvaisier le habló después de comer y por la tarde a las 8, después que yo hubiese reconocido su inventario, salió con su hábito que yo no le hice dejar, esperando que ella no tardaría en dejarlo por su cuenta, y deseando por otra parte, por un sentimiento de piedad, que no tuviese que pasar la humillación de aparecer al día siguiente, domingo, vestida en público con otro vestido.

Anne Cocquio ha tenido una actitud muy diferente, y no puedo menos que enorgullecerme de ella; la he invitado a prolongar su estancia en la casa mientras quisiera con tal que ella guarde las santas reglas de la obediencia. Ella se retiró con todo, pero sin ruido y sin dar escándalo.

No añado nada a este relato sino la seguridad del tierno y profundo respeto que tengo a usted.

CARTA A MONSEÑOR DE LESQUEN, 25 de julio de 1835

Mi muy querido Señor

A mi vuelta de Bourges, recibo la carta que he tenido el honor de recibir, la carta que usted me ha escrito el 2 de este mes. Después de haberla leído con atención, estoy convencido que no me la hubiera escrito, si usted hubiese tenido conocimiento de las que yo he escrito a Corvaisier, a la Señorita Breton y a la Señorita Bedée. Le envío pues una copia antes de entrar en otras explicaciones.

Este asunto, tan sencillo en él mismo, ha llegado a ser muy grave, se me ha acusado de mentira y de robo, de modo que hubiese merecido ser enviado a galeras. Mis excelentes hijas han sido ultrajadas indignamente, se ha declarado, a los que lo han querido oír, que se oponían a su escuela por principios de religión, bajo el mismo pretexto, se ha buscado alejar a los niños, y todavía hoy, incluso en el confesonario, se habla a las niñas de mis equivocaciones y de mis injusticias, se ha aprobado públicamente la conducta de la señorita Le Breton, y al día siguiente en que renunciaba a su primera vocación, ha dejado la casa que yo le había confiado y que ella quería destruir para sentarse sobre sus ruinas, se la reviste de un nuevo hábito religioso. Se ha dicho que su escuela era la suya, que todas mis capillas estaban prohibidas, que usted prohibía a mis Hermanas de la Providencia permanecer en su diócesis, etc. Como lo ve, le han utilizado para justificar todos esos actos, que sin embargo, me parece, son una ofensa tanto para el uno como para el otro.

A todo esto no he respondido ni una sola palabra. Mi dolor ha sido silencioso, pero tengo miedo de que si este deplorable estado de cosas se prolonga, no me quedaría otra solución posible que tomar que la de destruirme a mí mismo, o mejor, aunque con un pesar amargo y profundo, destruir las numerosas escuelas que he fundado en la diócesis de Rennes, en lugar de pensar en crear nuevas. He aquí como entiendo los intereses de mis Congregaciones. Hay entre ellas y entre cada una de ellas y yo, solidaridad de honor. Siempre que me ataquen en este terreno, no retrocederé ni un paso, se puede estar seguro, porque, es porque deseo de todo corazón conservar la estima de Monseñor de Lesquen, e incluso la de los perseguidores de mis obras, por lo que no puedo consentir en doblegarme ante las amenazas y las calumnias, cuya inevitable consecuencia sería hacerles daño a todas ellas.

En lo referente a la carta que la señorita Pauline de Bedée ha firmado el 12 de junio (y que no he recibido más que después de haber pedido a la Hermana Texier y a la Hermana Guillemin que viniesen a juntarse conmigo a S. Méen el 26) basta por el momento recordar mi respuesta de fecha del 24. Lo que he hecho por las Hermanas de la Providencia, podía haberlo hecho solo, y sin embargo no lo he hecho más que con el consentimiento formal de la señorita Pauline de Bedée y a petición de Corvaisier. Por lo tanto, todo lo que he hecho es regular y debe permanecer tal cual. Porque, qué más se quiere, y si este establecimiento hubiese sido destruido por los medios que se han empleado para destruirle ¿qué pasaría con los demás, que garantía de subsistencia y perpetuidad tendrían?

Pero no me pararé en esto. Demostraré con una irresistible evidencia, en la memoria que estoy haciendo, que la diócesis no tiene mayor derecho sobre

esta casa, que el que yo pueda tener sobre los hospicios civiles y militares de su ciudad episcopal. Desde hace tres meses, me han escrito varias cartas sobre este asunto, no hay ni una que no esté en contradicción con la carta precedente, y ninguno de los que las han escrito, sea por ellos mismos, sea para otros, no han entendido nada del tema, todos sus argumentos caen al lado.

Por favor, mi muy querido Señor, dígnese creerme, no vayamos demasiado de prisa. Permítame que le haga esta confesión: me asusta la manera como mis antiguos cohermanos conducen nuestras discusiones. Quiera Dios que no me irrite contra ellos. Son buena gente que tienen una abnegación real por el bien. Una abnegación de soldado, pero que muy a menudo se dejan llevar por la imaginación, como los mejores espíritus son conducidos, a veces, por sus sueños, y en sueños, precipitándose en los asuntos más delicados, sin calcular las consecuencias de sus trámites y de sus golpes de Estado.

Aunque hable así, no crea, mi muy querido Señor, que rechazo absolutamente el proyecto que usted me ha comunicado, porque tengo un vivo deseo, esté seguro, de contribuir, en la medida que pueda, a un arreglo pacífico que le satisfaga completamente. Pero en la posición que me han puesto, no debo precipitarme, y por otra parte (no dudo en decírselo) no comprendo todavía como podría privarse a la ciudad de S. Méen de un establecimiento educativo que aprecia tanto y que ha sido fundado por ella, me parece una injusticia.

Mi muy querido Señor, mi pobre vida está muy penosamente agitada... Que me lo perdonen, pero quiero por lo menos, que en mis últimos momentos mi conciencia repose tranquila en mi cama.

CARTA A MONSEÑOR DE LESQUEN, 12 de agosto de 1835

Al recibir el día 8 de agosto, a mi llegada a Ploërmel, la carta que se ha dignado escribirme el día 27 de julio, he comprendido muy bien que el asunto de mis religiosas de la Providencia exigía explicaciones que no podrían ser suplidas por el encuentro que hemos tenido el viernes a S. Méen.

Debo pues comenzar pronto este trabajo con la esperanza de hacérselo llegar en seguida, pero veo que me es absolutamente imposible de acabarle estos días mientras tenga alrededor de mí a 370 Hermanos, y no sé cuántos postulantes que quieren hablarme y que no tienen más tiempo para ello que el tiempo que estén aquí.

Mi deseo de acabar sin escándalo y de una manera que le agrade es siempre el mismo. Con todo no lo acabaré más que después de haber aclarado el fondo de las cosas y puesto mi conciencia y mi honor a salvo de todo reproche.

Sin duda dirán que este atraso, aunque independiente de mi voluntad, es una táctica. Pero yo me inquieto mucho menos por una suposición injuriosa, que no tiene fundamento, que por lo que se pudiera decir más tarde con apariencias de razón.

Con tierno respeto.

CARTA A MONSEÑOR LESQUEN, 13 de agosto de 1835

Mi muy querido Señor

El encuentro que hemos tenido en S. Méen el viernes pasado, no me dispensa de la obligación de responder a la carta del 27 de julio que he tenido el honor de recibir el 8 de agosto.

Monseñor, usted me dice: que la declaración de la donante le sigue pareciendo un argumento que no tiene réplica. Pero ¿qué declaración, por favor? Porque ella ha mandado hacer declaraciones y ha firmado por lo menos otras tres.

Esto es lo que ha hecho:

La Señorita Bedée ha declarado en S. Méen en la habitación de la Madre Guillemín, cuando yo recibí el don de sus propias manos, hace cuatro años, en el mismo momento en que todo fue consumado entre nosotros, que me dejaba completamente libre para emplear en los intereses de la Religión, la suma de dinero que me entregaba, y en consecuencia, ella escribió de puño y letra al pie del contrato de venta de Bléruais (después que dejamos las cosas claras) un acta en la que ella decía que el precio de esta venta me pertenecía y que mi recibo valía como el de ella. Si ella ha juzgado mejor recibir ella misma los fondos, para entregármelos a continuación, era con mi consentimiento y únicamente para evitar relaciones desagradables con su familia. Lo atestiguo como si estuviera en el momento de comparecer delante del Juez severo a quien nada se le oculta, a quien no se le engaña con palabras, pero que juzgará en verdad y justicia.

Se ha declarado, hace dos meses, que la intención de la Señorita Bedée era dar su fortuna a la diócesis. Es cierto, Monseñor, que ella le rogó que aceptase ese don, pero usted rechazó su generosa ofrenda y la hizo dirigirse a mí como al hombre que daría el mejor empleo a esa limosna. Acepté esta carga sin que nadie, ni usted, ni ella, ni ningún otro me advirtiese de que yo no sería en este asunto más que un simple agente que debe dar cuentas e incluso un agente responsable (como se pretende hoy). Me era imposible sospecharlo y supongo que usted no haya rechazado sólo aparentemente lo que se le ofrecía, para recibirlo en realidad por medio de las manos de un amigo que tendría que llevar sólo el peso de un asunto muy delicado en sí mismo y muy desagradable, a causa de las disposiciones de la familia, que no era un asunto de él sino de usted. No, mil veces no, ese modo de proceder no es el suyo, no lo supongo, sería insultarle.

Antes del encuentro del que he hablado anteriormente, mi primer pensamiento fue hacer del castillo de Bléruais una sucursal del pequeño seminario de S. Méen y construir en la parte alta del parque una casa para las Hermanas, las cuales hubiesen enseñado a los niños, cuidado a los enfermos del pueblo. Este proyecto no se ejecutó porque los parientes de la Señorita Bedée, habiendo dado muestras de su vivo deseo de conservar el castillo valorado entre 55 y 60.000 francos, aconsejé a la Señorita Bédée de cedérselo por 37.000 francos. A continuación quise comprar la antigua abadía de S. Méen para el seminario y para las casas de las Hermanas de la Providencia. No habiéndose podido realizar este segundo proyecto, el Sr. Corvaisier me aconsejó que me ocupase únicamente de las Hermanas de la Providencia y que construyese para ellas una casa, a cuyos gastos el contribuiría, con el fin de que ellas se ocupasen

en dar una educación a las niñas de las familias acomodadas de S. Meen que las venerables Hermanas de San Vicente de Paul creían no poder dar sin apartarse de la Regla.

Este último proyecto fue ejecutado, como se sabe, estando de acuerdo el Sr. Corvaisier y yo, y con el conocimiento de la Señorita Bédée que nos testimonió su satisfacción dando al Sr. M la suma de 3.000 francos, el cual se comprometió a cumplir la condición de celebrar todas las semanas el santo sacrificio de la misa por el éxito de esta nueva obra, que por su naturaleza, era extraña a la diócesis. Evidentemente una escuela para niñas de S. Méen dirigida por religiosas de S. Brieuç, no es para nada una obra de la diócesis de Rennes. Nadie lo pensaba entonces ni tenían la idea de las pretensiones que se tienen hoy. Por otra parte Monseñor, ¿no intervino usted en todo esto para testimoniar que la fundación de nuestra escuela era de su agrado?

La Señorita Bédée ha declarado que había tenido la intención de dar a la Congregación eclesiástica de la que era el jefe, pero no es a la diócesis a la que se lo ha dado, porque la Congregación de la que yo era jefe, aunque haya nacido en la diócesis, tenía bienes y establecimientos fuera de la diócesis, tenía su administración y sus intereses propios y no era diocesana. Todo esto es evidentemente consecuencia de nuestros acuerdos con Monseñor para que alguien pueda contestarlo. Por lo tanto esta tercera declaración echa por tierra la segunda, o la segunda a la tercera. Se puede escoger, pero hay que escoger.

Por fin, la Señorita Bédée ha declarado que había tenido la intención de dárselo, no ya a la diócesis, ni tampoco a la Congregación entera, sino a los firmantes de los dos contratos de una adquisición de terreno sobre el cual la casa de la Providencia ha sido construida. Pero los recuerdos de la Señorita Bédée no son fieles, y su legatario no ha prestado atención a la fecha de los contratos que han sido realizados en épocas diferentes uno del otro, y los dos son posteriores a la donación. Además hay en el segundo contrato cinco firmas que no figuran en el primero, y el segundo ha sido pagado con mi dinero y no con el suyo, como lo prueban los registros de la casa de S. Méen y las cuentas de la de Malestroit.

La verdad es que los firmantes de los dos contratos no tienen ningún derecho real. Fueron designados por Corvaisier y por mí (siempre sin la intervención de Monseñor) porque el Sr. Corvaisier en su calidad de párroco de S. Méen y yo, como teniendo el derecho de disponer de los fondos dados por la Señorita Bédée, nosotros solos debíamos tomar las decisiones para que después de nuestra muerte la obra se perpetuase sin que hubiera que pagar nuevos gastos por el cambio. Pero, seguramente, ni el Sr. Corvaisier ni yo tuvimos la voluntad de atribuir a los firmantes de los dos contratos el derecho de cambiar la naturaleza de nuestra obra común, ni de investirles de nuestros derechos personales durante nuestra vida. Esto es tan cierto hoy, que se busca dar a la casa un destino diferente del que estuvo a su origen, que el Sr. Corvaisier reclama (y con razón) los fondos que él ha puesto, y yo por mi parte sostengo que nadie puede disponer en conciencia sin contar conmigo de los fondos que yo he destinado a eso. Nuestras pretensiones y estos fondos no son propiedad personal, como tampoco los fondos reclamados por el Sr. Corvaisier, pero que se me perdone el hacer observar que en este punto yo no digo nada distinto de lo que él dice, no hago nada diferente de lo que él hace para sí mismo. Es necesario observar que estos contratos de la Providencia, como los contratos de los Hermanos, si los firmantes habían sido escogidos entre los miembros de la

Congregación eclesiástica que yo gobernaba, y no entre las Hijas de la Providencia, es porque entonces tenía la intención de que todas mis Congregaciones de Hermanos y de Hermanas, aunque diferentes de mi Congregación eclesiástica, estuviesen a perpetuidad bajo la alta dirección del Superior de esta Congregación. Pero habiendo sido disuelta, hay una contradicción en reconocer por una parte que los contratos de los Hermanos eran verdaderos fidei-commis, y sostener al mismo tiempo que los de las Hermanas no lo eran. Cosa extraña, antes del mes de junio último, nadie dudaba de ello, como lo ha probado el Sr. Corvaisier por medio de su correspondencia. El Señor Corvaisier lo debía saber y no dudaba de ello. La Señorita Bédée debía saberlo y el 12 de junio último todavía no dudaba de ello.

Pero sin llevar más adelante esta discusión, lo que no es necesario por el momento, y que haré más tarde si se desea, me limito a recordar desarrollándole una observación que ya he hecho, y a la cual nadie ha intentado dar una respuesta.

Las Hermanas de la Providencia poseen, desde hace cuatro años, un establecimiento a S. Méen. Han sido llamadas con el consentimiento expreso de la señorita Bédée, al ruego del Sr. Corvaisier. Es un hecho fuera de discusión. Pero ¿quién ha tratado este asunto con la comunidad de S. Briec? ¿Quién ha fijado las condiciones con las que las religiosas se responsabilizaban de este establecimiento? He sido yo, y tenía el derecho de hacerlo, todavía nadie ha contestado este derecho. Ahora bien, yo les había asegurado positivamente y de viva voz y por escrito que gozarían para siempre de la propiedad de la casa, mientras se sujetasen a las condiciones, es decir por todo el tiempo que educasen gratuitamente a una niña de Bléruais, alojada y alimentada en su casa, según las intenciones de la Señorita Bédée, y mientras se consagrasen a la educación de las niñas de S. Méen, según la intención no sólo del Sr. Corvaisier sino también de todos los habitantes del ayuntamiento a quienes había pedido colaborar con su trabajo y sus donaciones a la construcción del edificio, diciéndoles que era por el interés de sus familias por el que ellas trabajarían.

Es un hecho consumado y de buena fe, que nadie en consecuencia, puede cambiar arbitrariamente. Por lo tanto querer expulsar ahora a estas religiosas que han creído que tales compromisos eran sagrados y a quienes no se las acusa de haber sido infieles a los suyos, obligarlas a retirarse públicamente, y vergonzosamente, de una ciudad en la que ellas han hecho tanto bien, en una palabra, actuar contra ellas como si hubiesen sido indignas de sus santas funciones, y como si su establecimiento no fuese más que una simple fundación, eso no puede hacerse, y lo digo sin dudarle delante de usted Monseñor, no, eso no puede hacerse, porque nunca usted haría algo que se opusiese a esta bella máxima del santo Rey del que lleva el nombre: “Todo lo que es injusto es imposible”.

Además, es evidente, por la carta que la Señorita Bédée me ha escrito en la época en que se hizo la fundación, que ella quería darle un carácter de perpetuidad como yo mismo comprendí; puesto que el único modo de que la casa no caiga en manos diferentes de las de la Providencia, en caso de una revolución, y ella me expresaba el deseo de tomar las precauciones, es que los contratos fueran puestos bajo el nombre de un gran número de firmantes, porque era el mejor medio de poner la propiedad al abrigo de toda confiscación. Fue por esto y sólo por esto que se la consultó por la forma de los

contratos y por lo que fueron puestos bajo el nombre de un gran número de firmantes.

CARTA A MONSEÑOR LESQUEN, 2 de septiembre de 1835

Mi muy querido Señor

La carta que me ha escrito el 27 de agosto y que he tenido el honor de recibir en Ploërmel el 31, justo en el momento en que marchaba para asistir a los exámenes de mis Hermanos.

La enseñanza religiosa en su diócesis le pertenece incontestablemente, y en consecuencia he cumplido con un deber sagrado al declararle que mis Hermanas dejarían de enseñar en S. Méen inmediatamente que usted les hubiera expresado, por mediación mía, la prohibición formal. Prohibición que usted no hizo entonces. Quiera Dios que nunca atente en lo más mínimo contra su autoridad episcopal. Preferiría ser triturado y hecho polvo, como el grano en la muela del molino, que ir contra un derecho que usted ha recibido de Jesucristo. Sin embargo, he pensado que conociendo las virtudes de estas santas hijas, y las calumnias tan odiosas de las que han sido objeto, usted hubiese tenido alguna consideración para con ellas en una circunstancia en la que han sufrido tanto, y que en fin su mano que se ha alzado tantas veces para bendecirlas, no las golpease con este último golpe. No, Monseñor, usted no añadirá este dolor a todos los otros dolores. Usted no combatirá con semejantes armas, para poner fin un poco más pronto a estas discusiones interesadas, las cuales se acabarán tanto antes y de modo más feliz, cuantos se lleven con mayor calma. Sin insistir más en ese punto, quiero presentarle, Monseñor, algunas observaciones sobre los puntos que usted trata en su carta, y lo haré con una respetuosa libertad.

No me opongo a que usted conserve en sus manos el original de las cuentas del Sr. Corvaisier, pero insisto en que se me envíe lo antes posible una copia. Y no entiendo por qué motivos y bajo qué pretextos se me niega. Ya el Sr. Corvaisier me había hecho conocer el resultado de sus cálculos y ese resultado es muy distinto del que usted me comunica hoy, de parte de él. Evidentemente el Sr. Corvaisier se ha equivocado al menos una vez.

La Señorita Bédée ha hecho cuatro declaraciones contradictorias, usted sólo se apoya sobre la última, por lo tanto es la única que voy a examinar.

Los firmantes de los dos contratos le han cedido sus derechos, y a este título usted cree poder disponer de la casa de la Providencia. Pero, puesto que usted representa a los firmantes de los contratos, sus derechos no son más extensos que los de ellos. Y ¿cuáles son sus derechos? Los firmantes tienen, aparentemente, un derecho legal sobre la propiedad de los terrenos. Pero digo aparentemente, porque llamados a juicio, estarían muy obligados a confesar que ese terreno ha sido pagado con denarios que no eran suyos y que originariamente han estado puestos a mi disposición.

En cuanto a las construcciones, ellas pertenecen legalmente a aquellos que han versado la suma gastada para construirlas, es decir, al Sr. Corvaisier y a mí, puesto que la Señorita Bédée ha reconocido por escrito, como es cierto, que yo no obraba por cuenta suya. Para los fondos, hay pues un acta ficticia, para las construcciones no la hay.

Añado que al poner sus nombres al pie de los contratos, los firmantes se han comprometido, por honor, a perpetuar el establecimiento después de su muerte. Es un depósito que ha sido confiado a su buena fe, y que no pueden dejar de lado, ni cambiar de naturaleza sin mi consentimiento y el del Sr. Corvaisier. Uno y otro son igualmente necesarios, o bien todos los principios de la justicia serían violados. Estos señores no pueden tampoco hacer a cualquiera propietario legítimo del jardín situado al norte de la casa, puesto que yo lo he pagado con mi dinero, como lo prueban las antiguas cuentas de S. Méen y de Malestroit.

Sería vano suponer que los firmantes tienen los mismos derechos que yo sobre el don entregado en mano por la Señorita Bédée. La falsedad de esta afirmación es demostrada matemáticamente por la fecha de los dos contratos, puesto que son uno y otro posteriores al don. Un don dado y aceptado sin condiciones es inviolable.

Y por otra parte, ¿en virtud de qué estos señores anularían los compromisos que yo he tomado con y para las Hermanas de la Providencia? ¿No había dado yo la seguridad a las Hermanas de permanecer en la casa de S Méen todo el tiempo que ellas hubieran cumplido las condiciones de la fundación? ¿No es por ello que no se las ha dado ninguna compensación, y que ellas no han pedido ninguna indemnización por sus gastos de viajes o de vestidos, que ellas han recibido gratuitamente en su casa, en S. Briec, durante 18 meses, a la señorita Le Breton y a la señorita Cocquio? Este contrato contraído con un tercero, lo repito, ¿quién puede romperle?

Usted quiere saber dónde quiero llegar. Helo aquí en pocas palabras: quiero morir en paz y en consecuencia, no cooperaré a la destrucción que se prepara, porque nada la justifica a mis ojos. Pero también, al menos que no sea obligado, no llevaré al extremo una oposición que podría convertirse en un mal más grande que el mismo mal que quiero impedir.

Dígnese pues redactar el acta de cesión que yo debería firmar, y dígame cuál es la indemnización que ofrecería a las Hermanas de la Providencia. Me encontrará dispuesto a hacer todo lo que desee, con tal que sea bien entendido que es a pesar mío que ellas abandonan S. Méen, y que yo he hecho todo lo que estaba de mi parte para conservar para la ciudad un establecimiento tan precioso para ella.

Mi muy querido Señor, usted tiene un gran poder, pero no tendrá nunca el de alterar en mi corazón el tierno y profundo respeto que tengo por usted.

Tu muy humilde, muy obediente y muy unido servidor, a pesar de todo.

CARTA AL SACERDOTE MATHURIN HOUET, 6 de octubre de 1835

Mi querido amigo

Me ha llegado por varios sitios la noticia que continuaban esparciendo contra mí, particularmente en Rennes, las calumnias más odiosas y felizmente más absurdas. He pensado que si esto es cierto, usted debería saber algunas cosas, y que en algunas circunstancias, usted podría quizá desmentir las opiniones

que se defienden con culpable atrevimiento. Si sólo se tratase de mí, apenas me inquietaría, pero se trata del bien mismo de la religión, porque finalmente todas estas indignas maniobras tienden a destruir todo lo que yo he podido hacer por ella. Por lo tanto, es para mí un deber el rechazar con toda fuerza, en toda ocasión, los ataques de esta naturaleza. Voy a entrar en algunos detalles aunque incompletos seguramente, pero suficientes al menos para usted.

Mis antiguos cohermanos, desde que nos hemos separado, pretendían que yo era su deudor, a medida que nuestras cuentas se iban aclarando poco a poco, y se ha llegado a ver, a partir de sus propios registros, que son ellos mis deudores por una suma de 78.000 francos, cuando digo los míos hablo de los de Ruault, Bouteloup, etc, y los de mis Hermanos, porque yo no he reclamado un céntimo para mí personalmente. Por mantener la paz, y por consideración con Monseñor, he consentido en responsabilizarme de los pagos de las casas de Malestroit y de Rennes, después de haber ofrecido a esos señores que se hiciesen ellos cargo por el precio que yo creía conveniente y no han querido aceptar. Al fin me he quedado con estas casas, me han dado además 4.000 francos y el resultado es que cada miembro de la Congregación se ha encontrado con lo que había aportado íntegramente, que todas las deudas han sido pagadas, o yo me he hecho responsable de ellas, que la diócesis ha sido hecha propietaria del pequeño seminario de S. Méen y de su mobiliario, como del mobiliario de la casa de los misioneros.

Para llegar a esto he hecho un sacrificio de 18.000 francos, primer rasgo de avaricia, y me he puesto en dificultades de dinero que no había conocido nunca antes, puesto que no tengo para dar lo que es debido a unos y otros más que valores en edificios. Se dice que no busco más que ganar dinero, y como prueba se cita la escuela de S. Malo en la cual los niños pagan 6 francos al mes. El ejemplo es el mejor escogido. Es cierto que la escuela del Hermano es uno de los principales ingresos del Colegio y me alegro. Pero que se le pregunte al Sr. Merré si alguna vez he recibido más de 200 francos por año por el trabajo del Hermano. Es decir que este pago no es más elevado en S. Malo que en el más pequeño pueblo. Segundo rasgo de avaricia.

En S. Méen, han juzgado que era buena cosa perseguir a mis Hermanas de la Providencia y cerrar su establecimiento. He consentido con la condición que rembolsen a la casa de S. Briec los gastos que ella ha hecho. Tercer rasgo de avaricia y tenacidad. He abierto la carta para añadir estas palabras.

Parece que, para sostener los numerosos establecimientos después de haberles creado, me ha hecho falta algo de dinero, y que me sigue haciendo falta para mantener mis casas, y de modo particular mi noviciado que está compuesto nada menos que de 120 personas. En verdad, gastar siempre y no recibir nunca, sería una cosa demasiado extraordinaria. Lo que es seguro es que he tenido la desgracia de gastar mucho más de lo que he recibido, de modo que hoy me encuentro en la necesidad de dejar de caminar por este camino que en muy poco tiempo me conduciría a la ruina. Mi única equivocación es haber emprendido muchas cosas, haber hecho demasiado, y prometo, aunque un poco tarde, que no volverán a sucederme. Conserva lo que existe será de ahora en adelante el único objeto de mis cuidados y de mis duros trabajos. Que el buen Dios se digne darme en el cielo una recompensa que seguramente no he encontrado en la tierra.

CONFLICTO DE DINAN

CARTA AL SACERDOTE LE MÉE, Vicario General, 4 noviembre de 1838

Mi querido amigo:

Te doy gracias de todo corazón por tu buena respuesta. Después de haber leído la Ordenanza y haber reflexionado atentamente sobre ella, pienso, como tú, que no se deduce de ella una suspensión a sacris para los sacerdotes que son de la diócesis, puesto que no tienen necesidad de un permiso especial para celebrar la santa misa en la diócesis. Creo por lo tanto que el sacerdote Chevalier puede, en conciencia, continuar diciendo la misa en Dinan, por lo menos hasta nueva orden. Su salida rápida sería un escándalo terrible, dado el estado de exaltación en que están los espíritus.

En cuanto a los poderes, él no se apresurará en pedir nuevos poderes. Los niños que él dirige son suficientes. Los padres murmurarán, pero bueno, tú no puedes hacer nada en ese tema y yo tampoco. Es necesario tener paciencia y resignarse.

Con todo, en lo que me concierne, las cosas no quedarán por mucho tiempo como están. Es imposible que yo conserve establecimientos en la diócesis, de Hermanas o de Hermanos, y que no pueda visitarlos. Y esto es, sin embargo, lo que Monseñor me ha dicho de viva voz, que no me permitía a partir del 15 de noviembre, ni decir la misa en su diócesis ni poder confesar a ninguno de mis Hermanos ni a ninguno de los niños de mis escuelas. Ahora bien, es a eso a lo que se limitaba todo mi ministerio, y si predicaba algunas veces, eran dos o tres veces al año, era para prestar un servicio a los párrocos que me lo pedían, cuando pasaba, con tan vivo interés que una negación por mi parte les hubiera molestado.

Mi primera reacción ha sido la de cerrar mi casa de Dinan, puesto que hacía tanta sombra, pero el alcalde me escribió en seguida diciéndome que iba a hacer arder al pueblo, y hacer segura e inmediata la destrucción del pequeño seminario. Esta consideración me ha parado, he pensado que era prudente el no precipitarse. Sin embargo, no queriendo contar sólo con mi juicio, en un asunto tan grave, he consultado a varias personas. Unos me han dicho: “Su posición es mala, salga de ella lo antes posible, usted no es responsable de las consecuencias de una decisión que se ve obligado a tomar”. Otros me han dado un consejo diferente, me han hecho observar:

Que al irme, no solucionaba nada y que se me acusaría de haber tomado este partido para llevar irremediamente a la ruina el pequeño seminario, reproche muy injusto, ciertamente, pero que tendría una apariencia de verdad, porque no puedo olvidar que a partir del día siguiente atacarían a los Cordeliers con muy triste pero posible éxito.

Que al desorganizar uno de mis principales establecimientos haría tambalear los otros.

Que era necesario esperar que se comprenda por fin que el pequeño seminario no podía tener alumnos externos y no podía tampoco enseñar hasta el Bachillerato. Que no era razonable oponerse a que la ciudad de Dinan tuviese un

Colegio en pleno ejercicio y que, puesto que este Colegio era necesario, debía cristianamente desear que fuese bueno y contribuyese con todo mi poder a hacerle posible.

Que en todo caso, la perpetuidad del pequeño seminario era dudosa, y que si llegase a ser suprimido, sea por orden del gobierno, sea por falta de recursos para mantenerse, no les quedaría ya en Dinan a las familias cristianas ningún medio para poder dar a sus hijos una buena educación, ni seminario, ni Hermanos, no habría en mucho tiempo nada más que un Colegio universitario al margen de toda influencia eclesiástica. Qué desolador porvenir para esta región, y qué desgracia para Bretaña. Que hoy día todos los jóvenes que no se orientan hacia el sacerdocio se vean obligados a acabar sus estudio en los Colegios reales o comunales ¿no sería deseable mantener al menos uno bien llevado, y al lado del cual haya un pensionado donde se pueda colocar a estos pobres jóvenes con la confianza de que allí estarán al abrigo del doble contagio de las malas doctrinas y de las malas costumbres?

Te someto estas reflexiones y te pido tu opinión, no oficialmente, sino confidencialmente y asegurándote mi discreción, de la que espero que no dudes.

Qué pena que se hayan puesto tantos obstáculos a la ejecución de mi proyecto que conciliaba todos los intereses.

Tuyo de todo corazón, mi querido amigo.

CARTA AL SEÑOR RENDU, 30 de enero de 1839.

Señor

Mis tristes previsiones se realizan y creo que es un deber mío el informarle, porque es muy importante que esté exactamente informado de todo lo relativo al asunto del Colegio de Dinan, puesto que lo ha tomado con tanto interés.

El Señor Obispo de S. Brieuç ha ido a Dinan los primeros días de este mes. Ha visitado, por segunda vez, el Colegio. Habiéndole encontrado allí el Señor Alcalde, aprovechó la ocasión para pedirle de viva voz lo que ya había pedido por escrito sin obtener ninguna respuesta, a saber, si aceptaba o no el proyecto de acuerdo que usted le había comunicado y que conciliaba todo de manera feliz. Monseñor no dijo ni sí ni no. Habló de otra cosa y un instante después, cometió la imprudencia de vanagloriarse de haber sabido pasar al margen del asunto, es decir, de haberse reído del alcalde. Este reunió en seguida su Consejo municipal y por unanimidad de votos, menos uno (que fue neutro) se tomó la decisión de pedir la supresión de la escuela eclesiástica. La irritación de los espíritus llegó al extremo, y desde entonces, cada número del periódico Le Dinanais contiene un artículo violento contra el Obispo, contra el clero y contra el pequeño seminario. Se hacen la guerra a muerte unos contra otros, y el pueblo está que arde. Sin duda que la prensa parisina va a ocuparse de esta disputa para animarla, envenenarla y hacer de ella un escándalo deplorable.

Por otro lado habrá una elección, probablemente, muy pronto, en Dinan, para nombrar un diputado para remplazar al Sr. De St. Pem, que está muriéndose, es seguro que el nuevo diputado será un hombre de la oposición al

gobierno. Si el ministerio, sea el que sea, no satisface plenamente en este punto a la ciudad, en 8 ó 10 días, la deliberación del Consejo Municipal llegará a París, estará enérgicamente y ampliamente motivada. Sería necesario que el gobierno tome partido sea el que sea. Lamentaría siempre que se haya esperado tanto. Decisiones firmes por parte suya ante el Obispo le habrían hecho volverse atrás y lo pueden todavía llevar a echar marcha atrás, estoy persuadido. Le diré más (confidencialmente) esa es la opinión y el deseo de uno de sus vicarios generales, que se lamenta, como toda gente de bien, de lo que ha pasado y está pasando en Dinan. ¿No se debería, por lo menos, intentar hacer ver al Obispo las consecuencias que se derivarían de todo esto para él, para su Diócesis y para la religión, antes de tomar la decisión de cerrar la escuela eclesiástica, escuela, que por otra parte, carece de dinero, de alumnos de pago, y que está amenazada de ser cerrada en poco tiempo? Precipitando su ruina por medio de una Ordenanza que nace de la ira, se dañará, más de lo que se piensa, a la ciudad, al colegio comunal. Sería odiosa para una gran parte de la población, la cual hoy es favorable, porque es injusta y vilmente perseguido. Sin entrar en el examen de la justicia y la legalidad de esta medida provocada por el Consejo municipal, mi opinión sobre este punto sigue siendo la misma y es por esto por lo que insisto para que se agoten todos los otros recursos antes de recurrir a este. Si sólo se tratase de mí, yo la abandonaré en 24 horas ¿pero qué remediaría? ¿El mal no sería peor?

Es un fastidio que la administración superior esté desorganizada en semejante circunstancia, pero, en fin, este estado de cosas no puede prolongarse y cuando haya Ministros, usted puede mejor que nadie darles sobre este desgraciado asunto informaciones seguras y consejos sabios. En usted, Señor, está mi esperanza.

CONFLICTOS ADMINISTRATIVOS

CARTA AL RECTOR DE LA ACADEMIA, 19 enero de 1832

Señor Rector

Acabo de recibir la carta del 16 de este mes que he tenido el honor de recibir y me apresuro a responderla.

Permítame, en primer lugar, que le exprese mi extrañeza por lo que se dice que no encuentran garantía suficiente en el Sr. Théophile y en su madre, para la apertura de un establecimiento gratuito en Loudéac. Para mantener esta escuela, ¿qué hace falta? Nada, Sr. Rector, porque no exijo en este caso ninguna suma para el Hermano. El Sr. Lemercier le alimentará, eso es todo. Y aparentemente nadie tiene el derecho de extrañarse, por suerte para ellos, de este acto de caridad, ni de prohibirle. Los miembros del Comité de Loudéac deberían saber que el Sr. Lemercier y su madre han hecho muchos otros sacrificios por los pobres, y es lamentable que su memoria no esté más llena de reconocimiento.

Durante dos meses, se han armado líos sobre la forma en que la petición de autorización había sido hecha. Se ha sometido en todo escrupulosamente a todo lo que exigía de él y es solamente después que no se ha encontrado ningún medio para atacarle sobre este punto, que se ha empezado a tener temores sobre

el mantenimiento de la escuela por cinco años y que se le echa en cara haber hecho una colecta ilegal.

Sin embargo, que la escuela pueda subsistir y ser sostenida por el Sr. Lemercier durante cinco años, es fácil creerlo, y no me imagino en qué pueden estar fundadas las dudas levantadas en este punto, puesto que yo me comprometo a proporcionar durante este tiempo un maestro de mi instituto. ¿Se sospecha que la escuela no va a ser gratuita? Como ella se establece con esta condición, si cesa de ser gratuita, dejaría en ese momento de estar autorizada. ¿Qué más se quiere? ¿Qué abuso se puede temer seriamente?

El Sr. Lemercier, se dice, ha recurrido a la caridad de los fieles para pagar los primeros gastos. Pero ¿sus donaciones no han sido voluntarias? ¿Alguno se ha quejado? ¿Hay alguna ley que prohíbe a los padres de familia de poner en común sus limosnas para dar a sus hijos un maestro escogido por ellos? La Ordenanza del 29 de febrero de 1816 a la que me refiero, ¿no reconoce para las asociaciones el mismo derecho que para los particulares de fundar escuelas gratuitas? Si, por fin, el Sr. Lemercier hubiese seguido, en este caso, procedimientos no legales, ¿por qué los Magistrados no se han opuesto, como sería su deber, y por qué en lugar de acusársele con vaguedades y tan tarde, no le han llevado delante de los tribunales?

Pues si con todo se persiste en no querer aceptar su garantía, yo ofrezco la mía y declaro que acepto esta obligación que contraigo con la hipoteca de todos mis bienes de fondos, es decir, sobre un valor inmobiliario de 500 a 600000 francos, cuyos intereses dedico a toda esta clase de buenas obras. Espero que después de esto no se tengan inquietudes sobre el mantenimiento durante cinco años de la escuela gratuita de Loudéac.

Deseo, Señor Rector, que mi carta sea puesta bajo la mirada del Sr. Ministro de la Instrucción Pública. En lugar de poner trabas al celo de aquellos que se ocupan con éxito en propagar la Instrucción primaria en Bretaña, les animará, estoy persuadido, y su decisión estará de acuerdo con el proyecto de ley que ha presentado a la Cámara.

CARTA AL RECTOR DE LA ACADEMIA, 2 de mayo de 1832

Señor Rector,

Me siento en la obligación de responder al artículo suyo del 30 de abril último, relativo a mi petición de una autorización especial para enseñar en Loudéac para el Señor Louis Bourel. De acuerdo que este tema es muy grave, pues se trata de saber si todavía es posible establecer escuelas gratuitas, es decir, si la enseñanza primaria va a ser menos libre bajo la Carta de 1830, que lo ha sido antes.

Me hace el honor de decirme, Señor Rector, que usted no puede dar esta autorización más que cuando el Comité de Loudéac haya dado su parecer sobre la petición presentada por el Señor Bourel.

Pero, desde el mes de noviembre de 1831 esta petición ha sido dirigida al Comité de Loudéac, con los papeles que la justificaban, y el Comité no ha puesto ninguna objeción.

El 17 de marzo último, le he vuelto a enviar una nueva acta de fundación, redactada en la forma que usted había aprobado con anterioridad, y a la cual he añadido, para evitar cualquier dificultad, la obligación de proporcionar todas las garantías legales que deseara exigir para asegurar la plena ejecución de mi compromiso.

Puesto que he fundado la escuela con mi dinero, está claro que tengo el derecho de presentar al maestro, conforme a las disposiciones de la Ordenanza del 29 de febrero de 1816. No es pues, en este caso al menos, el maestro quien debe presentarse él mismo.

Lo que usted pide, Señor Rector, ya ha estado hecho y en consecuencia no veo lo que me queda por hacer. Pero permítame que le pregunte, por mi parte, si usted reconoce la validez del acta de fundación que está entre sus manos desde hace dos meses, sí o no. Y por fin, ¿cómo puede privárseme del derecho de fundar una escuela, de la que el Comité no tiene nada que decir, puesto que es gratuita? He tenido el honor de indicarle que es muy importante para mí fundar esta escuela.

Cuando he dicho que no se trata de justificar la utilidad de este establecimiento, no quiero decir que sea difícil hacerlo, pero quiero evitar una discusión en la que tendría que combatir algunos miserables prejuicios que usted no comparte, sin duda.

CARTA AL SUPREFECTO DE PLOERMEL, 9 de abril de 1836

Sí, me ha sorprendido muy desagradablemente, y ha sido debido a que usted ha puesto al pie del certificado de moralidad del Señor Toussaint Noel observaciones que no son exactas y que no pueden tener otro objetivo que el de aplicar contra él positivamente las penas previstas por los reglamentos universitarios, de los que usted cita la fecha. ¿Por qué si no les ha citado usted?

Ahora, es ante usted que yo interpongo recurso, Señor Subprefecto, reclamo con confianza su propio testimonio, porque me es necesario para rectificar sus primeras observaciones, y para solventar las dificultades a las que pueden dar origen. En consecuencia, le ruego que certifique, cómo es verdad:

Que el Sr. Toussaint Noel, nombrado maestro de Campeneac por el Comité de distrito, ha marchado de este ayuntamiento antes de haber recibido el nombramiento ministerial.

Que su nombramiento para Ruffiac no le ha sido entregado, y que no ha sido seguido de una instalación regular.

Al pedir al Sr. Alcalde de Campéneac un nuevo certificado de moralidad para el Sr. Noel, se ha abusado de un derecho, y nadie, creo, tiene el de prohibir a un alcalde el de dar varias copias de un acta semejante. Sin duda, cada una de esas copias debe ser sometida a su visado, para que las firmas sean estrictamente legales... pero ¿no podíamos, no debíamos, incluso, esperar que usted no rechazaría este simple visado después de las explicaciones que esperaba darle próximamente? Interpretar mal las intenciones del Hermano Ignacio, no está

bien por otra parte, no se trata de las intenciones de otro, se trata de las mías, y acabo de decírselo claramente.

CARTA AL SR. RENDU, 26 de septiembre de 1839

Señor,

Puesto que usted me lo permite, voy a informarle detalladamente de lo que ha sucedido con referencia a las autorizaciones provisionales, desde que he tenido el honor de escribirle. Seré un poco largo, quizá, pero me lo perdonará porque usted sabe cómo yo que en negocios no decir todo es no decir nada.

A penas recibí la carta que tuvo la gentileza de escribirme el 12 de este mes, me apresuré a presentársela al Rector de la Academia y me respondió el 16:

“Nuestro respetable consejero piensa que una vez que la autorización provisional ha sido dada por el Rector, las cosas marchan por ellas mismas. Pero ¿que se podría contestar a los Comités de distrito si reclaman con la ley en la mano? Más reflexiono sobre ello más me convenzo que una derogación temporal de la ley exige el concurso de los que tienen derecho. Sin embargo podemos pasar por encima si el Ministro lo consiente, pero sería necesario que los Prefectos, que son los que controlan los pagos, no vayan en contra; sería necesario tener en cuenta el conjunto en esta operación. Me alegra que usted se ocupe en regularizar sus escuelas y en hacer desaparecer los pequeños líos que provoca su buena obra. Del resto esté seguro que cada vez que un Hermano con brevet sea enviado a las Antillas, tomaré sobre mí la responsabilidad de autorizar provisionalmente a otro independientemente de toda reclamación”

El Sr. Rector tiene toda la razón en decir que es cuestión del conjunto en esta operación, porque hasta que los dos ministros, el de la Marina y el de la Instrucción Pública, no se pongan de acuerdo y que los prefectos no sepan que de verdad ellos están de acuerdo nosotros no podemos emprender nada con seguridad, acabo de tener la prueba. Deseando aprovechar el ofrecimiento que me hacía el Rector de tomar sobre él la responsabilidad de autorizar provisionalmente a otro Hermano cada vez que destinase uno para las Antillas, independientemente de toda reclamación, le he pedido inmediatamente una autorización para el Hermano Paul, para remplazar a un Hermano con título que he puesto a disposición del Ministro de la Marina. El Señor Rector me ha respondido el 28:

“No pienso que haya razón para provocar un conflicto con el Prefecto de Morbihan en el momento en que 10 Hermanos acaban de obtener, ante sus ojos, el título. Sería mejor, me parece, regularizar las escuelas que pueden suscitar contestación, puesto que parece posible poder hacerse.

El Señor Prefecto de Côtes du Nord consiente la existencia de escuelas provisionales, pero con la condición de que ninguna nueva se abra antes de regularizar las existentes. Se puede ir por este lado y llevar los Hermanos con título hacia el Morbihan, puesto que, después de todo, es necesario colocarles en algún lugar, y que según mi opinión la prosperidad de las escuelas depende sobre todo de su regularización, que es lo único que puede tener el apoyo franco y completo de todas las autoridades.”

Mañana someteré al rector las siguientes observaciones:

Durante la época del último exámen tenía 28 escuelas regulares, a saber: 1 en el Loira inferior; 5 en Ille et vilaine; 10 en Cotes du Nord; y 7 en Morbihan, en total 10 u 11. No puedo dar todos los nuevos titulados, porque tengo que regularizar dos escuelas privadas en Cotes du Nord, para las cuales no obtendré autorización provisional; y las tres escuelas que van a regularizarse en Ille et Vilaine son las de Brutz, de Moutiers y probablemente la de Pipriac. El Hermano de Brutz ejercía sin título, el ayuntamiento se enfadaría, y con razón, si le retirase en el momento en que acaba de tener el título. El Hermano de Moutiers estaba prometido y designado desde hace un año ¿puedo dejar de enviarle y dejar más tiempo la escuela vacante? La escuela de Pipriac ha sido una escuela privada hasta ahora. El párroco se cansa de pagar los gastos. Quiere que sea comunal, pero el Ayuntamiento quiere un Hermano con título y por otro lado el que pienso destinar difícilmente podría colocarle en otra parte.

Creo que el empleo de mis nuevos Hermanos con títulos está bien justificado. Evidentemente no puedo hacer más por el Morbihan. Añado que dos Hermanos que han dirigido sucesivamente la escuela de Caro han ido a las Antillas. Ahora bien, el Hermano que les remplaza en este ayuntamiento, no ha recibido ninguna paga el año pasado, y tampoco la recibirá este año, si el Señor Prefecto no lo permite, no tiene ninguna consideración por lo que he hecho por las Colonias. Verdaderamente las cosas no pueden seguir así.

Si sólo se me conceden autorizaciones cuando envío algún Hermano con título para las Antillas, me vería obligado a hacerles sacar el título a todos antes de que marchen, porque de otro modo no entrarían en el cómputo. De este modo el servicio a las Colonias sería perjudicado y sería imposible proveerlas de maestros cuando las escuelas se multipliquen. Aclaro esto con un ejemplo: he enviado a las Antillas quince Hermanos. De los 15, 3 tenían ya título. Serían los únicos que yo podría remplazar por Hermanos sin título. Sin embargo nadie duda que la mayor parte de los otros Hermanos tendrían ahora el título si se hubiesen quedado aquí. Nadie se sorprenderá de lo que afirmo sin dudar, porque los Hermanos que van a las Colonias deben ser instruidos y capaces, para que puedan remplazarse en caso de enfermedad, de modo que ninguna clase, por elevada que sea, se suspenda.

En cuanto al compromiso de no abrir ninguna escuela nueva antes de regularizar las escuelas existentes, confieso que, a primera vista, esta condición parece razonable. Más aún, creo que se tiene el derecho de imponérmelo, puesto que se es dueño de dar o de no dar autorizaciones. Sin embargo, si se me impone ¿qué sucedería? Tendría que comenzar por regularizar todas mis escuelas, o por el contrario me condenaría a mí mismo a no fundar en adelante una sola escuela en mi querida Bretaña. Sería necesario que las Colonias esperasen, pero ¿hasta cuándo? Dios sabe.

¿Abandonaríamos el país que desde hace 22 años ha sido el objeto especial de nuestros cuidados y de nuestro celo, para emprender una obra muy hermosa, ciertamente, pero también muy peligrosa bajo tantos aspectos? Nos dedicaremos a ella gustosamente, porque tenemos la confianza que el gobierno nos ayudará a salir de las dificultades en que nos metemos a causa de esto, y no nos exigirá sacrificios que nos serían más penosos que el de nuestra vida.

Después de todo ¿a qué se limitan mis pretensiones? Estoy lejos de reclamar, en ningún caso y ni bajo ningún pretexto, autorizaciones para nuevas escuelas, pero desearía que, para las escuelas que, después de haber sido regularizadas al origen, dejasen de serlo, como para las escuelas ya existentes, el número de autorizaciones fuese proporcional al número de Hermanos en ejercicio en las Colonias. Ninguna autorización sería dada sino en razón de la utilidad pública, y se estaría seguro de que no habría abusos, puesto que cada Hermano que gozara de este favor, representaría a un Hermano ausente por servicio al Estado.

Sea suficientemente bueno, Señor, e indíqueme si usted juzga oportuno que envíe yo mismo estas observaciones, directamente, al Ministro de la Instrucción Pública, o si puedo esperar que usted se encargue de hacérselas llegar.

Como usted me ha animado tanto no temo abusar de su condescendencia, le estaré muy agradecido si puede decirme todavía, si la ayuda de 6000 francos que he pedido para el año 1839 me será concedida. No será ahora, sin duda, cuando se me compromete a multiplicar el envío de Hermanos para las Colonias que se me van a rechazar los medios para sostener y llenar el noviciado. Este año ha sido mediocre para mí, más de veinte de mis Hermanos no han recibido ni un céntimo de paga, por falta de autorización; y la carestía, siempre creciente, de los alimentos me obligará desgraciadamente, si no soy ayudado, a reducir el número de admisiones, mientras que tendría que aumentarle. Tengo un vivo interés en responder a la confianza que el gobierno me testimonia y mis Hermanos dan pruebas, en esta circunstancia, de una entrega y de un valor que Dios solo puede inspirarles y recompensar. Pero, en fin, por muy buena que sea mi voluntad, no puedo obrar si me atan las manos, ni caminar si me cortan la pierna.

RELACIÓN CON LA FAMILIA

La familia es la tierra en la que el Señor quiere que se arraiguen las raíces de la planta de nuestra vida para que crezca. Esta tierra es siempre necesaria para que la planta de la vida se desarrolle.

A veces la tierra puede parecernos buena, otras podemos pensar que tiene demasiadas piedras y zarzas.

A veces podemos sentirnos gozosos, otras heridos. Pero esa es la tierra que el Señor nos ha dado.

Al leer las cartas de Juan María descubrimos la tierra en la que sus raíces han crecido y han tomado vida. Descubrimos las relaciones familiares con las que ha gozado y sufrido.

Su sensible corazón se ha preocupado, se ha comprometido, ha gozado y sufrido. Las relaciones familiares han sido una de sus grandes cruces. Pero la tierra de nuestros padres y de nuestros hermanos es la tierra que el Señor nos ha dado. A veces podemos huir de ella, como Jacob enemistado con Esaú, pero el Señor quiere que volvamos a nuestra tierra y tendremos que hacerlo, quizá cojeando como Jacob.

El plano de tu casa.

Es un ejercicio para descubrir los recuerdos que vienen contigo.

Elabora el plano de tu casa. Si hubo varias las “escucho” para sentir cual fue la más significativa.

Coloca en los distintos ambientes de la casa, el signo (+) donde hay experiencias positivas y un signo (–) donde hay experiencias negativas o que te disgustan.

Imagina que invitas a tu casa a la comunidad de pertenencia que camina contigo, los paseas por toda la casa, previniéndolos sobre lo que les puede pasar en cada rincón. Escríbelo.

Para seguir profundizando

- ✓ ¿Cómo vives tus relaciones familiares?
- ✓ ¿Cuáles son los sentimientos que te despiertan? ¿Te sientes agradecido? ¿Te sientes herido?
- ✓ ¿Cuáles son tus gozos y tus sufrimientos?
- ✓ ¿Te sientes impulsado a juzgar, condenar, o más bien a comprender y perdonar?
- ✓ ¿Huyes de tu familia y sus problemas o sabes estar cercano?
- ✓ Haciendo la lectura de tus relaciones familiares, ¿descubre la presencia de Dios en tu vida?
- ✓ Tu familia es la tierra que Dios te ha dado, ¿le crees

RELACIÓN CON SU PADRE

CARTA A M. BRUTE DE REMUR, 3 de diciembre de 1809

Fiesta de San Francisco Javier

Celebramos hoy una fiesta que me es muy querida. Papá no quería que yo entrase en el estado eclesiástico. El día de San Francisco de 1800 yo se lo pedí de nuevo y él me dio el permiso para recibir el subdiaconado en París. Yo atribuyo este cambio a la intercesión del apóstol de las Indias y no dejaré nunca de darle las gracias. ¡Oh, si yo tuviera su caridad y su celo! Si conociese como él el precio de un alma. Cada vez estoy más seco, más frío, más ignorante de los caminos de Dios. Doy lástima. Reza, reza por tu hermano Juan.

CARTA A DE LA GUERETRIE, 7 de septiembre de 1813

Mi respetable amigo

Usted habrá oído hablar, sin duda, de la desgracia de mi familia. Mi padre y mi tío han dejado a sus acreedores todo lo que poseían. Una decisión tan penosa es una nueva prueba de esta honestidad que les fue siempre mucho más querida que las riquezas y que después de cincuenta años de trabajo es hoy el único bien que les queda. Su vejez será triste, pero Dios lo quiere así, no dejemos de adorar y bendecir su voluntad, non sicut volo sed sicut tu.

CARTA A BRUTÉ DE REMUR, 26 de junio de 1815

Querido amigo, me late el corazón, me parece que el momento de nuestro encuentro se acerca. No pienso y no sueño más que en eso. A veces tengo el deseo de evitarte la molestia del viaje e ir a encontrarte a Rennes, pero mi presencia aquí es necesaria, y por otra parte, no podría ausentarme más de cuatro o cinco días, de modo que no podría estar más de dos o tres contigo y además estaría obligado a perder tiempo en visitas protocolarias. Me gustaría mucho más encontrarte en Saint Brieuc, estaríamos más libres, charlaríamos, leeríamos tranquilos, porque aunque tengo muchas cosas que decirte, tengo también otras que enseñarte. A continuación si las circunstancias me lo permiten y mi deber no me lo impide yo te conduciría a Rennes para prolongar mi gozo y tener el de abrazar a mi padre, al que no veo desde hace un año. Ojalá se realice este proyecto tal como lo pienso.

CARTA A ANGE BLAIZE, 7 de abril de 1817

Esperaba poder escribirte el jueves pasado, mi querido Ange, pero ha sido imposible. En la última semana y durante estas fiestas he tenido casi tanto trabajo como en el tiempo de la misión. No pienses que estoy enfadado.

Te agradezco mil veces, mi querido Ange, el habernos empujado a pagar enseguida las pensiones de Papá y de mi tío. Espero que Bossard enviará esta semana a Biarrote los 600 f que se le habían dicho. Temo a veces abusar de tu extrema delicadeza, la aprecio de verdad, estate seguro.

Adiós, mi buen Ange, te abrazo de todo corazón y a Marie también.

CARTA A ANGE BLAIZE, 13 de agosto de 1818

Para ti solo

Mi querido Ange.

Te agradezco el interés que has puesto en colocar mis fondos, pero se me ha presentado una ocasión para emplearlos con la cual no contaba y que me es muy beneficiosa. Las Damas de Montbarreil piden un préstamo, yo las prestaré en privado una suma de doce mil francos...

Con este arreglo tengo la ventaja de alojarme en una casa que me es apropiada, y que forma parte del contrato. Estas consideraciones me han determinado a ello. El contrato se firmará un día de estos y estarás obligado a poner a mi disposición 12000f para el 29 de este mes. La liquidación me debe más de esto, puesto que tendremos que dividirnos lo que cobraba Gratien. Si hay fondos podrías primero retirar la suma que tú crees que podría disponer en mi cuenta. En caso contrario, o si hay algún inconveniente para entregarme enseguida la totalidad de los 12000f, la venta de algunas acciones de banca sería suficiente.

En cuanto a las fechorías de Gratien, si las deudas que ha contraído de nuevo no se elevan más que a unos cien francos, sería del parecer de pagarlas como las otras, para que no chillen. Si fuesen considerables no aceptaría la sucesión más que bajo beneficio de inventario.

Feli, al conocer la noticia de la muerte del pobre Gratien, ha tenido una crisis de nervios muy fuerte que ha durado bastantes horas. Ayer he llorado a lágrima viva, y ha faltado poco para que vaya a París en seguida. Hoy me ha escrito él mismo, estoy tranquilo. No tiene más que la irritación por una ruptura, consecuencia natural de un golpe tan doloroso. No hables de esto, te ruego, a papa.

CARTA AL BARON MOUNIER, 19 abril de 1824

He tenido la agradable noticia de que usted está encargado por la comisión establecida para la liquidación de los acreedores de España de hacer un informe sobre una reclamación que les han dirigido a los Srs Pratel y Duviau desde Cádiz. Los papeles están entre sus manos, no tengo nada que añadir. Sin embargo tengo el honor de rogarle tenga la bondad de prestar una atención especial a la nota que ha sido depositada recientemente en el despacho de la Comisión y quien debe convencerla de que el crédito del que se trata es verdaderamente francés. Mi padre está implicado en ella por una suma bastante fuerte. Espero que no tengamos, como tampoco Prat y Duviau, que sufrir una nueva pérdida, después de todas las otras que hemos experimentado como consecuencia de la misma guerra, que quizá ha sido para nosotros más funesta que para nadie.

CARTA A AMBROISE HAIGET, 30 de enero de 1828

Acabo de perder a mi padre que tenía 85 años. Le encomiendo a tus oraciones. Ofrece la comunión por el eterno reposo de su alma.

CARTA A LUCINIÈRE, 24 enero de 1841

¿Conoces la historia de esa buena persona que nos es desconocida, pero que en agradecimiento por los servicios que le había prestado mi padre, hace cincuenta años, ha pagado la multa de 2000f a la que Feli ha sido condenado? Este hombre, por lo que parece, se había embarcado en 1790 para pasar a Inglaterra. Naufragó por la parte de Saint Briec y de allí fue transportado enfermo al hospital de San Malo. Su cama se encontraba al lado de la de un pobre que le habló de mi familia, a la que él llamaba la providencia del país, y sin otra recomendación el náufrago se presentó en nuestra casa. Estábamos a la mesa, se le hizo sentar, se le prodigó toda clase de cuidados y tres meses después se marchó sin que desde entonces nosotros hayamos tenido noticias tuyas. He aquí que lo encontramos hoy y quiere compartir la condena de mi hermano cargando con la pena fiscal. Pero, Dios mío, no es esta condena la que más me aflige, aunque el gesto sea hermoso y conmovedor.

RELACIÓN CON SU HERMANO GRATIEN

CARTA A Ange BLAIZE, 11 de agosto de 1814

Voy a París mucho antes de lo que yo esperaba, mi querido Ange, y todo se arregla de maravilla. Los asuntos de la diócesis obligan a Monseñor a ir a París y haciendo el viaje con él, yo me ahorro grandes gastos. Intentaré aprovechar esta ocasión para obtener el grado de subteniente para Gratien, pues si no lo logro no sé dónde irá a parar. Me escribía últimamente diciéndome que quería venir de pensión a Saint Briec, mientras esperaba una plaza. Le he contestado diciéndole que no haga nada, porque si viniera un mes aquí, estoy seguro que no saldría de los cafés, etc, no pagaría en ningún lado y me dejaría una tropa de acreedores que vendrían a echarse en mis brazos y estaría obligado a pagarles para evitar rumores y encubrir en parte el escándalo

Nuestro libro estará acabado para la mitad de agosto. Tengo prisa en enviártelo, pues tú eres un buen juez y es un verdadero juicio el que vamos a jugar. Hay razones para creer que los abogados de la parte contraria no se quedarán mudos y que tendremos que replicarles. Lo haremos gustosamente y ya he reunido con antelación las armas de las que nos serviremos para nuestra defensa.

Lamento que el momento de volver a vernos se atrase un poco, cuando vuelva, iré a pasar algunos días con vosotros, quisiera ya estar ahí, porque ¿dónde se está mejor que en el seno de la familia? Mis pequeñas sobrinas, mis pequeños sobrinos habrán crecido mucho y serán muy buenos. Marie-Ange sobre todo tendrá uso de razón no sé qué día de septiembre cuando cumple 7 años. Luise que la imita y la sigue en todo no querrá quizá ser menos razonable que su hermana y queda Augustine y esos señoritos que tendrán que esperar para llegar a ser razonables.

A propósito, María, tú que me reprochas que no me ocupo de mi aseo, ¿sabes que me voy a convertir en un hombre de una elegancia extraordinaria? Me gustaría que me vieses con el bonito hábito que acabo de hacerme: cubierto con un manto de seda, con cordones en mis zapatos, etc. Es para morirse de risa, no me falta más que un sombrero al estilo de Enrique IV. Es cierto que tendré uno, parecido a un tricornio, porque forma parte también del hábito y de hecho no me faltará nada para estar encantador.

Adiós mi querido Ange, adiós, mi querida Marie, os abrazo muy tiernamente

P.D: Ahora mismo acaban de presentarme un pago de Gratien sobre mí de 200f. Lo he rechazado y voy a escribirle para volver a decirle que no pagaré ninguno.

CARTA A ANGE BLAIZE, 24 de enero de 1816

Los detalles que me das, mi querido Ange, sobre el asunto de Gratien son muy dolorosos. No me resigno a verle recaer en los mismos excesos. Conozco efectivamente la causa de su disputa con los jóvenes que nombras, pero no hay excusas para los otros excesos a los que se ha dado. Ojalá sus promesas sean sinceras.

En cuanto a Mascleff, después de las precauciones que hemos tomado, estoy persuadido que no hay ningún medio por el que pueda obligarnos a pagarle un solo céntimo de la monstruosa deuda. Es necesario que se persuada también él de eso, si estamos dispuestos a seguir tratando con él. Cuando vino a encontrarme a la Chesnais le recibí mal, y le pregunté cómo Gratien podría tener una deuda tan grande.

Le he servido cerveza.

Hacen falta barricas, le respondí, para que el precio se eleve a 5200f.

Le he prestado dinero.

¿Cuánto Sr. Mascleff? Unas veces 6 f, otras 12 f

Tienen que haber muchos 6 y muchos 12 en los 5200 f

¿Usted cree que soy un estafador?

Sr., yo no he dicho eso, pero no me opongo a que usted se lo llame.

Le he dado la espalda y se marchó de muy mal humor, como debía ser. Esa ha sido palabra por palabra nuestra conversación. Olvido, sin embargo, que me confesó con una especie de ingenuidad, que lo que buscaba al dar dinero a Gratien era llegar a ser propietario de algunas de sus tierras. Le dije los sentimientos que un tal propósito me inspiraba, y me respondió, con una sonrisa horrorosa, ya ve cada uno piensa en su fortuna y la consigue como puede

Dejando de lado todo lo que de indignante hay en este relato, con todo la deuda de Gratien está muy por encima de lo que podríamos creer, al juzgar por la suma que este señor reclama. He intentado saber de Gratien lo que realmente Mascleff le había prestado. No me ha dado ninguna información exacta. Sin embargo no creía que su deuda fuese mayor de 400 f. Creo que ofreciendo 6 sería suficiente y podríamos quedarnos tranquilos. Si crees, querido Ange, que para evitar líos mayores conviene dar más, nada mejor. Pero en realidad me parece que no estamos obligados ni en conciencia ni por honor. Acepto lo que decidas y con antelación firmo con una mano, reservándome la otra para asegurarte de los sentimientos que te expreso

Adiós, mi buen Ange, te abrazo de corazón con reconocimiento y ternura.

CARTA A ANGE BLAIZE, 10 de junio de 1816

Estoy encantado de que Marie esté contenta de lo que ha visto en casa de Carron. No podría ser de otro modo, pues cuando se conoce a ese santo hombre y todo lo que le rodea, es imposible no quedar maravillado. Las niñas estarán tanto más felices cuando parece que han comenzado bien. Además sienten ya, en la medida que ellas pueden hacerlo, las ventajas que encontrarán en la pensión en la que van a estar.

CARTA A Ange BLAIZE, 5 de agosto de 1816

Mi querido Ange

¿Has tenido cuidado, mi querido Ange, de cobrar los adelantos que habías hecho por Gratien y por nosotros? Es por ahí por donde hay que comenzar como ya te lo he dicho.

¡Cómo, esas señoritas ya escriben! Parece que han aprovechado bien de las lecciones y cuidados que las han dado, o mejor, eso es cierto, tienes la prueba escrita. Carron me decía últimamente que estaban muy contentos de ellas y Feli me lo repite en sus cartas. Estate seguro, mi querido Ange, que nadie comparte ni más sinceramente ni más vivamente que yo la alegría que tú sientes por ello.

Abraza a María con todo mi corazón y a Augustine y a sus dos hermanos y a su buen papá, a quien amo tiernamente.

RELACIONES CON SU CUÑADO BLAISE, SU HERMANA MARIE Y SUS SOBRINOS

CARTA A LA SRA. ANGE BLAIZE, 24 de abril de 1818

Mi querida Marie

No he olvidado el encargo de Ange, pero ha sido el Sr. Pouhaer el que ha olvidado hacer venir al jardinero el día que habíamos convenido. Un expres ha salido hoy para ir a buscarle, porque vive a 7 leguas de aquí. Creo que podrá llegar a San Malo en los primeros días de la próxima semana.

Estoy contento de que Ange haga el viaje a París y que nuestra pequeña Augustine vaya a juntarse con sus hermanas. Qué alegría las va a dar. Yo estoy más que nunca abrumado de trabajo, no sé cómo resisto, el buen Dios me da fuerzas.

Vas a quedarte sola durante unas semanas, pero cuando vuelva Ange tendrá mil cosas bonitas que contarte de nuestras hijitas. Piensa en ello y goza con anterioridad.

El correo va a salir, perdona que te escriba tan corto. Abrazo con todo mi corazón a Ange y a ti también.

CARTA A Ange BLAIZE, 1 de agosto de 1823

Querido Ange

Salgo para Bretaña el lunes próximo y llegaré a Saint Briec el 18, e iré a la Chesnais hacia fin de mes con nuestros pequeños hijitos. He deseado que me hubiesen esperado. Los habría conducido a Saint Malo y allí habríamos hablado sobre lo que convenía hacer para buscar un sitio aquí donde colocarlos convenientemente porque yo no quiero separarme de ellos. Sólo podría expresarte de viva voz mis ideas sobre el futuro, sería demasiado largo escribirlo.

Voy a hablarte ahora de un asunto importante y que no tengo tiempo hoy de explicarte completamente, pero después de haberlo examinado con Feli con gran detalle y bajo todos los aspectos, estamos convencidos que ofrece ventajas ciertas y ventajosas.

CARTA A ANGE BLAIZE, 9 de septiembre de 1827

Mi querido Ange

Comparto sinceramente contigo la pérdida dolorosa que acabas de experimentar. No solamente he rezado por tu madre, sino que haré rezar por ella a todos los hermanos porque no puedo olvidar lo que ella ha hecho por ellos. Que Dios la recompense en estos momentos.

Te mando una carta de Gerbet que sería conveniente, me parece, que entregues a Feli, pero me ha parecido oportuno enviártela a ti primero.

Marie me ha escrito acerca de Louis. Me ofrezco para conducirlo a Ploërmel y llevarle de Ploërmel a... en mi coche. Cogería otro para Auray. El único inconveniente que encuentro es que yo saldré el 19 y no llegaré a Ploërmel hasta el 22, porque debo pasar por Saint Meen donde debo quedarme dos días.

Adiós, mi buen Ange, no tengo el tiempo más que para abrazaros y lo hago de todo corazón.

CARTA A RUAULT, 12 agosto de 1836

Mi querido amigo:

El atentado de mi pobre sobrino no ha tenido las consecuencias que eran de temer. Está fuera de peligro, pero me siento en la obligación de ir hoy a Trémignon. Volveré a Dinan mañana por la tarde. El domingo por la mañana iré a Plouer para la distribución de premios, a causa del Rector, que nos ha ayudado y continuará ayudándonos, para el retiro de nuestros niños de Dinan. Por la tarde iré a dormir donde Marion para arreglar algunos asuntos de la Chesnais. El lunes, estando en Pleudihen, no puedo dispensarme de presidir la distribución de premios a los alumnos de los hermanos. No creo que pueda marchar el martes, lo lamento pero no podré hacerlo antes del miércoles.

CARTA A LUCINIÈRE, 20 septiembre de 1840

Excelente amiga

Tu carta ha llegado a Ploërmel mientras yo estaba a Trémignon cerca de mi pobre hermana y de mi desolada familia. Las noticias que nos había dado nuestro cuñado habían calmado las primeras y dolorosas inquietudes. El juez de Instrucción había dicho al Sr. Blaize que el asunto no parecía tan grave como se había pensado al principio, y como Ange (hijo) había estado prevenido de que querían arrestarle y que sin embargo no había querido huir, concluimos que él mismo no tenía nada que temer de los tribunales. El golpe ha sido menos duro para todo el mundo de lo que se temía. Pero sin embargo Blaize no ha visto todavía a su hijo. No sabemos ciertamente todavía de qué se le acusa y no estaremos tranquilos hasta que no sepamos más.

No he visto el tema sobre la reforma de la que me hablas, pero es bien triste, pienso, hacerse mártir de semejante causa. Para que me pareciese hermosa me harían falta otros ojos y otro espíritu del que estoy dotado. Pero si no se trata más que de eso me indigno por el rigor empleado contra un joven que no tiene políticamente otro error que el de ocuparse seriamente de un sueño. Porque todas las utopías republicanas no son otra cosa. Y si los que se entusiasman con ellas llegaran a realizar sus proyectos, ellos mismos serían las primeras víctimas, o por lo menos no tardaría mucho.

Lo que me dices de Feli no me extraña pero me duele cada vez más. Qué ceguera. Sin embargo su amistad con el sacerdote M. me da la esperanza de que este venerable y santo amigo llegue a ser un día su salvador. Ojalá Señor que esta esperanza no sea vana. Tu delicadeza con él y con nosotros todos, en esta penosa circunstancia deben llenarle de reconocimiento y estrechar su amistad contigo. No puedo decirte hasta qué punto los habitantes de Trémignon y el ignorante conocen el precio de todo lo que tú haces por tus antiguos y tan queridos amigos. Yo he insistido mucho para que Ange vuelva a Trémignon cuando le liberen y para que no salga de aquí en mucho tiempo.

En estos momentos no puedo ir a París. Sin embargo si creyese que mi presencia ahí sería útil, nada me pararía. Preveo que estaré obligado a hacer este viaje próximamente. Cómo me gustaría verte. Tendría muchas cosas que decirte, pero hoy no tengo tiempo. Dentro de poco te escribiré una larga carta. El que va a llevar esta carta me apresura, va a marchar ya.

Todo para ti de corazón, mi querida amiga.

CARTA A ANGE BLAIZE, 21 de octubre de 1847

Mi querido Ange

Vamos a ocuparnos de tu coche y vamos a seguir exactamente tus indicaciones. Espero que puedas tenerle para la primavera. Pondremos en este trabajo un gran celo y cuidado.

He sido feliz con las dos visitas de la familia que he recibido y sobre todo por la ilusión que ha hecho a nuestros hijos el coche juguete que les he dado.

Lo que nuestro buen Malespierre me ha dicho de la salud de Marie ha sido para mí una agradable noticia. Pero di a Marie que sea exacta en seguir los consejos del doctor. Que se cuide y que tenga cuidado.

CARTA A ANGE BLAIZE, 5 de mayo de 1849

Mi querido Ange

Hace un siglo que no tengo noticias de ti y estoy inquieto. Dime si todos están bien. Quiero saber también si Marie Ange y Félix siguen en Trémignon y si han olvidado su promesa de venir a verme a Ploërmel este verano. El tiempo y los caminos son magníficos, espero aprovechar de ellos para ir a Saint Brieu después de Pentecostés. Hasta entonces estaré en mi Convento, donde me encantará recibirles. Te escribo esto para estar seguro de encontrarnos.

No he recibido ninguna carta de Ange desde el principio de año. ¿Está tranquilo sobre su “Monte de piedad”?

CARTA A ANGE BLAIZE, 7 de octubre de 1849

Mi querido Ange

Me da vergüenza haber recibido dos cartas tuyas y no haber respondido. No es debido ni a indiferencia ni a pereza. El Obispo de Auch ha llegado aquí el 12 de octubre y ha pasado 8 días durante los cuales yo no le he dejado ni un momento. Además he tenido que preparar el viaje de 25 hermanos para las colonias, de modo que he tenido que dejar de lado la correspondencia durante un mes. Además estoy muy cansado. Sea lo que sea la carta de Marie Ange, sin fecha, ha llegado esta tarde, es tan triste que no quiero dejar pasar un día sin decirte qué pena me da y cuánto deseo adelantar el viaje que pensaba hacer a Trémignon después del concilio. Me he sentido obligado a pasar por Rennes y no quisiera encontrar la multitud que va a reunirse allí, porque tendría mucha gente que visitar y con la que hablar. Sin embargo, nada me parará si me dices que quieres que llegue lo antes posible. Dime, te lo ruego, si debo salir enseguida o sólo a fin de mes. ¿Ha visitado el Sr. Guillard a Marie para juzgar por él mismo del estado de sus ojos y de la oportunidad de operarla? Si tiene que operarse ¿tiene que ser enseguida?

Mil cosas cariñosas para mi pobre Marie, a Marie Ange y a todos. Tengo el corazón hundido.

Todo tuyo mi buen Ange.

CARTA A ANGE BLAIZE, 2 de mayo de 1851

Mi querido Ange

Después de la dolorosa impresión que me ha producido la muerte de nuestra querida Marie me siento inquieto por tu salud y la de Marie Ange. Todo esto a la vez es demasiado. He estado a punto de sucumbir, no podía ya ni comer, ni dormir ni casi hablar. Mis fuerzas estaban apagadas. Comienzan a reanimarse, pero la llaga del corazón no se cierra y no se cerrará nunca.

Lamento vivamente que la marcha de Ange para París haya sido tan precipitada y que no haya tenido tiempo de venir a verme. Se sufre menos cuando se está cerca el uno del otro que cuando uno se separa, pero entiendo que no podía diferir su vuelta a París. Debía estar presente mientras se discute la ley sobre “los montes de piedad”. Su memoria sobre las cuestiones que le inquietaban antes y le inquietan todavía me ha parecido decisiva para los hombres de buen juicio y de buena fe. Eso no quiere decir que el éxito sea seguro.

Adiós mi bien querido Ange. Animo y consolémonos con el pensamiento de que aquella por la que lloramos, cuya vida ha sido tan bella y cuya muerte tan santa, está en el cielo donde la encontraremos un día. Te abrazo muy tiernamente.

CARTA A LUCINIÈRE, 31 de mayo de 1851

Señorita y excelente amiga

Qué reconocido estoy por la parte que tomas de mis inconsolables pesares. Tú haces mis lágrimas menos amargas al mezclarlas con las tuyas. Nuestra querida Marie Ange es una víctima de la piedad filial. Los cuidados que proporcionaba, con un celo por encima de sus fuerzas, a su madre agonizante la han matado y yo, a mi vez, he estado a punto de sucumbir bajo el peso de tantos dolores. Qué triste es envejecer. Los Srs Blaize y de Kertanguy son admirables por su fe, su ánimo y su resignación. Han venido juntos la semana pasada a verme porque sabían muy bien que su presencia me sería de un gran consuelo en estos momentos. Estaban preocupados además por mi salud que saben que cada vez es peor. Sin embargo comienzo a recuperarme poco a poco y a volver a mis ocupaciones ordinarias que son enormes. He fundado 26 escuelas nuevas desde hace 9 meses y mi Congregación ha aumentado en 120 sujetos en el mismo tiempo. Dios sea bendito.

Da gracias de mi parte a tu hermana por todas las cosas tan bonitas que me dices de su parte y les pido a las dos que reciban la seguridad de mis sentimientos para con ustedes desde hace tanto tiempo.

El pobre ignorante bretón.

RELACIÓN CON FELI

CARTA A FELI, abril 1815

Desde hace algún tiempo sufro por lo que preveo. Sin embargo no te he dicho nada porque temía que mis reflexiones y mis consejos no te iban a gustar. Todavía hoy me cuesta abrir la boca y voy a escribirte lo que pienso. En el momento en que creo que tú te inventas tantos lamentos y dolores, no hablarte una última vez, sería olvidar que soy tu hermano.

Hasta ahora habíamos puesto en común nuestras alegrías y nuestras penas, nuestros intereses y trabajo, no teníamos más que un alma. Esta unión era un gozo para mí y nunca he querido otro aquí abajo. Me gustaba pensar que sólo la muerte podría romper estos lazos tan queridos, y la idea de una separación próxima y voluntaria desgarró el fondo de mi corazón. Lejos de mí el pedirte que hagas el sacrificio de tus inclinaciones y de tus gustos, y que unas tu vida a la mía. Pero te pido que examines delante de Dios, si tú no eres arrastrado por un espíritu inquieto, por una imaginación demasiado ardiente, por caminos engañosos. Si es la voz de Dios la que te llama en medio del mundo, la que te empuja a salir de la soledad. Si tu corazón está hecho para alimentarse con ilusiones de fortuna, con una felicidad engañosa de la que nadie mejor que tú conoce la vanidad y la nada. En una palabra, si la salvación de tu alma es lo que procuras asegurar ante todo al cambiar de situación y de estado. Piensa seriamente en ello, mi pobre Feli. Piensa en ello como si mañana debiera comenzar para ti y para tu hermano la gran eternidad. Mira si el remedio a la enfermedad que te atormenta no está más bien en reposar y perder tu voluntad en la del buen Dios, que te había retirado con tanta misericordia y amor del fondo mismo de este abismo en el cual. Pero no puedo decir más y mis lágrimas corren en abundancia.

CARTA A FELI, el 23 de mayo de 1834

He sabido ayer una cosa que me ha causado una infinita pena porque te la puede causar a ti también. He aquí la verdad. El Obispo me pidió, hace quince días, en Bains cerca de Redon, que le escriba una carta acerca de tu obra, que guardaría en su despacho, y que enseñaría solamente a las personas que podrían atacar mis establecimientos con esto. La escribí el 10 de mayo y he dicho que esta publicación, de la que no tenía conocimiento más que por los periódicos, me afligía profundamente, porque provocaría tempestades sucesivas a tempestades ya apaciguadas. Que además no se leería tu libro en ninguna de nuestras casas y que el juicio que diese la Iglesia sería el nuestro.

Sin pedirme permiso, e incluso sin escribirme, han publicado esta carta y una respuesta del Obispo que yo no he recibido más que después de haberse hecho pública. Seguramente que si hubiese sospechado esto, si hubiese estado hecho de acuerdo conmigo te lo hubiese dicho el pasado domingo y te conozco muy bien para temer que me hubieses reñido. Pero parece, por las explicaciones anteriores, que yo he hecho un misterio de la conducta que he creído que debía tener, y además puedes creer que he querido que salga a la luz, mientras que nada es más falso y nada sería más ruin y más odioso. Han abusado de mi carta al darle la publicidad que no debería tener. Estoy desconsolado y sufro mucho

más de lo que piensas, estate seguro. Mi corazón está roto. Te abrazo tiernamente.

CARTA A FELI, el 18 de julio de 1834

Desciendo del altar. Acabo de ofrecer a Dios el sacrificio del cuerpo y sangre de su Hijo para pedirle la resignación, la calma y la humilde fuerza de las que tenemos necesidad uno y otro en un momento en que nuestra alma demolida por penas que no se pueden expresar. Oh mi pobre Feli, estate seguro que te amo mucho.

CARTA A LUCINIÈRE, 21 febrero de 1835

Mi excelente amiga

¿Cómo ha sido posible que no te haya escrito desde hace tanto tiempo? Las cosas más extraordinarias son las que ordinariamente se explican más sencillamente y esta es una nueva prueba. Desde el mes de octubre tengo siempre el proyecto de ir el mes siguiente a París. Era algo decidido, nadie puede dudar de ello, ni yo mismo dudaba y sin embargo mis bellos proyectos no han sido más que un sueño. En esta estación tan tristemente seca ha habido para mí una inundación de trabajos, se han multiplicado, sucedido sin fin, sin reposo, sin poder decirles gentilmente: señores esperen un poco, les ruego, volveré y estaré a su servicio dentro de quince días. Ahora no son menos molestos ni menos exigentes que lo han sido, de modo que no pienso hacer ese viaje que tanto deseaba porque iba a procurarme el placer de verte, o mejor el consuelo de hablar contigo de mis penas. Ellas son cada vez más vivas. La esperanza huye delante de mí. No me queda más que la oración, pero esta es todopoderosa, ella cambia las piedras en hijos de Abraham, y su voz humilde y dulce transporta las montañas de un lugar a otro.

El pobre enfermo del que deseamos tan ardientemente la curación y la salvación está herido en el corazón y por consiguiente es ahí donde hay que aplicar el remedio. Toda discusión en lugar de disminuirle el mal se lo aumenta y no produce otro resultado que el de irritar su espíritu. Por eso estoy encantado de que tú le escribas de vez en cuando y es por esto que yo voy a verle más a menudo de lo que lo hacía antes. Si se creyera abandonado de aquellos a los que está tan sincera y tiernamente unido caería en el estado más deplorable y no habría vuelta a atrás.

¿Qué decirte de mí? Estoy siempre metido en discusiones con mis antiguos compañeros a causa de las cuentas. Quiera Dios que nuestros debates no se conviertan en el gran proceso de Mans. Dentro de poco sabré a qué tengo que atenerme en esto. Tengo en mi favor la evidencia del derecho, pero eso no es el Perú.

En espera voy, a través los campos, fundando nuevas escuelas, y dando retiros a mis pequeños y muy queridos niños. Mañana comienzo uno aquí y el 25 de marzo, comenzaré otro en Guingamp. No hay nada que me refresque tanto el alma como estos piadosos y emocionantes ejercicios. Estar en medio de los niños es vivir ya con los ángeles. Es en cierto modo como vivir en el cielo.

Ayer he estado en Trémignon donde se habló de ti. No te contaré todo lo que dijeron Marie-Ange y Augustine Blaize, ¡ah! si lo supieras. Es necesario que te deje para volver a mis corderos, hay varios en la puerta que arañan la puerta para advertirme que quieren confesarse, aunque sea mañana cuando comienza el retiro. ¡Ah! Mis pequeños corderos, entren, la Sra. Lucinière les da permiso.

CARTA A Ange BLAIZE, 20 de octubre de 1837

Mi querido Ange

Acabo de conocer con pena que Feli ha estado seriamente enfermo y temo que esta inflamación de intestino no se reproduzca. En ese caso y si hubiese el mínimo peligro quisiera que Lucinière fuese a verle. Te ruego que digas a Ange (hijo) que sin duda estará al tanto del estado de Feli que se lo haga conocer a nuestra excelente amiga, porque ella misma está intranquila por encontrar un medio para tener conocimiento de su estado para ir a estar cerca de él.

Sé que todavía eres lo suficientemente bueno, mi querido Ange, para pedir a Louis (hermano de Ange) la dirección de un corresponsal seguro en Guadalupe por medio del cual mis hermanos puedan hacerme llegar el precio de la venta de clásicos que llevan y deben vender en las colonias.

Sin duda, habrás oído hablar de mis asuntos de Dinan y de qué modo el obispo los ha embrollado. Después de haber dado la aprobación, por escrito, se ha opuesto a la apertura de nuestro establecimiento en el momento que iba a abrirse. Varios profesores habían llegado ya. Una multitud de niños se presentaban. Y he aquí que ahora permanecemos con los brazos cruzados esperando acontecimientos, porque todavía no hay nada decidido. Sea lo que sea es muy probable que el Obispo persista en su decisión, aunque no obtenga del gobierno el permiso de abrir su colegio de los Cordeliers a los externos. Esta conducta inconcebible irrita a la gente, no es un simple descontento, es la cólera. En el Dinanais el último domingo han publicado un artículo verdadero en el fondo, pero en el que se trata indignamente al Obispo. Yo estoy muy enfadado porque esto solo sirve para agriarle y para armar escándalo. La Academia aprovecha de todo esto para intentar restablecer su colegio y ella no me perdona haber contribuido a echarle abajo. Si lo consigue, la ciudad pondrá más ardor que nunca en echar a las Ursulinas que ocupan el edificio de la Victoria, donde estaba antes el colegio municipal. Ves todo el mal que va a resultar de todo esto. Yo me he limitado a declarar al obispo que yo no haré nada contra su voluntad, pero temo que él me atribuirá gran parte del malestar que él experimenta y de las humillaciones que recibe. Qué cosa más triste.

Los abrazo a todos con tierno corazón.

CARTA A FELI, 25 marzo de 1840

Mi querido Feli

Dejo París con una viva pena de no haberte visto, no tenías nada que temer sin embargo, no te hubiese dicho una sola palabra que te pudiese causar pena. Estate seguro que nada en el mundo podrá nunca alterar la amistad que te tengo y que te tendré siempre, pase lo que pase. Tu amigo más tierno y entregado.

CARTA A ANGE BLAIZE DE MAISONNEUVE, 8 de julio de 1842

Mi querido Ange

Ruault me envía de Ploërmel y acabo de recibir ahora tu carta del día 2. Sólo tengo un momento para responder. Te pido que encargues a Ange (hijo) de mi parte que diga a Feli que le dejo el usufructo pleno, entero, y absoluto sin la menor reserva de la Chesnais. Que disponga de ello como él quiera y como si yo no existiese. A lo único a lo que no consentiría es recibir de él un solo céntimo. Pobre Feli, qué feliz sería sabiéndote cerca de nosotros, aunque estuviese condenado a no decirte nunca, hueso de mi hueso, cuanto te he amado siempre y cuánto te amo.

CARTA A FELI, 18 diciembre de 1847

Mi querido Feli

Antes de ayer he tenido, en el altar, un ataque de apoplejía y de parálisis que han estado a punto de llevarme. Hoy estoy mejor, pero todavía a poca distancia de las puertas de la eternidad. He pensado mucho en ti en estos momentos que he creído que eran los últimos. He sentido la necesidad de decirte que mi amistad por ti nunca ha cambiado ni se ha debilitado, es más viva que nunca; y que mi corazón tiene el gran deseo de que estemos un día reunidos en el cielo como lo hemos estado tanto tiempo y tan felizmente en la tierra por la misma fe.

Te abrazo cordialmente.

CARTA A ANGE BLAIZE, hijo, 31 de enero de 1854

Ahora mismo sal para París, te lo pido. Vete como representante de la familia cerca de tu pobre tío y haz lo mejor que puedas en esta dolorosa y cruel circunstancia. Concierta todo con la Sra. Héllène y su hermana, con el Sr. Vitrolles y el sacerdote Noirliou. ¡Ay! ¡Ay! No puedo decirte nada más, sólo tengo lágrimas y oraciones.

EL PADRE FUNDADOR Y LA IGLESIA

Buscar la gloria de Dios, es trabajar en la expansión y consolidación de la Iglesia, la Esposa de su Hijo; es quererla romana, fundada sobre Pedro y sus sucesores. En tiempos agitados y malos, el Padre asume la misión de defensor de esta «Ilustre Abandonada», seguro de su solidez y de las promesas de eternidad de las que goza. Según él, es necesario amarla como al mismo Dios, defenderla por medio de la ciencia teológica e histórica, procurarle ministros, un cuerpo de evangelizadores, asegurarle legiones de educadores, que le permitan llegar a todos los hombres por la vía privilegiada de la educación.

¿Qué es lo más admirable del amor del Padre Fundador a la Iglesia?

- Su mirada lúcida sobre la situación de la Iglesia en Francia.
- Su preocupación por esta situación,
- Su ingenio para encontrar soluciones a esta situación,
- Su voluntad de hacer todo lo posible para ponerla en pie,
- El hecho de sacrificar todo por ella: su fortuna, su familia, su voluntad, su vida,
- La renuncia a sus comodidades, a su tranquilidad,
- Su voluntad de servir a la Iglesia con todas sus fuerzas,
- Su disponibilidad y su deseo de servir por todas partes,
- Su desprendimiento de todo amor propio,
- La fuerza para afrontar los obstáculos, de ir por delante de las dificultades,
- Su lucha contra el dejar pasar, la pereza, la indiferencia,
- Su combate contra la ignorancia religiosa (comprendida la del clero)
- Su interés por el desarrollo de los conocimientos teológicos,
- Su preocupación por desarrollar y poner al día sus propios conocimientos teológicos
- Su pena al ver tan pocos sacerdotes entregados a la causa de Jesucristo y de su Iglesia,
- Su tristeza al constatar que algunos ven y no hacen nada,
- Su necesidad de interesar a sus amigos por los problemas de la Iglesia,
- Su deseo de arrastrarles con él en esta obra de reconstrucción,
- Su deseo de trabajar junto con otros y de estar unidos para cumplir esta misión,
- Su total sumisión a la autoridad eclesiástica,
- Su sumisión indefectible a la Iglesia de Roma,
- Su deseo de trabajar para estrechar los lazos con la Iglesia de Roma,
- Su confianza en la acción de las órdenes religiosas,
- Su confianza en la misión de los Hermanos con los jóvenes,
- Su confianza inalterable en la Iglesia “inmortal”,
- La conciencia que tiene de la enormidad y de la dificultad de la tarea que hay que cumplir, pero al mismo tiempo su confianza inquebrantable en la Providencia, su espíritu de fe.

Para profundizar y rezar

- ✓ ¿Cuál es tu historia en relación con la Iglesia?
- ✓ ¿Por qué vives como vives tu relación con la Iglesia?
- ✓ Si tuvieras que hablar de tu experiencia eclesial, ¿qué dirías?
- ✓ ¿Te reconoces en alguno de los rasgos de nuestro Padre Fundador?
- ✓ ¿Qué es lo que más admiras de él?
- ✓ ¿Te sientes interpelado por el Padre La Mennais en tu vida, en tu misión apostólica, en tu inserción parroquial o diocesana?
- ✓ ¿Cuál va a ser tu manera concreta de desarrollar y manifestar tu amor a la Iglesia?
- ✓ ¿Crees de verdad en el poder de la oración?

CARTAS VARIAS

CARTA A BRUTÉ, 4 de julio de 1807.

Nosotros (Juan y Feli) nos damos cuenta de lo importante que es estudiar a fondo el tema de la Iglesia, hoy no hay nada más esencial (...)

CARTA A BRUTÉ, 18 de julio de 1807.

(...) Hoy, fiesta de Santo Tomás, doctor. ¡Qué hermoso es el oficio de doctores! ¡Cómo amo a estos fuertes de la Iglesia, como los llama Bossuet, a quienes nada puede hacer tambalear en su fe, ni apartarles de la unidad!

Nobis qui vehimur caeca per aequora Lucent perpetuae faces¹.

CARTA A BRUTÉ, 2 de febrero de 1808

Querido amigo, no puedo expresarte todo mi reconocimiento por tu cariñoso recuerdo y por lo que me dices. Estoy lleno de reconocimiento y te confieso que desde hace mucho tiempo no había experimentado una alegría tan grande. Te lo pido por favor, querido Bruté, estrechemos de nuevo los lazos que nos unen, (...)

Y ¿en qué momento sería más necesario que ahora, querido amigo, el unirnos y estrecharnos unos a otros? Nuestra madre, la santa Iglesia, ¿no es atacada por todas partes? Y si sus enemigos ponen en común sus talentos, sus medios, su odio, su audacia ¿por qué no oponer juntos nuestro esfuerzo a su esfuerzo y animarnos mutuamente a combatir y vencer? Sí, a pesar de la distancia que nos separa podemos edificarnos mutuamente, animarnos, ayudarnos. Nuestras oraciones son la mejor arma, unámoslas y pidamos juntos al Señor que dé a nuestra pobre Francia un apóstol que renueve la faz de la tierra. Ojalá Dios suscitate en medio de nosotros un San Francisco Javier, cuántos milagros obraría aún. No dudemos de ello, querido amigo, con su palabra humilde y fuerte los cristianos despertarían del sueño de la indiferencia y veríamos renacer la belleza de los días antiguos. Dios mío, qué gracia tan grande. Y ¿cómo osaríamos pedirla después de haber despreciado todas las que ya nos han sido hechas?

CARTA A BRUTÉ, 26 de abril de 1808.

En mi última carta, te notificaba que queríamos comprar una casa cercana al pequeño seminario, pero las dos juntas serían todavía demasiado pequeñas, el número de nuestros alumnos aumenta cada día. Por otra parte están situadas en un barrio que no es conveniente. Por lo tanto, hemos tomado el partido de irnos a otra parte, y, esperando que el buen Dios nos abra los tesoros de su Providencia, acabamos de comprar uno de los mejores edificios de nuestra ciudad, construido en piedra tallada, bien situado, al abrigo, reuniendo todas las conveniencias y todas las ventajas. El propietario ha hecho una donación pura y simple a la diócesis, y por medio de un acta privada. Hay, Léhen y yo, le hemos

¹ Para nosotros que caminamos a ciegas por las llanuras, brillan para siempre las antorchas.

garantizado una renta viajera de 2500fr. Tiene 72 años, y aunque viviera 85, nuestro negocio seguiría siendo excelente.

Estamos tan contentos de haberlo hecho, cuanto que nos encontramos situados muy cerca de la capilla San Arón, que se dice que va a ser puesta dentro de poco en venta. Pues bien, si los medios nos permiten comprarla ¿no será consolador para nosotros formar nuevos apóstoles en el mismo lugar desde donde salió San Malo para anunciar el evangelio a los habitantes de Alet? Dios mío, ojalá estemos llenos de ese celo ardiente y de ese espíritu de fuego que le animaba, nos santifiquemos como él trabajando con todas nuestras fuerzas por la santificación de los otros.

(...) Se trata de su gloria, no buscamos, no queremos más que eso, y no descuidaremos nada para procurarla, a pesar de las dificultades sin cesar renacientes que tenemos que combatir.

CARTA A BRUTÉ, 1809.

D. S.

Este querido Feli es piadoso como un ángel. El desearía ser aconsejado de tal modo de poder escoger la mejor parte, y dejar a otros la preocupación por todo lo demás. ¿Pero crees que ha recibido tantos talentos, y que Dios ha permitido que alcance conocimientos tan extensos para no utilizarlos? Yo no lo creo tan fácilmente. Por otra parte en estos días malos, ¿se puede, sin tener para ello razones muy fuertes rehusar combatir los combates del Señor? Los antiguos solitarios ¿no se apresuraban a renunciar a las dulzuras del reposo y a abandonar el jardín de las delicias al que se habían retirado, cuando la iglesia atacada por todas partes les llamaba a defenderla? Morir con las armas en la mano, sobre el campo de batalla, ¿no es una suerte bastante hermosa, y nos está permitido hoy buscar y desear otra?

Sin embargo, sé que todo depende de saber cuál es la voluntad de Dios sobre nosotros, y que no debemos descuidar nada para conocerla. Él no tiene necesidad de nadie, se sirve de quien quiere para realizar los designios de su providencia, y siempre de lo que es más débil para obrar lo que es más grande. A menudo, también, le gusta reservarse algunas almas escogidas que atrae hacia Él de modo inefable, y que conduce por vías escondidas, muy por encima del mundo, hasta esa celda divina en la que se emborrachan de las puras delicias del amor eterno. Es necesario tener cuidado de no contristar al Espíritu Santo y de oponerse a sus movimientos. Pero al mismo tiempo una gran prudencia, una gran reserva son necesarias. Las imaginaciones calientes se exaltan muy fácilmente y a veces llegan muy lejos. En el fondo, me parece que un miedo excesivo de los peligros a los cuales uno se expone al vivir entre los hombres, no es siempre una razón para huirles. Si la soledad tiene sus atractivos, ¿no tiene también sus riesgos, y al encerrarse en sí mismo, no se está allí también rodeado de enemigos? El más peligroso de todos, el orgullo, ¿no nos seguirá allí también?, y si estamos condenados a encontrarle en todas partes, es necesario resignarnos a combatirle constantemente, y en verdad no sería razonable renunciar a hacer el bien por miedo a vanagloriarnos del bien que podríamos hacer.

CARTA A BRUTÉ, 25 de mayo de 1810.

(Esta carta está firmada por los dos hermanos).

D. S.

Querido amigo

Nos describes de una manera tan verdadera y emocionante la llegada de los tres jóvenes trapistas, que nos ha sido imposible no compartir los sentimientos que ustedes experimentan. Será para ti un gran consuelo el viajar con estos ángeles de paz y amor que uno diría descendidos del cielo, por un instante, para enseñar a los hombres a conocerle y amarle.

¿No es algo admirable que en medio del ateísmo europeo surjan estos hombres apostólicos que van a extender el reino de Dios en el Nuevo Mundo? La fe se apaga acá y allá; a penas uno ve brillar en la noche profunda algunas luces moribundas, y he aquí que de esta misma noche saltan chispas que van a alumbrar al otro extremo de la tierra un nuevo incendio. Para nosotros que no veremos este lejano triunfo de la cruz, tristes, en medio de las ruinas, lloramos (...)

CARTA A BRUTÉ, 27 abril de 1814.

(Firmada por los dos hermanos).

Mi querido amigo

Vamos a publicar la obra de la que te hemos hablado varias veces en nuestras cartas en términos ambiguos. Nada de menos ambiguo sin embargo en cuanto a la doctrina. Los derechos de la Santa Sede son defendidos en ella con una franqueza que a algunos parecerá excesiva. Pero hemos creído que la verdad era suficientemente mayor como para quitarle los pañales. Tanto peor para aquellos que quisieran que caminase todavía con vendas y con ojeras. Los galicanos chillarán, pero chillaremos más que ellos. Nuestro libro tiene como título: Tradición de la Iglesia sobre la institución de los obispos. Serán tres volúmenes in octavo de quinientas a seiscientas páginas (...)

Si Feli va a París y si yo voy también, quizá saquemos un periódico, en el caso que la prensa sea absolutamente libre y que pueda resultar de este trabajo un verdadero bien.

Tus dos amigos in Christo.

CARTA A BRUTÉ, 18 de junio de 1815.

Querido amigo

(...) Con qué gran placer escucharé lo que me digas en relación con tus queridas misiones. Sobre eso no tengo una idea clara, ignoro tu posición, tus recursos, tus medios, el estado de las controversias en esos Estados tan poco unidos, donde parece que se han refugiado y desarrollado a la vez, de un modo nuevo, los errores de nuestra vieja Europa, que no da suficiente importancia a la verdad como para defenderla.

Notas, extractos, libros, todo eso no vale lo que un hombre que habla, que explica y que con una sola palabra, disipa las dudas y las nubes.

Por mi parte, tengo necesidad de tus consejos, de modo especial en relación con mis estudios. Desde hace algunos meses les he abandonado prácticamente, pero quizá tu reanimarás mi ardor casi apagado. Si la obra de la que has leído algunas páginas es útil a la Iglesia se debe a ti en el fondo, que has tenido el mérito, porque tú sabes cuál ha sido la mano que ha conducido mis pasos en el camino que he recorrido. Varias veces agotado por la fatiga, he estado a punto de pararme en el camino y echarme a dormir, como esos caminantes a los que un frío mortal les asalta en medio de la nieve. Pero, en fin, la mano de Dios me ha levantado, empujado, sostenido, y los dos hermanos, apoyándose el uno en el otro, han llegado, bien que mal, a la meta que se habían propuesto alcanzar.

CARTA A BRUTÉ, 26 de junio de 1815.

(...) Razonas muy bien con los números, es decir, que el clero de Francia siendo mucho más numeroso que el de América, si hiciéramos una regla proporcional, tendríamos que pagarles una deuda enorme. Pero ese cálculo matemático es una quimera, y la aritmética moral da un resultado muy diferente. ¿Cómo hablar de atravesar el Océano a hombres que tienen miedo de atravesar un río para llevar la ayuda de la religión a los pobres paisanos que hablan la misma lengua, que tienen las mismas costumbres y que les llaman de la orilla opuesta? El espíritu de celo y de abnegación se ha debilitado entre nosotros de forma prodigiosa. Cada uno quiere quedarse en su casa, en su parroquia, en su familia y dormir en su cuna. Es necesario, en cierto modo, agarrar a los sacerdotes con mano firme, en el momento que salen del seminario, para trasplantarles. Y todavía, cuando han echado raíces en el suelo en el que se les ha trasplantado, uno tiene infinita dificultad para arrancarles cuando las circunstancias piden un cambio necesario.

CARTA A BRUTÉ, 26 de julio de 1815.

(...) Cuando llegues a París, infórmame sobre lo que sepas de nuevo, pero sobre todo con grandes detalles en lo que se refiere a la Iglesia, la ilustre abandonada de la que nadie se ocupa y sobre la que nadie se digna echar una mirada, aunque sea de piedad. Adiós, unámonos más que nunca en el corazón sagrado de nuestro común Maestro.

CARTA A BRUTÉ, 14 agosto de 1815.

(...) ¡Cuánto lamento que nos hayas dejado tan rápido y en un momento en que la iglesia de Francia está expuesta a tantos peligros! No temo para ella la persecución de la espada, sino la persecución de la indiferencia por parte de sus propios hijos, y de algunos de sus ministros.

CARTA A BRUTÉ, 25 de agosto de 1815.

Querido amigo

Tengo dentro del corazón algo de triste y amargo. Veo acercarse la fecha de tu partida, de esta nueva separación que puede ser muy larga. Siento la fuerza

de todas las razones que te determinan a volver allí. Pero quisiera saber si piensas quedarte allí para siempre, y si no podemos esperar que vuelvas algún día para compartir nuestros trabajos. América tiene sus derechos sobre ti. Pero esta pobre Iglesia de Francia que te ha engendrado, que te ha alimentado con su leche, ¿no tiene ninguno, y la dejas para siempre? Tú ves sus necesidades, sus llagas, sus dolores, su inmensa miseria. Tiene, sin duda, un gran número de ministros, pero qué pocos que puedan, como tú, defenderla y reanimar este espíritu de celo que cada día se debilita y se apaga. He ahí lo que me aflige más de lo que puedo expresar. Veo que se ocupan de todo menos de ella, mientras que ella sola puede, afianzando el trono y parando el progreso del libertinaje, darnos un porvenir mejor. Si la Iglesia permanece todavía algún tiempo en el estado que está, si no tenemos obispos o si el episcopado está dividido, si, si, etc.

¡Ah, Dios mío! a cualquier lado que mire no veo más que motivos para temblar, gemir y estremecerme. Oh Dios mío, oh nuestro Padre, ten piedad de tus hijos (...)

Feli no sabe todavía cuándo volverá. Con tal que se santifique, que ame a la Iglesia cada vez más y que trabaje por ella, estaría contento. Pero estarás de acuerdo conmigo en que es triste para mí el estar separado de todos aquellos a los que quiero. Con todo, que la voluntad de Dios se cumpla. Sólo Él no nos falla nunca.

CARTA A BRUTÉ, de julio de 1818.

Querido amigo

(...) Nuestra pobre iglesia sin concordato, entre dos concordatos, no sabe ya quién es, y apenas si existe. Se negocia tranquilamente al lado de su lecho de muerte, aparentemente para arreglar sus funerales. El Gobierno desearía inhumarla económicamente y sin ruido. Ese es para él todo el problema. Sin embargo, existen todavía, en el pueblo sobre todo, gérmenes de vida que se manifiestan por todas partes donde aparecen los misioneros. También están expuestos a una sorda oposición que, más tarde, podrá terminar en una persecución abierta. No se teme amenazarles. Pero piensa que su celo no ha cejado y los frutos son cada vez más prodigiosos. En Saint Briec tengo el consuelo de ver a la diócesis prácticamente renovada. Aquí, como en todas partes, ninguna obra buena es abandonada. Las congregaciones de hombres y de mujeres conservan el fervor y alimentan la piedad (congregaciones del estilo de la Acción Católica)

CARTA A BRUTÉ, 14 de septiembre de 1824.

«Querido y excelente amigo

Con qué vivo dolor te dirijo estas últimas líneas. Vas a marchar; todavía otra vez el océano va a separarnos. Pasarán quizá varios meses sin que reciba una palabra tuya. ¡Oh! qué bien muestra todo esto la nada de las cosas de la tierra y la vanidad de todo lo que no es Dios. Esta triste vida transcurre así cargada de lamentos y de lágrimas; nos encontramos un instante para decirnos que nos queremos y para experimentarlo; un instante después es necesario pronunciar la cruel palabra de adiós. Pues bien, sí, adiós. Que Dios bendiga tu sacrificio y tus trabajos. Vete a extender en tierras lejanas el reino de Jesucristo;

trabaja con nuevo celo en profundizar los cimientos de una nueva Iglesia; pero en medio de estas lejanas tierras no te olvides de tu pobre Juan; ponle a menudo sobre tu patena, y pide para él las gracias de la fortaleza y de la luz de las que siente tanta necesidad. Estate seguro, querido amigo, que tu recuerdo no se borrará nunca de mi corazón y que en la vida y en la muerte será para ti lo que él es, el amigo más entregado y más cariñoso».

CARTA A QUERRET, 15 de julio de 1814.

Me parece, querido amigo, que no se podría decir ni hacer mejor de lo que has dicho y hecho en la posición difícil en la que te has encontrado. Tenías que recibir a esos dos niños, desde el momento que te dejaban la libertad de educarles en la religión católica. Pero por otro lado no podías conservarles, desde el momento en que estabas seguro que eran protestantes y que querían continuar siéndolo. Eso hubiera sido para todos los otros alumnos un continuo motivo de escándalo, tanto más peligroso cuanto que podría hacer suponer que tú no dabas una gran importancia a profesar una religión u otra.

Te animo a que te mantengas en el partido que has tomado, el único que puedes seguir en conciencia. Sé que sólo estabas preocupado por la manera de resolverlo sin molestar a las personas con las que tienes mil razones de estar a bien. Pero el deber debe estar por encima de toda otra consideración. Confieso, con todo, que esos pobres niños me dan pena y que su estar en el error me inspira un tierno interés por ellos. Esta palabra es encantadora: Our fathers said we were not (to) go: Parece que tienen a sus padres delante de ellos y escuchan sus consejos. They did not say so; y la boca de Querret se cierra y su corazón se entenece, estoy seguro. No había que obligarles, es cierto, pero tampoco puedes conservarles. Sólo nos queda pedir a Dios que ilumine estas pequeñas almas, tan llenas de candor y de bondad. Ojalá puedan ellas escuchar la voz de su padre que está en los cielos y obedecerle con humilde docilidad, con esta amable sencillez de fe, que les hace respetar la palabra de un padre y de una madre que les alimentan con la mentira.

CARTA A MAZELIER, 14 de abril de 1826.

Señor

He recibido, hace pocos días, con un infinito placer la carta que me ha escrito el 20 de marzo último, y no sabría agradecer todos los detalles que encierra. (...)

Usted sabrá, no lo dudo, con agrado, que estoy formando en estos momentos una Congregación de sacerdotes en la diócesis de Rennes. El Superior de los sacerdotes lo será también, a perpetuidad, de los hermanos. La Regla es poco más o menos la misma para los unos y para los otros, aunque el objetivo sea diferente. Espero que el mismo espíritu de abnegación, de obediencia, de humildad y de celo reine y se perpetúe en las dos sociedades. La Congregación de los sacerdotes apenas ha comenzado, y ya somos quince, a saber, ocho misioneros y siete sacerdotes a quienes el Obispo de Rennes ha confiado la dirección de su pequeño seminario de Saint-Meen, pequeña ciudad a siete leguas de Ploërmel (...) Ruego al buen Dios que bendiga esta nueva empresa. Espero de ella resultados muy preciosos para la Iglesia. Esta no se limitará como la de los

Hermanos a la Bretaña. Nuestra intención es extendernos cuando tengamos medios para ello. Pero lo esencial, primero, es organizar bien el noviciado, porque es de él que depende todo. Nuestro santo Obispo de Rennes, mi íntimo amigo, me secunda con su ardor, y desea, con una cierta impaciencia, vernos multiplicarnos.

CARTA AL MINISTRO DEL INTERIOR, diciembre de 1817

Señor

Al mandarle el estado de los alumnos eclesiásticos de la diócesis de Saint-Brieuc, nos creemos en la obligación de hacerle observar que su número es muy inferior al que sería necesario para reparar las pérdidas que hemos tenido. Desde 1803, hemos perdido 491 eclesiásticos, han sido ordenados 281, el déficit es pues de 210, en el intervalo de 14 años. Sería aún mayor a no ser por el cuidado que ha tenido el digno Obispo que acabamos de perder en crear escuelas eclesiásticas en varios lugares de su vasta diócesis, porque han sido éstas, casi únicamente, quienes, a intervalos diferentes, han proporcionado estos 281 sacerdotes, que por desgracia, sólo llenan en parte el vacío inmenso que la muerte ha creado en torno a nosotros. (...)

No se sorprenda, pues, su Excelencia, de la importancia que damos al futuro de nuestras escuelas eclesiásticas. Al defenderlas, defendemos la vida misma de la religión, que sólo puede perpetuarse gracias a ellas. Si fuese necesario, para que no sean destruidas, renunciar a la ayuda que nos concede el Gobierno, vender los vasos sagrados, en una palabra, sacrificar todo, no dudarías, porque, Señor, gracias a Dios, tenemos fe, y sería menos penoso para nosotros celebrar los sagrados misterios con cálices de plomo y mendigar nuestro pan, que ver a la Religión caer muerta a nuestros pies por falta de ministros.

OBEDIENCIA TOTAL A LA IGLESIA

CARTA AL OBISPO DE RENNES, 10 de mayo de 1834

Mi muy querido Señor

Usted sabe muy bien qué viva ha sido la pena que he experimentado, al conocer por los periódicos, la publicación de una obra que desde hace algunos días agita tan tristemente y tan profundamente los espíritus. ¡Ay! ¿Por qué una nueva tormenta sucede a otras felizmente calmadas? Esto me asusta más de lo que puedo expresar, estoy desconsolado y tengo necesidad de recibir de Usted algunas palabras consoladoras que alivien mi pobre corazón roto. Del resto, no conozco todavía este libro más que por las reseñas que dan algunos papeles públicos. No quiero leerle, y he prohibido leerle en mis casas. Sea cual sea el juicio que pronuncien nuestro Santo Padre y los Obispos, no dudaremos nunca (y de antemano puede estar seguro) en someternos invariablemente y únicamente a las decisiones de aquellos a quienes ha sido dicho, por la misma verdad, quien les escucha a mí me escucha, quien les desprecia a mí me desprecia.

Estos son mis sentimientos, con mi mayor respeto.

CARTA AL SACERDOTE MESLE, 3 de agosto de 1834

Señor y muy querido párroco

No creerá cuán sensible soy a las palabras amables que usted acaba de decirme y a la franqueza totalmente cordial con la que usted me escribe. Es así como un sacerdote debe hablar a un sacerdote, un amigo a otro amigo. Le responderé con la misma sinceridad, y le diré a mi vez que me ofenden e injurian las dudas que ciertas personas parecen querer sembrar, en este momento, sobre mi sumisión plena, entera y sin reservas a las dos Encíclicas de nuestro santo Padre el Papa Gregorio XVI. He hecho lo suficiente para convencerles que nunca tendré otras doctrinas y otra enseñanza que la enseñanza y la doctrina de la Santa Sede apostólica (...)

Pienso, mi querido párroco, que en tiempos desgraciados como los nuestros, cuando los espíritus están exaltados, prevenidos, agriados, no hay más que un partido sabio que se puede tomar, y es éste: obedecer con la sencillez y la docilidad de un niño pequeño a la autoridad que Dios ha establecido. Admitir todo lo que ella admite, condenar todo lo que ella condena, sin ninguna oculta restricción, pero no ceder en nada a las exigencias arbitrarias, a las ciegas fantasías, a los caprichos apasionados de personas que se toman a sí mismas como autoridad. El principio contrario sería una fuente de turbaciones y disputas que renacen sin cesar, porque evidentemente es un principio de anarquía, que no quisiera consagrar, en cierto modo, con mi ejemplo.

Le hablo, como ve, a corazón abierto, porque no temo por su parte, estoy seguro, ninguna indiscreción. Ciertamente, mis sentimientos personales son bien conocidos, y les manifiesto en voz alta, como es mi deber, cada vez que se presenta la ocasión. Pero las razones graves expuestas anteriormente me impiden en este momento darles otro género de publicidad.

Pida por mí a Jesús, nuestro divino Maestro, la resignación, la calma, el humilde valor de los que tengo necesidad ahora más que nunca, en esta penosa situación; y crea, mi querido y digno párroco, que entre todos los que le honran y aman, no hay nadie que le honre y ame más que su entregado y afectuoso servidor.

CARTA CIRCULAR A LOS HERMANOS, 24 diciembre de 1860

Mis muy queridos hermanos

Les diré, mis muy queridos hermanos, tomando las palabras del Apóstol: es tiempo de despertar del sueño... El Señor está cerca. Tengo la dulce confianza de que, dóciles a la voz de mi paternal solicitud, que, quizá, se haga oír por última vez, van a caminar con nuevo ardor por los caminos benditos del fervor y de la regularidad, entregándose con más ardor que nunca a la práctica constante de las Reglas y a las virtudes propias de la santa profesión. Los tiempos son malos: recen, y consuelen a la Iglesia con el buen olor de todas sus virtudes. Anímense mutuamente a dedicar, de ahora en adelante, los días que les quedan sobre la tierra a sembrar mucho, para poder recoger abundantemente en el cielo. Para alcanzar este término de nuestra común esperanza y que es el fin de sus penibles trabajos, afiáncense cada vez más en la gracia, en la paz, en la caridad y en la humildad de Nuestro Señor.

No quiero ocultarles, mis muy queridos hijos, mis fuerzas bajan sensiblemente. Continúen rezando por mí. Después de Dios y de la Bienaventurada Virgen María, mi pensamiento más cariñoso es para ustedes. Estén unidos de corazón y alma a la santa Iglesia y al Instituto.

SERMONES

AMEMOS LA IGLESIA. Retiro a la Congregación de S. Méen, SVIII 2398-99

Amen a la Iglesia. Bossuet en tiempos mejores que los nuestros, la llamaba: La Ilustre Abandonada. ¡Oh, cuánto amo a esta abandonada! Cuántos encantos tiene, qué bella es en este abandono en la que la dejan aquéllos que osan todavía, no se sabe cómo, llamarla su Madre, y aquellos que se llaman sus ministros.

Qué divina se muestra cuando se sostiene y vive independientemente de los hombres, a pesar de los hombres, y por la virtud que hay en ella como por la Santa Escritura... Qué dulzura y qué dicha para un sacerdote entregarse plenamente y sin reservas a esta esposa de Jesucristo, en un momento en que está expuesta a tantos ultrajes, y en el que ella está totalmente, como Jesucristo, su fundador y su jefe, sobre la cruz.

Sí, lo repito, y sin duda ustedes lo repiten conmigo, amemos a la Iglesia, el amor es más fuerte que la muerte, y en consecuencia, ningún sacrificio nos parecerá demasiado grande cuando se trate de servir y extender su reino. Sacrificaremos, pues, nuestra fortuna, nuestra vida, nuestra familia, todo lo que hay de más íntimo en nosotros. Y unidos por los lazos indisolubles de la religión, trabajaremos al unísono y con todas nuestras fuerzas, hasta la muerte, por la gloria de Aquél que habita en las alturas del cielo, y en procurar la paz, la paz de la verdad, la paz de la conciencia, la alegría de la salvación, a todos los hombres de buena voluntad.

SERVIR A LA IGLESIA. Retiro a la Congregación de S. Méen, S VIII 2386-2388

El fin de la congregación es el de servir a la Iglesia, no sólo en una diócesis, sino por todas partes por donde la Providencia permita que nos establezcamos, no consagrándonos todos a la misma obra, sino abarcando según la medida de nuestras fuerzas todas aquellas que puedan contribuir a la gloria de Dios y al triunfo de la verdad. Para alcanzar este fin, la práctica de todas las virtudes religiosas nos son necesarias, y nos comprometemos a ello por un voto, cuyo exacto cumplimiento debe ser para nosotros una feliz y muy fecunda fuente de paz, de alegría y de salvación. Ya hemos tratado este segundo punto en toda su amplitud, sería inútil, en consecuencia, volver sobre él y hacerles ver de nuevo cómo la estricta observancia de nuestra Regla nos procurará aún más en el orden de la gracia. Me limito, pues, a hablarles, durante algunos instantes, de los servicios particulares que nos proponemos procurar a la Iglesia.

Sus necesidades hoy son inmensas, y sus dolores vastos como el mar, siguiendo la expresión del profeta ¿quién no lo sabe y cuál es el corazón cristiano

que no está profundamente tocado por esto? Con todo, me atrevo a decir, de todos estos males, los mayores son aquellos de los que uno se preocupa y alarma menos (...)

Cuando miro al futuro tiemblo al verla perecer y apagarse en medio de nosotros, falta de apoyo, de instituciones apropiadas a las necesidades de los tiempos, falta de hombres suficientemente instruidos para defenderla contra los enemigos nuevos que la atacan y suficientemente seguros para resistir a todo género de seducción a la que estamos expuestos. Lo sé, es la mano de Dios la que sostiene a la Iglesia. Sin embargo entra en los designios de su Providencia servirse de hombres, como instrumentos, para que se cumplan sus voluntades soberanas. La destrucción del cuerpo religioso, y el debilitamiento de la doctrina en aquellos que deben ser los depositarios y los intérpretes, ha sido siempre el signo más estremecedor de los males que amenazan a la cristiandad. Ahora bien, hay algo extraordinario y muy triste, desde hace 26 años las persecuciones sangrientas han cesado y que la religión ha sido restablecida en Francia, nadie ha pensado todavía en emprender algo para remediar este mal, nada al menos que tenga un carácter duradero y grandioso. Y si la caridad ha multiplicado sus maravillas para aliviar el mal corporal de los hombres, parece que se han olvidado las miserias espirituales de la esposa del Hijo de Dios.

SEAN TOTALMENTE DE ELLA. Apertura del retiro a los Hermanos, S VII 2316.

¿Son discípulos de Jesucristo, servidores de Jesucristo? La religión que él ha fundado sobre la tierra a precio de su sangre y que se trata de perpetuar en el país que les ha visto nacer ¿es para ustedes digna de todo interés y de todo su amor como para no negarle los pobres servicios que pueden hacerle? Pues bien, háganselos con espíritu de fe, háganselos sin dudar, sean totalmente de ella. Vengan, unamos nuestras fuerzas, pongamos nuestros corazones el uno en el otro, y siguiendo la expresión de la Sagrada Escritura, coloquémonos como un ejército en orden de batalla delante de los enemigos de Cristo, la cruz sobre el pecho, avancemos contra ellos, con este signo venceremos : *in hoc signa vinces*.

UNA ORDEN RELIGIOSA ESPECIALMENTE APROPIADA A LAS NECESIDADES DE LA IGLESIA. Retiro a la Congregación de S. Méen, S VIII 2425-2427

¿Qué queremos? Profundamente tocados por los males de la Iglesia, quisiéramos, no curarles todos, sino por lo menos disminuirlos en la medida de nuestras fuerzas. Vemos, a la divina Esposa de Jesucristo, atacada por todas partes, y no vemos a nadie que tome en su mano la defensa de esta ilustre abandonada. Si algunos se arman para defender su causa, al ser sus trabajos aislados y sin un objetivo común, no consiguen resultados, de modo que sus enemigos, unidos estrechamente entre ellos, la presionan, la tambalean, se esfuerzan en derribarla. Sus hijos, por desgracia dispersados, se limitan a gemir sus desgracias y no le proporcionan ningún socorro real o eficaz. Lo sé, ella es sostenida por el brazo de Dios, y no son las débiles manos humanas las que van a impedir que este arca divina caiga, sin embargo, entra en los planes de Dios que sus ministros combatan en favor de ella.

Observamos que en todas las épocas, parece que Dios ha querido que surgiese una orden religiosa especialmente apropiada a las necesidades de la

Iglesia. En los primeros siglos donde había que apartar al pueblo de las doctrinas voluptuosas que le habían seducido por tanto tiempo, los solitarios y los anacoretas realizaron prodigios de penitencia. Un poco más tarde, cuando la barbarie amenazó con una destrucción completa no sólo los monumentos de arte, sino también la tradición, los Benedictinos y una multitud de otras sociedades religiosas conservaron este depósito en el fondo de los claustros. Cuando oscuras, pero peligrosas, sectas reanimaron los viejos errores del maniqueísmo, Santo Domingo y sus discípulos fueron suscitados por la Providencia para parar su progreso, como San Ignacio y sus hijos nacieron más tarde para oponerse a las herejías de Lutero, Calvino y Jansenio.

¡Bella y santa misión! Seríamos felices si pudiésemos pensar que nosotros somos llamados por Dios para realizar una misión semejante en estos días malos, en los que todas las verdades son puestas en duda, todos los principios católicos olvidados, y por consiguiente todas las bases de la sociedad hechas añicos.

Pero, ¿quiénes somos para estar encargados de una obra tan importante y tan difícil, de una obra, puedo decirlo, que encierra todas las otras obras, la educación de la primera infancia, las misiones, la dirección de los seminarios, las investigaciones sobre la antigüedad tan poco conocida y que merece ser conocida, el estudio de las altas ciencias, a las cuales se les ha dado una dirección tan falsa y que han llegado a ser enemigas de la religión, después que ha sido la religión quien las ha cultivado y quien debe estar a la cabeza?

PERTENECEMOS A UNA IGLESIA INMORTAL. A los niños, en la fiesta de San Pedro, S II 541-42.

¡Ah! Recuérdelo bien, hijos míos, que la Iglesia, en el seno de la cual han tenido la dicha de nacer, tiene la promesa de no perecer nunca. Sería más fácil, según la expresión de un Padre, apagar el sol que destruirla. Nadie más fuerte que ella, gritaba San Juan Damasceno. Es una roca que las aguas no tambalean. Es una montaña que nadie puede hacer caer. Todo cambia, todo cae alrededor de ella. Las ciudades y los imperios mueren. Aquí abajo nada es estable, ella sola se mantiene con una fuerza invencible en medio de la agitación de las cosas humanas. Ella siente en ella misma esta fuerza que la fuerza de los hombres no puede someter. Dios mismo la ha fundado para siempre, ni el tiempo ni los hombres la harán temblar. Hijos míos ¿no es consolador el pensar que pertenecemos a una Iglesia inmortal?

¡QUÉ IMPORTA UN POCO MÁS DE FATIGA! Retiro a la Congregación de S-Méen, 1826. S VIII 2434.

¿Puedes, en conciencia, echarte atrás cuando adviertes que tal es la voluntad de Dios, y que te ha convencido, en la medida que uno puede estarlo, que nada hay en los tiempos actuales más apropiado para consolar a la religión, y quizá, para salvarla en medio de nosotros, que la congregación que se trata de crear, y que si no lo fuera ahora quizá no lo sería nunca? ¿Qué, pues? Tan grades intereses dependen de nosotros, y nosotros podríamos comprometerles y sacrificarles, y mañana habrá que morir. Mañana, la eternidad. ¡Qué importa un poco más de fatiga, un poco más de trabajo! ¡Mañana habrá que morir, mañana la eternidad!

NO HAY VOCACIÓN MÁS ÚTIL PARA LA IGLESIA. A los Hermanos, S VII 2221.

En los tiempos actuales, no hay vocación más bella, más santa, más útil a la Iglesia que la de ustedes, puesto que no son los sacerdotes los que faltan, sino piadosos educadores de la juventud.

ENTREGADOS A SU IGLESIA. Retiro a los Hermanos, S VII 2297

Dígnese el Señor hacer de nosotros hombres según su corazón, entregados a su Iglesia, desprendidos de nosotros mismos, pobres de espíritu, humildes, celosos, dispuestos a emprenderlo todo y a sufrirlo todo por anunciar su palabra, extender su reino y alumbrar en el mundo este fuego divino que Jesucristo ha venido a traer, este fuego purificador y nutriente, este amor inmenso, indescriptible, que es la vida celeste. Han sido llamados a algo grande. Tengan siempre ante su mirada esta alta vocación, para trabajar en hacerse dignos de ella.

NO SON HERMANOS PARA USTEDES MISMOS. Retiro a los Hermanos, S VII 2229-2230.

Comprenden mejor la importancia de sus funciones, la santidad de su estado, la naturaleza, la grandeza, la amplitud de sus deberes hacia la Iglesia y sus miembros. Bajo este aspecto puedo compararlos a los sacerdotes. Nosotros no somos sacerdotes para nosotros mismos, ustedes no son hermanos para ustedes mismos. Un simple religioso que se retira al claustro para vivir allí en la soledad, puede quedarse allí o salir sin que resulte un bien o un mal más que para él. Pero la salvación de un hermano, como la de un sacerdote, está unida a la salvación del otro. Cuando el último día estemos delante del tribunal supremo, ¿cuáles serán nuestras disculpas si vemos caer en el infierno una sola alma a la que hubiéramos podido preservar con nuestros cuidados caritativos y con los esfuerzos de nuestro celo?

No miren ya solamente la vocación con relación a sus intereses, sino consideren también los lazos esenciales que su estado les hace contraer con una multitud de niños cuya suerte eterna está, en cierto modo, en sus manos. Miren si quieren que vivan o que mueran y piensen muy bien que al pronunciar su sentencia pronuncian la de ustedes.

ELLA NOS CONJURA QUE VAYAMOS EN SU AYUDA. Inauguración del pequeño seminario de Tréguier, S II 789-91.

Cierto, hermanos míos, de todas las buenas obras, no hay ninguna más meritoria ni más bella que la de dar a la Iglesia sacerdotes, esposos de la Esposa de Jesucristo. De este modo participan en todo el bien que un día harán estos sacerdotes a quienes ustedes habrán alimentado y, por así decir, llevado de la mano al altar, como la ofrenda más agradable al Señor. Si tienen bajo su mirada, hermanos míos, el espectáculo de una familia, de un solo hombre a punto de

perecer por falta de alimentos ¿con qué ardor no acudirías para socorrerle? Pues bien, no es un hombre, no es una familia, son parroquias enteras que languidecen esperando alimento espiritual. Es la miseria de la religión, la sed del santuario que se hacen cada día más profundas y deplorables. Es, en una palabra, la amenaza del profeta que vemos terriblemente cumplida: los niños pequeños piden pan y no hay nadie para partírselo. (...) ¡Ah, hermanos míos! Si no nos damos prisa en aportar algún remedio a los males que asolan a la Iglesia, bien pronto será imposible curarla. Ya, Dios mío, ya parece que estamos destinados a asistir en su lecho de muerte a una cristiandad que expira, a ser testigos de sus angustias, y a mezclar dolorosamente nuestros sudores estériles y fríos de su última agonía. Que el estado en que se encuentra esta Iglesia, cuyas entrañas se han engendrado en Jesucristo, toque sus corazones y despierte su sensibilidad. Ella misma le muestra sus llagas y en el peligro extremo que la amenaza, les llama, a ustedes que son sus hijos, les llama en nombre de todo lo más querido para ustedes para que vayan en su ayuda y para perpetuar en sus familias sus consuelos y sus beneficios. ¿Quieren privarse de ellos? ¿Quieren que sus hijos sean educados sin fe, sin principios, y que, por así decir, desde la cuna la impiedad les cuente sus fábulas y les alimente con mentiras? ¿Quieren ustedes mismos vivir sin instrucción religiosa, sin sacramentos, sin Dios?

DEBEMOS AMAR A LA IGLESIA COMO AMAMOS A JESUCRISTO. A los novicios de la Congregación de S-Méen, S VIII 2497-2502.

Durante el retiro, les he hecho conocer el objetivo que nos habíamos propuesto al fundar la congregación. Nuestra intención, les he dicho, es servir a la Iglesia, no en una sola diócesis, sino en todas aquellas en las que la divina Providencia permita que seamos llamados en adelante; no consagrándonos todos a la misma obra, sino abarcando, según las circunstancias y los medios, todas aquellas que puedan contribuir más a la gloria de Dios y a la santificación de las almas y al triunfo de la verdad.

Lo ven, no hay vocación más alta y más santa que la nuestra, porque no la hay más amplia. Pero más elevada es, más grande es, más exige de nosotros la perfección y la virtud.

Debemos amar a la Iglesia como amamos a Jesucristo de quien es la esposa. No forman más que un mismo cuerpo y una misma carne. Es decir, debemos amarla con todo nuestro corazón, toda nuestra voluntad y todas nuestras fuerzas.

De todo corazón, sentir vivamente sus males, afligirnos con sus derrotas, alegrarnos con sus victorias. Por desgracia, entre sus ministros, qué pocos la aman así. Qué pequeño es el número de aquellos que desean, con un deseo sincero y ardiente, la propagación de la fe, la extinción de los errores, la sumisión de los espíritus soberbios e indóciles, la renovación de la piedad, la conversión de los pueblos. Uno es frío, indiferente ante todo esto, o por lo menos, no presta más que un interés lleno de curiosidad. ¿Qué digo? Nos ocupamos mucho más de un pequeño acontecimiento familiar, de una discusión de parroquia, de un rumor de la ciudad que de la suerte de la religión y de sus combates. Ignoramos igualmente lo que sus enemigos hacen contra ella, y lo que podríamos hacer para defenderla, para extender su reino, adelantar su triunfo, para parar el curso de los escándalos que la desconsuelan. No nos dignamos informarnos si quiera, y a

menudo hemos visto con profundo dolor que los sacerdotes tienen menos celo por el bien y por remediar el mal que los simples laicos.

Si amáramos la Iglesia ¿eso sería así? No, sin duda. Lo mismo que pensamos sin cesar a una persona querida, y que nos afecta, tanto como a ella lo que la suceda, lo mismo la Iglesia es el objeto de todos los pensamientos, de todas las preocupaciones y de toda la solicitud de aquellos que la aman. Sufren cuando ella sufre, lloran cuando llora, se alegran cuando está alegre, porque no tienen más que un solo corazón y una sola alma: *cor unum et anima una*.

¡Nosotros, amemos la Iglesia! Si este amor es tan vivo como puro nos preservará, sea dicho de paso, de un defecto muy común entre los eclesiásticos, y del que las congregaciones religiosas no están exentas. Quiero hablar de la esa miserable envidia que es la fuente de tantos males y que impide tantos bienes. Uno no está contento más que con lo que él hace. No se aprueba, no se alaba más que lo que es hecho por el cuerpo al que se pertenece. Nos entristecemos por el éxito de los otros, y a veces incluso se llega a ponerles obstáculos, porque se les ve como rivales y contrincantes a aquellos que deberíamos ver como colaboradores y hermanos.

Pensemos de modo diferente, tengamos un corazón verdaderamente católico. Que todos aquellos que como nosotros trabajan en extender y agrandar el patrimonio y el reino de Jesucristo nos sean siempre muy queridos. Interesémonos por sus obras y por sus trabajos tanto como por los nuestros. Reconozcamos todos los servicios que hacen a nuestra madre. Y si tienen la suerte de hacerles más grandes que nosotros, en vez de entristecernos, bendigamos a Dios y pidámosle que multiplique por cien a estos obreros llenos de celo. Pidámosle como Moisés que envíe a aquellos que debe enviar, seamos nosotros u otros importa poco con tal que la verdad se extienda, brille, ilumine a todos los espíritus y que la Iglesia sea exaltada. *Mitte quos missurus es*.

En segundo lugar debemos amar a la Iglesia con toda nuestra voluntad, es decir, que es necesario que todas nuestras acciones estén dirigidas a su gloria, que no tengamos otra voluntad que esa, que nada en el mundo pueda hacernos cambiar y que imitemos a Jesucristo, el soberano sacerdote, que habiendo amado a la Iglesia, se ha entregado por ella, nos dice San Pablo: *Christus dilexit Ecclesiam et seipsum tradidit pro ea./.../* Pues bien, si estamos llamados a sufrir por ella, que nuestro valor no tiemble, no nos turbemos sino que digamos con gran alegría: he venido a la congregación para dar testimonio de la verdad y para servir a la Iglesia, que es la columna viviente, por encima de todo, por encima de mi salud y de mi descanso, por encima de mi vida incluso. No tengo otro deseo ni otra voluntad: *ega in hoc natus sum et ad hoc veni ut testimonium perhibeam veritati. /.../*

En fin, debemos amar a la Iglesia con todas nuestras fuerzas, consagrárselas todas, no tener nada nuestro que no sea de ella, no rechazar ningún trabajo por penoso que sea y que pueda ser, cuando se trate de serla útil.

VOZ DEL PAPA – VOZ DE PEDRO. Instrucción pronunciada a Saint-Malo, 1805.
L I 54

Es de fe, y son palabras de un concilio ecuménico, que el Papa es el jefe, el padre y el doctor de todas las iglesias particulares, y que ha recibido, en la persona de San Pedro, pleno poder para apacentar, para dirigir y para gobernar la Iglesia universal, así como viene dicho por los Cánones. Sentado sobre la sede del Príncipe de los Apóstoles está revestido de su autoridad, y en su voz los verdaderos cristianos reconocen siempre la voz de Pedro. Por el contrario, una constante experiencia, desgraciada, nos enseña que aquellos que quieren corromper la doctrina de Jesucristo se esfuerzan al mismo tiempo en disminuir entre los fieles la confianza y el respeto que son debidos al Pontífice que les representa.

ARMADOS CON EL ESCUDO DE LA CIENCIA Y LA ESPADA DE LA DOCTRINA.
Fragmento, Ar. 9. Extractos de los sermones sacados de la Antología M. Doucet, p. 119 à 127.

La teología es la ciencia de Dios, es infinita como su objeto, y la eternidad apenas bastará para penetrar todos los secretos, para escrutar todas sus profundidades.

Dios ha hablado a nuestros padres por sus profetas, nos ha hablado a nosotros por su Hijo, revelando a los hombres sus misterios, les ha dejado todas las verdades que les eran necesarias y quizá todas aquellas cuyo resplandor podían soportar aquí abajo.

Los apóstoles han recogido las palabras de su maestro; los Santos Padres han desarrollado su sentido; y las divinas Escrituras, y las obras de los Padres serán siempre el tesoro de la Iglesia.

Meditándolas, el corazón se ensancha, el espíritu se eleva y se engrandece, todo el hombre se une a Dios, e iluminado por un rayo de la luz eterna, comprende sin esfuerzo las verdades más altas y más fecundas.

Estas verdades, lo confieso, parecen a veces muy abstractas, pero tienen que serlo, porque son generales. Se aplican a todos los objetos de los que la razón humana puede ocuparse y, a menudo, atacando a una sola, se han tambaleado los fundamentos de la misma sociedad.

Es pues un extraño error considerar la teología como una ciencia seca y árida, que no nos ofrece más que distinciones y restricciones, textos y fechas, y de representarse a los teólogos como hombres que hacen de la disputa un juego y trabajan en construir, con argumentos vanos, edificios de palabras.

Pero lo más deplorable, es ver a los mismos sacerdotes, llenos de estos prejuicios que la irreligión tiene tanto interés en extender, ver a estos sacerdotes descuidar el estudio de las santas verdades que deben anunciar y defender, verles cómo miran con piedad a aquellos que conducidos por el espíritu de fe, se arrojan con alegría en estas adorables profundidades, verles cómo hablan con desprecio de esta ciencia sagrada cuyos primeros principios apenas conocen y que debería ser la más dulce ocupación de su vida.

Es un escándalo, es el oprobio de la Iglesia. Y si el error es hoy todopoderoso, si ataca a la fe con tanto orgullo, ¿no es porque los sacerdotes no

están armados como antiguamente con el escudo de la ciencia y con la espada de la doctrina?

Me asustaría menos de este debilitamiento de los estudios eclesiásticos si se estuviese más asustado; pero no, los sacerdotes de los que hablo para justificar su ignorancia pretenden que es inútil aprender algo.

¿Cuál es el resultado? Pues que cuando atacan delante de ellos un punto de fe, están obligados a guardar silencio, un silencio que mancha sus labios, o si hablan, los que escuchan lo que dicen y que saben lo que habría o debería decirse lamentan que no se hayan callado.

RELACIONES CON LOS NIÑOS Y JÓVENES

Juan María ha sido una persona apasionada por la gloria de Dios y la salvación de los niños y jóvenes. Esas han sido sus pasiones. A ellas se ha entregado en cuerpo y alma. A ellas ha entregado su ilusión y sus fuerzas.

Leyendo las cartas vemos la actividad ingente que desplegaba, cómo sabía involucrar a otras personas y colaborar con ellas; cómo le gustaba dar los retiros a los niños (más bien jóvenes); cómo se ilusionaba con los grupos de congreganistas. Vivía todo esto sin reparar en fracasos ni cansancios.

Leyendo las cartas vemos cómo ha transmitido su doble pasión a los Hermanos; cómo les ha educado para que de verdad sólo busquen la gloria de Dios y la salvación de los niños y jóvenes; cómo les animaba en los momentos de dificultad y cansancio.

Al leer las cartas podemos preguntarnos:

- ✓ ¿Con quiénes comparto vida?
- ✓ De las distintas relaciones que establezco, ¿cuáles me llenan de vida?
- ✓ ¿A qué dedico el tiempo, las fuerzas, la ilusión?
- ✓ ¿Cómo reacciono ante las dificultades y los fracasos?
- ✓ ¿Cómo es el celo? ¿Desarreglado? ¿Muerto y frío?
- ✓ ¿Cuáles son las verdaderas pasiones?
- ✓ ¿Qué es lo que de verdad busco en la misión?

CÓMO LAS VIVÍA JUAN MARÍA

CARTA A QUERRET, 16 de febrero de 1818.

Lo que me dices de las consecuencias que ha tenido la misión no me sorprende. El único bien duradero que podía hacer en San Malo era la creación de un grupo de congreganistas. Langrez me ha escrito cosas bonitas sobre el grupo de los jóvenes. Pero dentro de un año ¿qué quedará de todo eso? Dios mío, cómo me entristece ese pensamiento. Pobre país. Esta tierra de santos se convertirá dentro de muy poco en un campo cubierto completamente de espinas de impiedad ¿y a qué se debe eso?, ¿lo sabes? Sea lo que sea esperemos que las semillas que se han sembrado ahora en el fondo de los corazones permanezcan durante un cierto tiempo y que quizá un día germinen y se desarrollen gracias a los cuidados de aquellos a quienes se ha confiado cultivar esta desgraciada tierra. Me gusta alejar de mí estos siniestros presentimientos a los cuales me entregaba involuntariamente ahora mismo. Te hablaré personalmente.

Mira el sello de mi congregación (de jóvenes), deberías hacerte uno parecido para la tuya. Dime cómo la organizas, detalles, detalles. Si uno deja que se enfríen las primeras impresiones no habrás tenido más que un bonito sueño.

Es cierto que Mons Grimouville me ha escrito una carta muy honesta, pero he echado raíces en Saint Brieu. Más avanzo y más se fortalecen los lazos que me unen a esta ciudad. Desde el comienzo de la cuaresma confieso mañana y tarde. Esta procesión de hombres y de jóvenes me agrada de modo especial. Cada día nuestro colegio mejora. No puedes hacerte idea de la piedad, del fervor, del celo de mis congreganistas. Son unos ángeles. No abandonaré a estos niños que me son tan queridos.

El carnaval ha pasado bien. Nada de baile, algunas danzas furtivas en las casas, pero en pequeño número y sin ruido, no se atreven, es tan profundo el recuerdo de la misión que no ha habido más que una pequeña reunión en Legué, es decir, a media legua de la ciudad, fuera de la parroquia. Era una comida de unas treinta personas.

Totus tuus in Xto.

CARTA AL HNO. Laurent HAUDRY, 18 Febrero 1824

D+S

Mi querido hermano

Solo tengo un momento para anunciarte que estaré en Quintin el viernes 27 de este mes, durante la tarde. He avisado a los Hnos de Louguernevel de que vayan allí, pero te pido que des el mismo recado a los Hermanos Jacinto, Donato, Fulgencio, Germán, Esteban y Miguel. No tardes para que tu carta llegue a tiempo.

Visitaré vuestras clases y daré imágenes a los niños. Cada Hermano me dará cuenta de conciencia en particular de lo que le concierne como está dicho en el reglamento que os he leído durante el retiro

Dormiré en el noviciado en la pequeña habitación donde hay una cama.

Hasta pronto, mis querido hijos, tengo ganas de veros y abrazaros.

CARTA A FELI, 11 Septiembre de 1829

El pensionado de Ploërmel ha aumentado de nuevo, daré un retiro de cuatro días, la semana próxima, a estos excelentes niños. Voy a hacer que venga Le Brec de Rennes para que me ayude porque yo no podría hacerlo solo.

CARTA AL HNO AMBROSIO, 8 de octubre de 1830

Mi querido hijo.

Hemos dado la semana pasada el retiro a los niños de Ploërmel. Han estado piadosos como los ángeles.

Te abrazo tiernamente.

CARTA A DUVAL, PÁRROCO DE CANCAL, 21 de septiembre de 1832

Mi querido amigo

Comparto muy sincera y vivamente tu alegría. No dudo que el buen Dios bendecirá cada vez más tu obra, o mejor la suya.

Mi intención es ir a verte la primera semana de enero pero no podré ir para el segundo domingo de este mes, lo siento, porque esto cambiaría un programa ya hecho y que no puedo cambiar.

Acabo de llegar de París donde he pasado un mes esperando una audiencia con el Sr. Guizot que estaba enfermo. Me ha recibido muy bien y me ha prometido ayuda y socorro para mis establecimientos. Cuando te decidas a construir podrás dirigirte a él con confianza, de acuerdo con el alcalde, yo te explicaré de viva voz la manera de tener éxito.

Verás como el retiro de tus niños producirá maravillosos efectos. El que yo he dado a Saint Servan ha tenido un éxito del que estamos maravillados.

Hasta pronto mi buen amigo, te abrazo tiernamente de antemano

CARTA AL HNO AMBROSIO, 8 de febrero de 1833

Mi muy querido hijo

Mañana comenzaremos aquí el retiro de los niños que acabará el miércoles. El jueves iré a Rennes, el sábado a Saint Méen, el lunes siguiente a Dinan, el sábado estaré en Saint Briec de donde partiré el 25 para la Baja Bretaña. Es muy probable que comience mi visita por Guingamp.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO MARCEL DESCHAMPS, 2 de febrero de 1834

Mi querido hermano

Comenzaremos el retiro de los niños de Fougères el lunes al mediodía, hacia las tres. Si el joven del que me hablas quiere hacerle sería una buena preparación para el noviciado. Si no que venga el jueves o el viernes próximo y yo le conduciré en mi coche el sábado.

CARTA A RUAULT, 3 de noviembre de 1834

Mi querido amigo.

Tengo un montón de cosas que decirte. Comencemos en seguida por el comienzo. A la carta de Coedro que me has mandado le he respondido con esta carta que es bueno que conserves (Carta del 31 de octubre de 1834).

Voy a dar solo el retiro en el Colegio de San Malo, pero no es todo. El obispo de Saint Brieuç ha venido en persona a casa de los hermanos de Dinan para decirles que estaba encantado con el proyecto de retiro para los niños, que daba todos los permisos y que él quería participar en el mismo, porque, añadía hablando de mí, es necesario ayudarle, él nos presta muchos servicios. Todos los sacerdotes de Dinan, los de Cordeliers incluidos, han ofrecido igualmente sus servicios, con un celo lleno de entrega. Estos ejercicios comenzarán el 17 de este mes y ves que no puedo rehusarme, porque la conducta de unos hace de feliz contrapeso con la conducta de los otros, de lo que espero que Dios obtendrá gloria.

El único inconveniente que encuentro es el retraso de mi vuelta a Ploërmel y por consiguiente de mi viaje a París. ¿Qué quieres? La Providencia arregla así las cosas y ella tiene sin duda sus razones para ello, y sus razones son la razón suprema.

CARTA A RUAULT, 23 febrero de 1835

Mi querido amigo

Tendremos necesidad de un hermano para la clase pequeña de Dinan. Prevé al Hno. Ignacio. El Sr. Lollivier no vendrá más que después de mi vuelta. Mi retiro va muy bien. No he confesado todavía más que 128 niños. Estoy aquí desde el viernes por la tarde, es decir que he hecho la ruta de Trémignon a Fougères (17 leguas) en un día con un tiempo y camino desastrosos. Eran las 8 de la tarde cuando viajaba del coche. Los pobres caballos estaban extenuados.

CARTA A RUAULT, 12 agosto de 1836

Mi querido amigo

El atentado de mi pobre sobrino no ha tenido las consecuencias que eran de temer. Está fuera de peligro, pero me siento en la obligación de ir hoy a Trémignon. Volveré a Dinan mañana por la tarde. El domingo por la mañana iré a Plouer para la distribución de premios, a causa del Rector, que nos ha ayudado y continuará ayudándonos, para el retiro de nuestros niños de Dinan. Por la tarde iré a dormir donde Marion para arreglar algunos asuntos de la Chesnais. El

lunes, estando en Pleudihen, no puedo dispensarme de presidir la distribución de premios a los alumnos de los hermanos. No creo que pueda marchar el martes, lo lamento pero no podré hacerlo antes del miércoles.

CARTA A RUAULT, 1 octubre de 1836

Mi querido amigo

 Escribe también, por favor, al Rector de Plouhinec

 El sacerdote K/moalquin ha pasado por Dinan con M(m)e K/tanguy : a ella no la he visto pues se ha quedado en el albergue y no he osado ir a verla allí. Estaba lejos y sólo podría haberme quedado unos instantes. Pero el sacerdote K/moalquin ha venido a casa y he hablado un cuarto de hora con él. Hemos quedado de acuerdo para que me ayude a dar el retiro a nuestros niños de Dinan. Por lo tanto he retrasado la fecha a causa de esto. El retiro comenzará el 20 de este mes y acabará el 24. El 25 ó 26 yo volveré a Ploërmel donde podemos comenzar el retiro de nuestros niños el 30, si le va bien a Lollivier. Yo partiré el sábado para Saint Briec y me quedaré el domingo. De allí iré a Quintin, Guingamp, Lannion y Treguier, lo que me llevará 8 ó 10 días y volveré enseguida aquí. Espero llegar el 18.

CARTA A RUAULT, 19 septiembre 1837

Querido amigo

 Mi intención es que el retiro de los niños de Ploërmel comience el martes 2 o el miércoles 3 de enero. El de Malestroit comenzará el martes de la semana siguiente. Previene a los que sea necesario.

CARTA A LUCINIÈRE, 24 de julio de 1834

 Adiós mi excelente amiga. Conoces mis tiernos sentimientos para contigo y me alegro de ello pues me sería imposible expresárteles.

 Mañana voy a Moncontour y Saint-Briec para una distribución de premios de las niñas. Tengo 6 ó 7 ceremonias de éstas que presidir en estos quince días. Qué dulces me eran los años pasados. Este año serán para mí un suplicio.

CARTA A LUCINIÈRE, 21 febrero de 1835

 En espera voy, a través los campos, fundando nuevas escuelas, y dando retiros a mis pequeños y muy queridos niños. Mañana comienzo uno aquí y el 25 de marzo, comenzaré otro en Guingamp. No hay nada que me refresque tanto el alma como estos piadosos y emocionantes ejercicios. Estar en medio de los niños es vivir ya con los ángeles. Es en cierto modo como vivir en el cielo.

 Ayer he estado en Trémignon donde se habló de ti. No te contaré todo lo que dijeron Marie-Ange y Augustine Blaize, ¡ah! si lo supieras. Es necesario que te deje para volver a mis corderos, hay varios en la puerta que arañan la puerta

para advertirme que quieren confesarse, aunque sea mañana cuando del retiro. ¡Ah! Mis pequeños corderos, entren, la Sra. Lucinière les da permiso.

CARTA A LUCINIÈRE, 24 de enero de 1841

Mi muy querida y respetable amiga

La publicación de ese desgraciado libro acaba de romper mi corazón. Es como un golpe de martillo que cae sobre mis llagas en sangre viva. ¿Después de esto que cabe esperar? Mira al pobre Feli en el fondo del abismo, no creyendo ya ni en Jesucristo, ni en sus méritos, ni en sus palabras, ni en sus milagros ni en su gracia. Esto me hace temblar. Dios mío, qué caída, qué terrible castigo del orgullo. Mis consejos no han faltado en Trémignos. Hoy mismo he escrito de nuevo, y con más fuerza que nunca. Ange está ya perdido. Temo por Jacinto, y quisiera que por fin se le dijese las cosas como yo ya le he aconsejado varias veces. Marie-Ange y Augustine están seguras y tengo la confianza que seguirán así. Lo mismo sucede con mi excelente hermana, que aunque muy afligida por el pobre Feli en prisión lo es más por su increíble apostasía.

El obispo de Saint Briec sigue muy mal y los médicos no tienen ninguna esperanza de curación. Tendrás noticia de su muerte de un momento a otro porque no tiene remedio. No puede ni tragar ni hablar.

Y tú también sufres. Por favor, di a esa villana gota que se aleje de ti y envíamela. Yo la recibiré a gusto y estaré contento librándote de ella. Mientras tanto voy a viajar. Mañana parto para Guérande. Dentro de 8 días volveré a Ploërmel y la semana siguiente iré a Vitré para dar un retiro a los niños. Estos retiros son mi delicia. Ellos me descansan y consuelan más de lo que puedo decir. Este es el tercero desde el comienzo del año de gracia de 1841.

COMO EDUCABA Y ANIMABA A LOS HERMANOS

CARTA AL HERMANO HYACINTHE FICHOUX, 19 de febrero de 1842

Muy querido hijo

Un grande paquete de cartas ha salido de Ploërmel para las Antillas. Contiene una para ti de tu antiguo Rector, pero no he podido añadir una mía porque me faltaba el tiempo. Me voy a quedar aquí un día entero para poner al día mi correspondencia que está muy atrasada, aunque no pierdo el tiempo, me parece. Pero más adelante voy, más las cosas y los problemas se multiplican. Dios sea bendito.

Te agradezco los detalles que me has dado sobre tu retiro y sobre la ceremonia que ha tenido lugar al comienzo de las clases. Todo ello me ha edificado y consolado muchísimo. Doy gracias a Dios, autor de todo bien, y le pido desde el fondo de mi corazón que multiplique sus bendiciones sobre una obra tan importante para su gloria. Continúa, mi querido hijo, trabajando en ella con ánimo y con una entrega que nada teme. Sin duda la muerte de tantos hermanos en tan poco tiempo es una experiencia muy dolorosa. Pero es necesario que la fe te consuele y te afiance cada vez más en la decisión de perseverar hasta el fin. Lo que me dices de la piedad de tus niños y del cariño

que te muestran en el país, me llena de alegría y endulza la pena que experimento por la muerte de tantos hermanos que han partido de repente. Quiero creerlo, han ido al cielo y rezan por nosotros.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO GÉRARD LE TEXIER, 29 de abril de 1843

Mi querido hermano:

Estoy encantado de todo lo que dices de la primera comunión de nuestros tan queridos niños. Mira la respuesta que he dado a los que me han escrito (carta del fundador a los niños)

Ves como el buen Dios bendice nuestros trabajos, y eso debe animarnos y redoblar nuestro celo.

Apruebo el modo como te has conducido para alojar a los niños durante el retiro, hubiese sido un fastidio si este modo de proceder no se hubiese establecido. Ahora que ya lo está, no habrá problemas en casos parecidos, la base está puesta.

Te confieso que cada día soy menos sensible a las tribulaciones que experimento con ocasión de nuestras obras porque estas tribulaciones no son nada en comparación con el bien que se hace. Veo el resultado y doy gracias a Dios por haberme encontrado digno de sufrir algo por su gloria. En Senegal todo va de maravilla, los mismos administradores se felicitan por el éxito de nuestros hermanos. En San Pedro nuestra escuela ofrece ya servicios tales que el Ministro quiere que yo envíe dos nuevos hermanos para Miquelón. En Cayenne los hermanos han sido acogidos con tanta más alegría cuanto con más impaciencia les esperaban. La misión de las Antillas ha sido la más agitada. Han sufrido grandes miserias, pero ven que a pesar de todo la obra camina y hoy mejor que nunca. Tengamos confianza y no nos turbemos por los golpes de viento.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HNO HYACINTHE LE FICHO, 8 de junio de 1843

Mi querido hermano

Apruebo completamente la pequeña asociación que has creado en honor de la Santísima Virgen y espero que el buen Dios saque mucha gloria de ella. Continúa ocupándote de ella con celo y nuestro Señor continuará bendiciendo lo que haces para aumentar el número de fieles y servidores de su madre.

No solamente yo he leído, sino todos nuestros hermanos han leído con el mayor interés los detalles que tú das sobre la ceremonia de la primera comunión que ha tenido lugar recientemente en la Basse Terre y sobre el retiro que la ha precedido. Ojalá todos los que han recibido tal gracia la conserven siempre. Es cierto que el mejor medio para no perderla es ponerse bajo la protección de María y dedicarse con amor a su culto. Cuando haya un envío de hermanos para las Antillas, es decir en el mes de octubre, comprometeré a nuestro jóvenes

congreganistas del internado a que les envíen un cierto número de sus bellas imágenes, en cuyo pie está imprimida la fórmula de consagración. El precio me parece que es de 1f 50c cada una. Pienso que este gasto, aunque es un poco fuerte, no es tanto para tu país y podrán devolver a nuestros niños el adelanto que hacen por los suyos.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HNO LIGUORI-MARIE LANGLUMÉ, 20 de octubre de 1847

Mi muy querido hermano.

Después de haber sido probados el buen Dios bendice su establecimiento de modo admirable. Es necesario darle gracias, pero no olvides de darle toda la gloria por este éxito y no caigas en la tentación de vanidad. Sería perder el mérito del bien que puedes hacer. Veo gustosamente los progresos de tus niños en las ciencias humanas. Sin embargo lo que deseo por encima de todo es saber que hacen más progreso aún en la ciencia de los santos. Tienes que darles no sólo la instrucción sino también la educación cristiana. Que ese sea el objetivo principal de tus preocupaciones y de tus trabajos. Reza mucho por ellos. En el retiro que acabas de hacer te habrás penetrado, sin duda, de espíritu apostólico, es decir de un celo ardiente por la santificación de estos pobres niños hacia los cuales Dios te envía.

Han llegado este mes tres jóvenes criollos de la Martinica. Me parecen inteligentes y muy piadosos. Espero otros, uno de ellos el hermano de nuestro pequeño y excelente hermano Léobard, originario también de la Martinica.

El día 14 se han embarcado en Brest 13 hermanos destinados a Cayenne y 9 para las Antillas. En Guadalupe y la Martinica los hermanos van a dar el catecismo a los esclavos en las plantaciones, hacen maravillas. El Gobierno proporciona los caballos, pero no es todavía más que una obra empezada, se desarrollará rápidamente, espero.

Te abrazo tiernamente en Nuestro señor, mi querido hijo.

CARTA AL HNO ANDRE LABOUSSE, 24 de mayo de 1824

Mi muy querido hermano.

¿Cuándo serás totalmente de Dios? ¿Por qué rehúsas ofrecerle esos pequeños sacrificios que te pide? ¿Qué son?, algunas palabras inútiles, esos juegos de niños, he ahí todo a lo que te cuesta renunciar. Mi querido André, ten más ánimo y más fuerza. No contristes al Espíritu Santo con tus infidelidades continuas que le impiden llenarte abundantemente con sus dones y gracias. Sé lo que debes ser y lo que quieres ser, es decir, un verdadero religioso y entonces gozarás en el fondo del alma de consuelo, de paz y de toda la alegría celeste.

No dejes de ir a clase a la hora establecida, cuando suena la campana, es la voz de Dios que te llama en medio de sus hijos, que son también los tuyos. Obedece al instante. Espero no tener que darte más que ánimos durante el retiro. ¿No te he reñido ya bastante? Cuanto te quiero, mi querido hijo, tengo un gran deseo de contribuir a tu santificación y a tu dicha.

Adiós, mi querido André, te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO POLYCARPE OLLIVIER, 14 de abril de 1841

Mi querido hermano

Lamento que tus niños no te den más consuelo este año. No pierdas el ánimo por eso sino que redobla tu celo. Dedicarte sobre todo a inspirarles el espíritu de piedad e intenta que vayan perdiendo el excesivo gusto por el juego que tienen. Estoy contento de que hayan tenido la caridad de poner una estufa en tu clase durante el invierno. Los niños no pueden trabajar cuando tienen sus pequeñas manos heladas.

Mañana salgo para hacer una gira por Côtes du Nord y de allí me propongo pasar a Finisterre. Te veré dentro de muy poco. Ofrece de antemano mis saludos a los sacerdotes de Ploujean et a K/ranroux.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HNO GÉRARD LE TEXIER, 1 de junio de 1841

Mi muy querido hijo.

Acabo de escribir tantas cartas que no puedo contarlas con los dedos de las dos manos, tendría necesidad de una tercera mano. Sin embargo no quiero que el gran paquete sea echado al correo sin poner una pequeña palabra para ti, a quien quiero tanto.

Si vas a la Trinidad, como todo parece suponer, vete con espíritu de fe, de humildad, de celo, no buscando más que la gloria de Dios y la salvación de los niños. Recuerda lo que dijiste al pie del altar cuando se te preguntó antes de hacer tus votos, acerca de tus intenciones y deseos.

Te abrazo con un corazón de Padre.

INSTRUCCION A LOS HERMANOS DE SAN PEDRO Y MIQUELON 1842

IX. Se dedicarán de modo especial en sus clases a instruir a los niños en la religión y a inspirarles una verdadera y sólida piedad. Procurarán que sus alumnos se acerquen regularmente a los sacramentos y les prepararán con celo para recibirlos. Los hermanos verán este deber como el primero de todos y como el objetivo principal de su misión.

CARTA AL HNO HYACINTHE LE FICHOU, 28 de octubre de 1843

Mi muy querido hermano.

Los detalles que me has dado sobre los ejercicios tenidos en la capilla para preparar a los niños y a los adultos para recibir los sacramentos, me han edificado mucho y doy gracias a Dios por el celo que te inspira por la salvación de estos niños que te son confiados. ¡Qué sublime es tu misión!

Ojalá sientas cada vez más su grandeza y no descuides nada para hacerte digno de realizarla bien. Cuando puedas, no dejes de hacerme un fiel relato de tus trabajos para que nos unamos a ti para pedir al buen Dios que te bendiga. Por tu lado, pide al Señor que bendiga los nuestros. Tus hermanos de Francia tienen de qué dar gracias a la Providencia, porque aquí todo va bien. Lamentamos no tener sujetos suficientes aunque este año ha venido un bonito número.

Te abrazo muy cordialmente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO ÉLISÉE DUPAS, 14 de enero de 1849

Mi muy querido hermano

Es muy cierto que tienes demasiado trabajo, pero es culpa tuya. Te he dicho muy a menudo que no deberías tener en tu clase más de 75 o 80 niños y tú admites más de 100, es decir, muchos más de los que puedes instruir bien. De aquí se siguen graves inconvenientes, tu celo no está en regla. Toma la decisión de rechazar a los niños que se presenten, cuando el número de los niños que tienes es razonable y completo.

Te permito que te compres una sotana.

Recomiendo a tus oraciones al muy querido hermano Agathange, muerto en Cayenne el último 18 de octubre. Su muerte como su vida ha sido muy edificante.

Te deseo un buen y santo año y te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO ABEL LUCAS, 3 de junio de 1849

Mi muy querido hermano

Tengo el dolor de anunciarte la muerte de nuestro hermano Ange-Marie, murió ayer y su entierro ha sido esta mañana. ¡Qué bella y santa muerte! Cuando vengas aquí te contarán los detalles. El hermano Ange antes de morir me ha pedido que te dé su reloj como recuerdo. Se lo he consentido. Cuando vengas al retiró se te dará el reloj y tú dejarás el tuyo aquí.

Los desórdenes que reinan en Plouha son muy doloros, sin duda. Es una razón de más para que trabajes con celo en inspirar a los niños el espíritu de piedad. No te desanimes sino que pon más que nunca toda tu confianza en Dios solo.

Te abrazo muy cordialmente.

CARTA AL HNO EPHREM JÉGOREL, 12 de septiembre de 1849

Mi muy querido hermano

No he sido fiel en escribirte, es cierto, pero también lo es que mi deplorable estado de salud me ha obligado durante largo tiempo a suspender casi completamente mi correspondencia.

Todavía hoy, aunque estoy mejor, escribo con dificultad. Lamento que tu escuela no sea más numerosa y que los padres no tengan más interés en que sus hijos sean instruidos cristianamente. Pero intenta, y lo mismo el hermano Noel, dedicarte a los niños con gran celo, con espíritu de fe. Piensa que Jesucristo ha derramado su sangre por la salvación de estos pobres niños que te son confiados.

CARTA AL SACERDOTE MENDEC, VICARIO DE PLOUVORN, 10 de abril de 1850

Respetable cohermano

Te agradezco el haberme informado de la enfermedad del hermano Zoel y te pido insistentemente que no tardes en darme noticias tuyas. Hasta que no las reciba estaré muy inquieto. Es cierto que se cansa demasiado y si queremos conservarle en Plouvorn es indispensable que tenga una ayuda porque su escuela es muy numerosa para un solo hermano. Todo lo que yo le podría decir para que modere su celo sería inútil, mientras tenga en clase una multitud de niños que necesitan cuidados y a los que no bastaría con dos hermanos para dárselos.

Estaré obligado a disminuir el número antes que vuelva a tomar sus funciones, de otro modo sucumbiría en muy poco tiempo. Ojalá Dios nos conserve a este excelente hermano.

LA SABIDURÍA DE LA CRUZ

“Pues la predicación de la cruz es una necesidad para los que se pierden; mas para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios...”

Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” 1ª Cor. 1,18.23-24

La sabiduría de la cruz es saber vivir en todo la voluntad de Dios: “Padre todo está cumplido” Jn.19, 30

La cruz se hace presente en nuestra vida en muchas circunstancias y de muy diferentes maneras. ¿Cómo vivió Juan María esta sabiduría de la cruz y cómo nos ha enseñado a vivirla?

Juan María como Abraham supo hacer el sacrificio de Isaac, cuando Dios se lo pide.

Para reflexión y ahondar

- ✓ ¿Vivió Juan María sus proyectos buscando en todo la voluntad de Dios o se buscaba a sí mismo?
- ✓ ¿Abrazaba los proyectos que le agradaban y dejaba de lado los que le suponían trabajo y sufrimiento?
- ✓ ¿Buscaba proyectos en los que él podía brillar y dejaba de lado los proyectos oscuros?
- ✓ ¿Cómo vivió el fracaso de proyectos tan acariciados y que con tanta ilusión había preparado?
- ✓ ¿Cuáles eran los criterios que utilizaba Juan María y los que utilizas tú para romper o estrechar lazos?
- ✓ ¿Vives inquieto haciendo previsiones en todo?
- ✓ ¿Vives las situaciones con una actitud victimista y lamentándote de todo?
- ✓ ¿Sientes que Dios te invita a abrazar algún proyecto en particular y le andas dando “largas” a la cosa? ¿Qué?

ABRAZAR PROYECTOS

A QUERRET, 16 de enero de 1815

Querido amigo

Con qué placer he leído esta carta dictada por tu corazón. Cómo me gustaría poder echarme en tus brazos. Las lágrimas que hubiese derramado sobre tu hombro hubiesen sido menos amargas. Pero este consuelo se me ha quitado, es necesario que yo permanezca y que viva sobre la cruz: es necesario que me alimente y quite la sed con mi dolor. Que mi mano se seque antes de romper los lazos sagrados que me unen en este momento a un lugar que todo me recuerda. El honor, la conciencia me imponen no abandonar la diócesis, por lo menos hasta que no haya al frente de ella uno para gobernarla. Lo miro como un depósito sobre el cual debo velar, en el lugar de ese pobre difunto que me la ha encomendado tantas veces como el objeto más querido por su ternura. No me hago ilusiones sobre el peso de esta carga, pero mayor es, mayor razón para esperar que Dios me asista. No forma parte de mi carácter huir el día del combate. Tengo tres colegas, es cierto, pero solo Manoir entiende algo de estos asuntos. Los otros dos adornarán nuestras cartas con sus firmas. Por otra parte son excelentes personas, y espero poder mantener todo en el estado en que lo encuentro, es decir en el orden más perfecto y en la paz más profunda.

Mi alma está llena de angustias. A cualquier parte que dirija mi mirada, siento que las espinas desgarran mi cabeza. Pero nada de lamentarme, piensa en la corona con la que Jesucristo ha querido cubrir su cabeza.

No tengo hoy humor para entrar en los detalles de la enfermedad del digno obispo que lloramos, nada hay más edificante y consolador, todo es divino, pero de verdad me duele el hablar de ello y más aún escribir. Sin embargo te mando una pequeña circular que ha sido impresa y distribuida en 24 horas, era necesario ir tan rápido como la muerte. Da uno de los dos ejemplares a Coussin, sin intentar expresarle mis sentimientos, pues no serías capaz.

Escribe a Bruté para la suma de la cuenta de Jausions, o si lo prefieres le escribo yo. Mi mano es tuya lo mismo que mi corazón. ¿Estás contento de Agustín? Abrázale por mí, él sabe cómo le quiero.

Mis mejores afectos para el párroco, para Morin, Langrez, Roger.

A ti no te digo que me quieras, pues sé que no hace falta decirlo.

Entre las cosas que me entristecen, hay una que me afecta de modo especial, es ver al pobre Feli hundirse cada vez más en una triste melancolía. Me alegro que no haya estado aquí la semana pasada porque hubiese sufrido mucho. ¿Pero qué hace en la Chesnais? Su imaginación se alimenta de dolores...

A ANGE BLAIZE, 16 de enero de 1815

Mi querido Ange, mi querida María

Me aman con un solo corazón. No les escribiré más que una sola carta para agradecerles las dos ustedes. Cuanto bien me han hecho. Cómo me agrada

lo que me decís y el modo de decirlo. He llorado mucho, mis queridos amigos, desde hace seis días y lloraré por mucho tiempo. Dios sea bendito. Todo esto no es más que una prueba de su amor. Es necesario alabarle siempre, y no tener otra voluntad que la suya. Vean como me prueba. Vivo desde hace tres años en medio de ruinas, una desgracia parece llamar a otra mayor. Es una observación, no lo lamento. La vida no es más que una mala noche, volveremos a encontrar la alegría al levantarnos con la aurora.

Les mando mi circular. Es mía pues yo la he hecho y firmado. He aceptado el puesto de gran Vicario, durante el tiempo de vacío de la Sede, que los canónigos me han ofrecido unánimemente. No esperaban que me quedase, “pero, me han dicho, queremos por lo menos que esté seguro que le estimamos de corazón”. Somos cuatro los que tenemos el mismo título. Uno me ayudará, es Manoir, una excelente persona muy unida a mí. Los otros dos firmarán, algo es algo. Floyd es la virtud cargada con ochenta años. Boulard no tiene más que setenta años pero es el gran chantre. Nos arreglaremos perfectamente y que la administración vaya lo mejor posible en una diócesis que no tiene un jefe único. Es una obra abnegada y no he podido rehusar colaborar. ¿Qué será de mí después? No sé nada y no quiere hacer provisiones. Me arrojo con los ojos cerrados en el seno de la Providencia.

Todo mi afecto para la querida Villemain. No, nunca haremos demasiado por ella. Vielle ha sido muy sensible a tu saludo, querida María. Lloramos juntos, así nuestras lágrimas son menos amargas.

Adiós Ange, adiós María, abraza a los niños de parte de su tío Juan que les ama como les ama a ustedes, es decir con todas las fuerzas de su pobre corazón roto.

A QUERRET, 10 de abril de 1824

Excelente amigo,

Consuélate, las cosas no están en el punto que crees, si fuese así yo sería demasiado feliz, porque no tengo más deseo ni más ambición que la de volver lo antes posible a Bretaña, y volver a ser el pequeño Juan como antes. Pero el Gran Capellán habiéndome dado el título de Gran Vicario de Rouen, se sigue de ello que soy el Vicario General del Arzobispo de Rouen, Gran Capellán de Francia, en lugar de serlo del Gran Capellán de Francia, Arzobispo de Rouen... sea lo que sea y dado que nada ha cambiado de mi posición real, soy de la opinión de aquellos que piensan que yo estaría mucho mejor colocado en Bretaña que aquí y espero que la Providencia favorezca mi retiro definitivo. Yo mismo adelantaría esta ruptura si no estuviese decidido desde hace mucho tiempo a dejarla obrar a ella sola en todo lo que me concierne. Permanezco dormido en su seno como un niño pequeño y cuando llegue el momento de despertar diré desde el fondo de mi corazón a mi buena madre: ecce venio ut faciam voluntatem tuam. Mientras tanto estoy muy bien. Nunca el Gran Capellán había estado mejor y más amable conmigo.

He animado a Feli a hacer el viaje a Suiza, porque se ha presentado una ocasión única para ello. Ha llegado a Ginebra bien, pero un poco cansado por el viaje. Estoy persuadido que a su vuelta se encontrará infinitamente mejor.

He entregado tu anuncio al Drapeau blanco, pero ha sido necesario entregar los dos ejemplares de tu aritmética, de modo que no me queda ninguno para el Memorial. Envíame otros dos en la primera ocasión.

No me olvido del otro asunto tuyo, lo tengo muy a pecho.

Se lamentan del precio de nuestra pequeña aritmética. Creo que sería conveniente bajar el precio y venderla a 10 ó 12 céntimos a los escolares.

Adiós mi digno amigo, mis mejores deseos para todos los señores de Saint-Malo. Te abrazo y te quiero con toda mi alma.

LETTRE 185. A Mlle Sainte Marie JALLOBERT DE MONVILLE. St Brieuc le 27
Janvier 1815

Que se haga la voluntad de Dios, querida hija, eso es lo que debemos decir en todo momento y de un modo especial cuando le plazca al Señor que suframos y lloremos. Mis lágrimas en este momento son muy amargas. He perdido un amigo, un hermano. Pierdo todo y me quedo como responsable, en gran parte, de la administración de esta inmensa diócesis en la que todo me recuerda, a cada instante, a aquél que lloro. Estoy sobre la cruz, mi cabeza reposa sobre espinas. Dios lo quiere, hija mía, no nos desolemos, Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y nunca nos da muestras más seguras que cuando pone nuestra alma bajo esta prensa en la que la suya ha desfallecido. ¿Qué decía, querida hija, en este momento de angustia? Se prosternaba delante de su Padre, adoraba su voluntad y no tenía otra voluntad que la de cumplirla. Así debemos nosotros bendecir en todo momento la Providencia y cantar el cántico de acción de gracias que los ángeles repiten eternamente delante del trono del Cordero.

Aplícate a ti misma, querida hija, estas reflexiones. El buen Dios nos prueba desde hace mucho tiempo, tu corazón está oprimido por el dolor, pero son lazos de amor y cuando estás en sequedad no es más que la prueba por la cual serás cada vez más purificada. Por lo tanto conserva en el fondo de tu alma esta paz íntima y profunda, busca en Dios y en Dios solo el consuelo de tus penas, Él no te prohíbe gustar su alegría cuando te la da, pero únete, si puedo expresarme así, más a Él que a sus dones.

Tienes la suerte de ser dirigida por un hombre que te enseña a practicar la humildad más con sus ejemplos que lo que yo podría hacer con mis discursos. Te comprometo a aprovechar sus lecciones y a hablarle siempre con perfecta confianza. Sé que no depende, a veces, sólo de ti el expresarte libremente. Cuando experimentes esa especie de impotencia no te canses con vanos esfuerzos. Espera que Dios desate tu lengua y humíllate pensando que tu estado es el de un niño pequeño que apenas balbucea y no puede más que dar gritos. Así, todo se convierte para ti en sujeto de humillación, un medio para conquistar esta bella virtud que es el fundamento de todas las demás. Sírvete para esto incluso de tus faltas, abájate, abájate más aun, entra en las profundidades de tu nada, hija mía, es en el fondo de este abismo que encontrarás la paz de Dios, esta paz que sobrepasa todo sentimiento y que es una preguatación de las alegrías inmortales que se nos han prometido.

No dudes, hija mía, en dirigirte a mí en tus preocupaciones. Tengo para contigo un corazón y entrañas de padre. Si puedo serte útil en algo, eso me haría muy feliz.

EL FRACASO DE PROYECTOS ACARICIADOS

El Señor pide a Abraham que sacrifique a Isaac, el hijo de la promesa que el mismo le había concedido. A veces los proyectos más acariciados fracasan. Es el Señor que nos pide el sacrificio de Isaac para ver si Él sigue siendo el centro de nuestra vida.

A COEDRO, 27 de septiembre de 1834

Mi querido amigo,

Te ruego que digas a Dinomais de no volver a llamar al juzgado de Rennes, ¿qué ganaríamos con ello? Sería un escándalo de nunca acabar. Por otra parte no tengo miedo de esta sentencia, sabiendo todo el mundo que es una persecución más. Por otra parte, al que buscamos defender, y que creo inocente, no se conduce de modo que me inspire gran interés.

Nunca, querido amigo, me ha sucedido, y con la gracia de Dios, no me sucederá nunca de turbarme por algo que no depende de mí. Un simple Dios lo quiere me basta, y en esta circunstancia, por otro lado, sé muy bien que obras por una íntima convicción y porque crees que debes cumplir un deber de conciencia testimoniándome una desconfianza que me entristece, que me ofende, pero de la que no me lamento. Tomo en estos momentos, al pie del crucifijo, el compromiso de cumplir hasta el fin cada uno de los deberes que Dios mismo me impone puesto que se derivan de la posición en la que Él me ha colocado. El primero de estos deberes es el olvido completo de mí mismo. Y espero no faltar. Cuando nos encontremos en Saint-Meen te darás cuenta de que nada de lo que ha sucedido, ni de lo que sucede ha alterado para nada en mi corazón esa dulce y tierna amistad que nos une desde hace mucho tiempo. Nos bastarán solamente algunas tranquilas explicaciones para que te des cuenta de que estás un poco engañado por lo que se refiere a mí y a mis sentimientos.

He obtenido hoy seis brevets a punta de espada. Espero sacar mañana dos más, es decir que todos los que han sido examinados oralmente han aprobado. El examen ha sido brillante. Dos de nuestros candidatos han hablado durante 7 cuartos de hora sin cometer ni una sola falta. Por todas partes nos llegan felicitaciones. En Vannes no se habla más que de esto y del cólera. A Dios el honor y la gloria.

Te abrazo, mi buen amigo, con más afecto que nunca.

ENFERMEDAD Y MUERTE.

La cruz se hace presente también en situaciones de enfermedad y de muerte que nos enfrentan con nuestros límites y que revelan cuales son los verdaderos apoyos en nuestra vida.

CARTA A BRUTÉ DE REMUR, 16 de agosto de 1807

(Juan María tiene 27 años y lleva dos años enfermo con consultas a los médicos que le recomiendan a él y a su hermano Feli reposo. Se retiran a la Chesnais. Es el año en que escribiré el Torrente de ideas vagas)

Querido Bruté, desde hace mucho tiempo tengo el proyecto y el deseo de darte noticias mías y saber de ti, y si no lo he hecho antes es porque estoy enfermo y tengo por ello derecho a ser perezoso. Me hubiese gustado poder anunciarte mi restablecimiento, pero desgraciadamente hasta ahora, lo he esperado en vano. Mi hermano y yo estamos retirados en una casa de campo que nos pertenece, está situada a una legua y media de Dinán, aquí vivimos desde hace diez meses como verdaderos eremitas y en una soledad profunda. Hemos prohibido al aburrimiento acercarse a nosotros y hasta ahora no ha osado ni una sola vez acercarse, pero la salud no ha sido tan dócil y aunque la llamemos con todas nuestras fuerzas, no viene y no parece que podamos contar con ella en bastante tiempo. Sin embargo nuestro estado no es tan malo, y nuestro médico dice que no estar peor es estar mejor. Quisiera creerle y si esto continúa, no desespere en morir con buena salud.

Lo cierto es que el mejor de todos los remedios es reposar dulcemente nuestra voluntad en la voluntad de Dios que no piensa sobre nosotros más que pensamientos de paz, que no medita sobre nuestro miserable corazón más que meditaciones de amor. ¿No estás de acuerdo conmigo, señor doctor, y no aconsejas a tu amigo enfermo que no pierda ni una sola gota de este cáliz amargo que la mano de Dios le presenta? Ojalá pueda tragarle hasta las heces y no me canse de adorar y bendecir a esta Providencia llena de misericordia y que quiere enriquecerme con todos los tesoros de la cruz.

¿Sabes algo del sacerdote Bossard? Hace un siglo que no sé nada de él. Si tuviese su dirección le escribiría unas palabras, pues no le olvido y me molestaría que me pusiese antes de tiempo en la lista de los muertos en los que ya no se piensa.

Me gustaría que te informases sobre las condiciones que las Damas de la Visitación piden a las aspirantes que reciben. Si puedes indicarme la suma de dinero que piden, me bastaría indicándome a donde debo dirigirme en París para ulteriores informaciones.

Como estoy encargándote comisiones, me atrevo a pedirte que des recuerdos de mi parte a Duclaux y que le digas que la Sra. Pouget me ha hecho saber el cariñoso interés que muestra hacia mí. Le hubiese escrito para darle las gracias si no temiese distraerle de sus ocupaciones y abusar de su delicadeza y bondad. Te pido, querido amigo, que seas el intérprete de mi reconocimiento y que le transmitas mis sentimientos de respeto y amistad, que no se debilitarán jamás.

Lo mismo te digo a ti, querido amigo, ellos durarán toda mi vida y más allá. Te amaré siempre, pues te amo en Jesucristo. Adiós, querido Bruté, reza por mí, pide al Señor que me alimente de su voluntad, y que continuamente mi

corazón repita este Fiat de resignación, este Amén de amor, que es el grito eterno de los ángeles y la más bella oración que podemos hacer aquí abajo.

LETTRE 1244. A Ange BLAIZE368. Trémigon, 21 juillet 1826.

Mi querido Angel y mi querido Feli.

Ayer he escrito a la Sra. Lucinière para pedirle que les comunique la pérdida que acabamos de tener. Pero no entraba en detalles porque estaba hundido por este golpe funesto, como lo habrán estado ustedes mismos sin duda en el primer momento. Hoy, aunque nuestra aflicción no sea menor, sin embargo tenemos más calma. Encontramos cierto consuelo al recordar las circunstancias de este triste acontecimiento. La pobrecita Lise parecía prepararse desde hace cierto tiempo. No que lo previese, pero al ocuparse más que nunca con pensamientos de fe y de piedad, su confianza en Dios y en la Santísima Virgen se había avivado tanto que no dudaba que se la otorgase todo lo que pidiese. Con este sentimiento recibió el santo viático, y la víspera de su muerte se hizo leer por Marie-Ange la vida de San Vicente de Paul y un capítulo de la Imitación sobre la resignación a la voluntad de Dios. Al encontrarla peor ayer Marie mandó que fueran a buscarme. Partí en seguida pero desgraciadamente cuando llegué ella ya no estaba. Todos los sacerdotes de Combours y de Bonnemain han venido a buscarla esta mañana. Yo quería acompañarla también, sin embargo María y los niños han querido que me quedase con ellos y no les he dejado. Sus lamentos son crueles, sin embargo no se inquieten su salud se mantiene en medio de tantas penas.

También ustedes en París tienen duras tribulaciones, y yo sufro más de lo que puedo decirles, pero en fin, ánimo y santifiquémonos en medio de tantas cruces. Que la voluntad de Dios se cumpla en nosotros. Fiat, laudetur, et superexaltetur amabilissima voluntas Dei in omnibus! (Fiat, sea alabada y exaltada la amable voluntad de Dios en todo).

Adiós les abrazo a los dos con un corazón tierno y triste.

A LA SEÑORA LUCINIÈRE, 9 de enero de 1851

Excelente amiga,

Estoy contento de recibir noticias tuyas, y te pido mil perdones por no haberte dado a menudo noticias mías. Pero me he hecho muy perezoso para escribir porque mi mano derecha sigue débil y se fatiga fácilmente. Lo que es llegar a ser viejo. Uno muere por partes antes de morir completamente. Consolémonos y digamos con San Pablo, morir es una ganancia.

Siento no haber podido hacer a tu hermano el servicio que me habías pedido para él. No conozco personalmente al ministro de la Marina y mi recomendación no hubiese servido de nada. Mi correspondencia con él no es frecuente. En las colonias todo marcha solo y bien. En la Martinica, por ejemplo mis hermanos dan instrucción cristiana a más de 10.120 negros, niños o adultos en sus clases regulares, en las de la tarde, a domicilio, es decir en las habitaciones. Acabo de enviar 20 nuevos hermanos y me habían pedido 33. No he podido mandar 13 porque me faltan sujetos aunque tenga 750.

Me gustaría y me sería muy útil hacer un viaje a París, pero mi salud no me lo permite, no he salido de Ploërmel desde el mes de julio del año pasado.

Encomiendo a tus cuidados a mi pobre hermano Feli. Reza por él...

Dígnate, señorita, pensar en tus oraciones, de vez en cuando, en este pobre ignorante.

RUPTURA DE AMISTADES

Otra fuente de sufrimiento es ver alejarse a personas con las que uno ha vivido una estrecha amistad. Personas con las que uno ha trabajado en proyectos y que ahora dudan de uno y muestran desconfianza. Y desconfían de puntos fundamentales como son la verdad y sincera de la fe y la administración del dinero de una Congregación.

A BRUTE DE REMUR, 19 de abril de 1836.

Mi querido amigo y amado Señor,

He marchado ayer de Nantes con el corazón hundido... No me hubieras escrito la pequeña carta si hubieses previsto la pena que me ocasionaba ¿no es cierto? Estoy seguro de haberte molestado, me dices. ¿Y por qué habrías de molestarme? ¿Sería por hablarme con plena franqueza y porque al hablar así me das una nueva prueba de la sinceridad de tu amistad? No, mil veces no, mi querido señor, no es eso. Solamente, es cierto, que, estando de acuerdo con todo el resto, hay un punto en el que no estamos de acuerdo sobre la conducta que se debe adoptar con el desgraciado Feli, al que amamos tan tiernamente, y del que deseamos ardientemente los dos la salvación. Tú quisieras forzar la mano, es tu expresión. Yo temo que al golpear sobre las llagas, ya tan vivas, las irriremos cada vez más y las hagamos incurables. Temo que el forzarle la mano le hunda cada vez más en el falso camino por el que marcha el pobre perdido y sea un obstáculo para su retorno, más que un medio de hacerle volver.

Según los falsos cuentos, quizá mal intencionados, supones que por debilidad yo le he adulado... No lo creas, querido amigo. Le amo demasiado para ocultarle mis lágrimas y para disminuirle las verdades que debía recordarle. Siempre, lo confieso, mi celo ha sido dulce, he aguardado los cuidados que la caridad nos pide a todos y a mí más que a nadie pues soy su hermano. Pero si hubiera obrado de modo distinto, me hubieras reñido igualmente, y mi conciencia me reprocharía cosas que ahora no me reprocha, gracias a Dios.

¿Has conseguido algo?, me preguntas. Esta pregunta me duele, no me inquieta, pues la única cuestión es ésta: ¿hubiese conseguido más con otros medios? Los que tú quieres emplear ¿hubiesen tenido más éxito? Lo deseo de todo corazón pero te digo que no lo espero.

Desconfías de mí, tienes reservas sobre ciertos puntos personales. Por favor, acuérdate, mi querido señor, de lo que te he escrito sobre eso hace algunos meses. No podía explicar claramente a cualquiera un montón de cosas relativas a este triste asunto, sin entrar en detalles, y sin discutir de nuevo sobre

hechos pasados, cuyo interés es olvidar completamente para bien de la religión. Es normal que tenga una gran repugnancia a hablarte de eso e incluso a justificarme (aunque tengo derecho) porque no podría hacerlo más que acusando a aquellos con quienes he vivido cinco años y que hoy han tan cruelmente llenado mi corazón de amargura. Me paro aquí, pues si continuase caería en lo que me he prometido no hacer nunca. Entro en el silencio y permanezco en paz al pie de la cruz. O cruz ave, spes unica! (Salve cruz, esperanza única).

CRÍTICAS Y JUICIOS

La cruz aparece también cuando la persona se ve envuelta en una nube de sospechas, de juicios, de críticas. ¿Cómo reaccionar? Saber mantener la verdad, no dejarse pisar, como dirá Juan María, pero saber mantener la caridad y vivir el conformarse con Cristo.

A FELI, 18 de mayo de 1833

Tendría muchas reflexiones y observaciones que hacer a tu última carta y a la de Elie. Me limito a algunas que expondré en pocas palabras. Dentro de ocho días iré a la Chesnais y entonces me explicaré más en detalle y más largamente.

Ninguno de nosotros ha cambiado de las doctrinas que tú has defendido y las defendemos más que nunca. Nunca hemos dudado en enseñarlas. En cuanto a tu filosofía nueva tú mismo no has querido que se hable de ella antes que esté acabada y en efecto, nada sería más peligroso, porque es seguro que no sería comprendida y que bajo tu nombre se dirían muchas cosas con las que tú no estarías de acuerdo, si se suscitasen discusiones prematuras.

Desgraciadamente es cierto que muchos individuos se irritan ante la obediencia. Con el pretexto de ampliar y desarrollar más libremente sus facultades intelectuales pretenden no seguir el reglamento de la casa donde están y chillan fuertemente, sin hacerse ningún escrúpulo, contra sus superiores y contra aquellos que obran de forma diferente a la suya. Ciertamente, si un tal espíritu se generalizase se debería renunciar a la obra. Y date cuenta de que quien se conduce así es un hombre del que no tengo ninguna esperanza de poder emplear en algo útil. Podría hacer la misma observación sobre la mayoría de los otros. Tienen por sistema el creerse por encima de los empleos humildes y sin brillo.

Parece que se dice que no tengo celo. No se tienen en cuenta las dificultades de todo género que se oponen al bien que queremos hacer y que yo tengo que combatir diariamente sin lamentarme y sin decir nada a nadie. Pero puedes juzgar por la carta que Coedro me ha escrito y que te adjunto. Te ruego que la guardes para devolvérmela. Te diré lo que pienso hacer en esa ocasión. Por hoy no añado nada más a estas pocas palabras.

AL OBISPO DE RENNES, 6 de agosto de 1833

Monseñor,

Lo que dice sobre los ruidos extraños que se oyen por ahí contra mí, me sorprende poco porque sé que en tiempos tan agitados como los nuestros es difícil, incluso para los mejores espíritus, juzgar las cosas con calma y a los hombres con imparcialidad.

Con todo, nadie ha elevado hasta ahora, en mi presencia, dudas sobre la sinceridad de mi obediencia filial a la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las otras. Y ¿cómo podrían atribuirme sentimientos diferentes de estos, al menos delante de mí, dado que les he profesado públicamente todas las veces que se ha presentado la ocasión y de modo especial cuando ha aparecido la encíclica de nuestro santo Padre el papa Gregorio XVI? Comprometeré a todos aquellos con los que yo tengo relaciones particulares a someterse sinceramente, plenamente, sin ninguna sombra de ambigüedad, como yo mismo me someto y pase lo que pase no dudaré nunca en echar del fondo de mi corazón toda doctrina condenada desde la cátedra eterna por el sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

Con todo mi respeto.

A LA SEÑORA LUCINIÈRE, 12 de octubre de 1834

Excelente amiga,

Cuando me escribiste el 15 de septiembre estabas lejos de pensar que me acusasen públicamente como lo ha hecho L'Ami de la Religión, de no tener ante el juicio de Roma más que una sumisión hipócrita. Puedes leer en L'Univers religieux mi respuesta a una acusación tan odiosa. El Obispo de Rennes habiendo aprobado y firmado mi carta me ha liberado de entrar en detalles dolorosos que hubiesen producido discusiones no menos tristes, porque estaba muy decidido a no dejarme pisar. Si soy hermano soy padre también y no podía en conciencia callarme en estas circunstancias y dejar en la duda sobre mi fe a numerosos hijos. Pero qué duro es todo esto, Dios mío. Espinas atraviesan mi alma por todos los costados, no es más que una llaga viva y sangrante. Dios sea bendito. Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo. (Bendeciré al Señor en todo tiempo, siempre estará su alabanza en mi boca). Tú entiendes bien este latín, y como yo tú habrás cantado también este cántico de resignación, amor y de alabanza en medio de las nuevas tribulaciones que acabas de experimentar. Qué hermosa ocasión para enriquecernos y amasar tesoros que la polilla no roe ni los ladrones roban. ¡Ah! si en su gran misericordia el Señor se dignase conceder a nuestros sufrimientos lo que rehusado a nuestras oraciones. Yo le diría de todo corazón con Santa Teresa todavía un poco más, Dios mío, todavía un poco más. No desespero de que esto suceda y esta esperanza está fundada sobre algunas cosas que no puedo escribirte pero que quizá te diré de viva voz dentro de poco, pues tengo la intención de ir a París el mes próximo, si circunstancias imprevisibles no me lo impiden. Qué bonitos serán los momentos que pasaré en el rincón de tu pequeño hogar. Al unir nuestros dolores haremos que pierdan su amargura.

Te escribo de prisa pues voy a entrar en seguida en mi casa, es decir en mi coche, para recorrer los caminos. La semana próxima iré a Saint-Brieuc donde

espero encontrar a nuestra buena amiga la señora Tremereuc a la que ya he contado mis últimas aventuras que la habrán entristecido más que a mí, porque de todo esto a pesar de las apariencias contrarias creo que resultará un gran bien. Abandonémonos sin reserva a la Providencia.

A MONSEÑOR LESQUEN, 5 de septiembre de 1834

Mi muy querido y siempre y para siempre estimado Señor:

A la vuelta de la batalla de los exámenes de Vannes he recibido su carta del 31 de agosto y no podía dar fe a lo que mis ojos leían. Qué doloroso es este nuevo golpe que viene a golpear mi corazón ya roto. Siento haberle afligido a usted por quien siento una amistad tan tierna y una veneración tan profunda. Le pido perdón. Ha sido seguramente un fallo involuntario el que he cometido, pero un fallo, pues no he tenido cuidado suficiente de mis palabras para que no se me escapase ninguna que pudiera herirle. ¿Rehusará a su antiguo amigo un perdón que usted concedería al pobre pecador que de rodillas a sus pies diría llorando: padre mío, perdóname pues no sabía lo que hacía?

Aunque esté abrumado por las ocupaciones iré el lunes próximo para verle y explicarme. Le ruego que suspenda todo juicio sobre mi conducta en estas circunstancias y que no tome ningún partido hasta que me escuche. Me parece que esto es de justicia y que esto no se le niega ni al asesino que fuese digno de la guillotina. Cuando sepa todo, reconocerá, lo espero, que no podía obrar sabiamente de una manera diferente a la que he obrado. Pero desde hoy le declaro, para que no quede ninguna nube en su espíritu, mi más perfecta adhesión a la encíclica, que yo creo como usted, que nos hemos engañado al presentar la razón general como una autoridad visible y enseñante, y al atribuir al género humano una infalibilidad que no pertenece más que a la Iglesia de Jesucristo. Ese es el punto principal no aprobado por el Santo Padre y es lo que caracteriza el sistema contra el que se eleva con toda razón.

Mi cuerpo se debilita y se va, en consecuencia si mis penas son tan vivas por lo menos no serán muy largas. Pero mientras me quede un soplo de vida y conserve las fuerzas para pronunciar una palabra, esté seguro, mi querido Señor, que esta palabra será la expresión sincera de mi plena sumisión a las decisiones de la Santa Sede y de mi afecto a usted.

JUAN MARÍA ENSEÑA LA SABIDURÍA DE LA CRUZ A LOS HERMANOS

LETTRE 3283. AU F. LUCIEN DENIAU, Ploërmel, 7 Juin 1843

D. S

Mi querido hijo

Sabes lo que te he dicho sobre las pequeñas miserias que tienes que soportar. Sufro por ti y contigo, pero tengo miedo de que te falte paciencia y que no seas suficientemente comedido en los reproches que haces a aquél que te los causa. Esto lo único que haría es aumentarlos en vez de aliviarlos y de poner fin. Por otro lado un religioso debe más que nadie evitar romper la caña cascada y hacer el menor daño a aquellos que mayor le hacen. No basta con llevar el

crucifijo sobre el pecho, es necesario también tener en el corazón un sincero amor de la cruz.

Te doy este consejo porque me parece observar la irritación en tu carta y porque ciertamente la había en lo que has dicho al Rector. No te canses de tener con él toda clase de miramientos, como en el pasado, y evita con cuidado extremo en tu lenguaje todo lo que sea excesivamente vivo y pueda herir.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo

L'ab. J. M. de la Mennais

LETTRE 3491. AU F. FÉLICIEN GAUSSON, Tréguier, 21 Juillet 1844

D. S

Mi querido hijo

No puedo estar edificado con la carta del 6 de este mes. Me ha causado pena, sin duda tú tienes que sufrir y sufrirás más, pero un religioso cuando tiene que sufrir ¿qué debe decir? Y ¿qué dice? Viva la cruz. No murmura contra nadie, ni incluso contra los que se muestran injustos con él, y siempre está disponible para ir donde le envíen los superiores para mayor gloria de Dios. Por lo demás te engañas sobre Bubry. Es una parroquia excelente y estarás allí, si Dios quiere, con un Rector que es oro.

LETTRE 4081. AU F. ÉLISÉE DUPAS. Ploërmel, 26 Abril 1847

D. S.

Mi querido hijo.

Estoy contento de que hayas reducido el número de tus alumnos. Yo ya había dicho al Rector que si no se ocupaban seriamente de construir una clase no enviaría al Hno Hillion después de las vacaciones. Pero encuentro que hay demasiada amargura en tus quejas sobre el procedimiento que se tiene a veces contigo. Un verdadero religioso sufre con más dulzura y paciencia. Recuerda que debes tener en el corazón un sincero amor de esta cruz de la que llevas la imagen en el pecho.

LETTRE 2392. AU F. AMBROISE LE HAIGET. Dinan, 7 Abril 1838

D. S.

Mi querido hijo.

Estoy contento de que hayas decidido mantener al Hno. Casimir porque tantos cambios tienen inconvenientes y son causa de muchos gastos. Por otro lado puesto que la fiebre ha cesado tiene poco que temer la vuelta.

Como muy bien dices, cuando la imaginación está herida es difícil curarla. Sin embargo con buena voluntad y la ayuda de Dios se puede conseguir. Para ello es necesario echar fuera, como una tentación, todo pensamiento triste y reanimar sin cesar el espíritu de fe por la meditación y la oración. Aplícate, sobre todo en la meditación, a animarte en el amor a la cruz al recordar los ejemplos de Jesucristo y las promesas que ha hecho a todos los que comparten aquí abajo sus humillaciones y sus sufrimientos.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

L'ab. J. M. de la Mennais

AL HERMANO YVES HERELLE, 15 de marzo de 1833

Mi querido hermano

La gran ilusión de los hombres, incluso de los más piadosos, es la de buscar en este mundo una posición en la que no haya nada que sufrir, parecido a esos enfermos que dan vueltas continuamente en su cama, porque se imaginan que van a estar mejor cuando estén de otro lado. Un verdadero cristiano, por el contrario, y con mayor razón un religioso no desea más que cumplir la voluntad de Dios, y en lugar de irritarse y desanimarse ante la cruz, la abraza con amor y se alegra tanto más cuanto mayor es su semejanza con Jesucristo, cuya vida ha sido dolorosa. Con tal de estar en el Orden de la Providencia, allí donde es seguro que Dios te quiere, puesto que los superiores te han colocado allí, está contento y no pide nada más. Medita estas reflexiones al pie de tu crucifijo. La paz volverá en seguida a tu alma demasiado turbada e inquieta.

Pasarás por Moncontour al volver del retiro.

Tus cuadernos de escritura se encuentran en Rennes en la primera ocasión te los enviaré. Mi intención es ir a Saint-Servan y por consiguiente a Saint-Malo poco después de Pascua sin poder fijar todavía la fecha.

No te hagas problema por tomar un poco de vino si el párroco te lo ofrece aunque sea después de la comida.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

UNIDAD DE VIDA

Todos conocemos que la vida de Juan María, a lo largo de todas sus etapas, ha sido una vida desbordante de actividad. Una vida que ha combatido todos los combates por Jesucristo y por su Iglesia.

También él ha experimentado, a veces, la agitación de la actividad y ha deseado y buscado la calma y la tranquilidad, como testimonia la carta a Teyssere y la respuesta de éste. También él ha vivido la tensión entre contemplación y misión. ¿Cómo ha logrado la unidad de vida? ¿Cuáles han sido las actitudes profundas que le han llevado a vivir esta unidad en medio de su vida?

Al leer sus cartas y sus sermones podemos descubrir:

- ✓ Para Juan María la santidad consiste en la plena comunión con la voluntad de Dios. Esta voluntad es la fuente de vida, de amor y de santificación. Pero no una voluntad abstracta. Es en primer lugar una voluntad salvífica que busca la salvación de los niños y jóvenes que nos son confiados. Y es una voluntad que se revela por la mediación de los superiores y de la Regla, para los Hermanos.
- ✓ Es la comunión con esta voluntad la que debe realizar la unidad de nuestra misión y nuestra contemplación. Debemos buscar esa voluntad y ser dóciles a ella en nuestra oración. Debemos realizarla en nuestra misión. Es haciendo santos como llegaremos a ser santos.
- ✓ Esto exige al Menesiano el vivir del Dios solo y en una actitud de total docilidad al Espíritu.

Juan María nos indica los medios para llegar a vivirlo:

- ✓ En primer lugar una actitud de obediencia y de profunda humildad. Ambas deben estar siempre unidas como madre e hija.
- ✓ Vivir en la presencia de Dios.
- ✓ Cultivar la recta intención: obrar siempre movidos por un espíritu de fe y de caridad.

Los frutos de esta unidad de vida también nos vienen indicados por Juan María. El Menesiano que vive en esta profunda comunión con la voluntad de Dios da los siguientes frutos:

- ✓ Vive en la paz y en la calma. Nada le altera pues sabe que está en el orden de la Providencia.
- ✓ Vive con una gran libertad de espíritu.
- ✓ Vive en la alegría.

Para profundizar

- ✓ ¿Cuál de los avisos espirituales sientes que está escrito para vos?
- ✓ ¿Descubres a Dios en la diaria (en la de todos los días: trabajo, relaciones, amistades, familia, etc.) o tienes que ir a buscarlo a otros lugares (iglesia, fuera de lo que vives o los fines de semana)?
- ✓ ¿Qué medios sientes que te invita a tener presente JM para vivir en comunión con la voluntad de Dios?
- ✓ ¿Tienes alguna oración / frase / jaculatoria / gesto que te ayude a recordar que vives en la presencia constante de Dios?
- ✓ ¿Cómo puedes estar cierto que algo viene de Dios, es decir, es su voluntad? ¿Qué tendrías en cuenta para ello?

MEMORIAL, CARTAS Y SERMONES

AVISOS ESPIRITUALES

I.- Mantenerse siempre en una entera dependencia del espíritu de Dios y no contristarle nunca: Estar atentos para conocer lo que pide de nosotros; consultarle a menudo, y cuando no estemos seguros del partido que debemos tomar, rogarle con ardor nuevo que ilumine nuestro corazón. "Det nobis illuminator oculos cordis".

II.- Renunciar a la propia voluntad, aun cuando la sigamos. "A voluntate tua avertere", es decir, no hacer nada por gusto, nada para nosotros, todo por Dios. ¡Dios solo! ¡Dios solo!

IV.- Cuando el alma está reseca y cuando la tristeza la oprime, ir al Huerto de los Olivos, ponerse de rodillas al lado de Jesucristo: tomar el cáliz que nos ofrece y decir: Padre mío que no se haga mi voluntad sino la tuya, "non sicut ego volo sed sicut tu".

V.- No extrañarse ni turbarse por nuestras faltas. La turbación debilita el alma, y ¿no tiene necesidad esta pobre alma de todas sus fuerzas para resistir a los enemigos que tiene en sí misma, y que sin cesar la atacan en el fondo más íntimo? Vive de confianza y de amor, y la alegría es para ella un tesoro inagotable de santidad: "jucunditas cordis vita hominis, et thesaurus sine defectione sanctitatis".

VI.- Tener mucho cuidado en no perder esta libertad de espíritu, esta amable y dulce libertad de los hijos de Dios sin la que no se puede hacer ningún bien. Para conservarla es necesario unirse estrechamente a Dios, caminar en su presencia con un corazón en el que reina la paz. "Pax Dei quae exsuperat omnem sensum, custodiat corda vestra et intelligentias vestras in Christo Jesu Domino nostro".

VII.- Ser fieles en las cosas más pequeñas, pero sin angustia y sin escrúpulo: no temer ser molestados en nuestras ocupaciones, en nuestros estudios, en las mismas oraciones; dejarlas y volverlas a tomar con espíritu sereno y siempre contento; en el momento en que estamos en el orden de la providencia ¿qué más queremos?

VIII.- No precipitarse nunca en los asuntos que tengamos: no querer que vayan tan deprisa como nuestros pensamientos; combatir los obstáculos a sangre fría, sin desanimarse ni irritarse. Si acertamos, bendecir al Señor; si no acertamos, bendecirle también y de todo corazón: Dios lo quiere; esa palabra lo dice todo.

X.- A menudo pensar en Dios al conversar con los hombres; recogerse para orar en lo secreto, pero sin violencia, sin penosos esfuerzos, con una gran sencillez de amor.

XI.- Escuchar a Dios en la meditación; abrir los oídos del corazón para recibir su palabra santa: alimentarse con ese maná de suavidad, sin perder nada

de él; gustarle, saborearle con delicia. "Audiam quid loquatur in me Dominus Deus".

XII.- Exponer nuestras miserias y nuestras necesidades a nuestro Padre que está en los cielos, sin esfuerzos violentos para elevarnos a altas consideraciones: Cuando Él nos llama y nos atrae seguir el atractivo de su gracia, acudir a Él con la sencillez de un niño pequeñito que se deja llevar de la mano.

XIII.- Permanecer contentos en la noche oscura de la fe: no tratar de prever todo ni prevenir todo: "Cogitatus prescientiae avertit sensum".

XIV.- No comenzar nada por vanidad, y no detenerse nunca porque la vanidad venga a quitarnos el mérito del poco bien que queremos hacer: Dios está siempre cerca de los que trabajan por su gloria, combate con nosotros cuando nosotros combatimos por El. "Dominus mecum quid timebo".

XV.- Asombrarse por la grandeza de nuestra vocación: entrar en los sentimientos de los ángeles que se asustan, que se indignan al ver a miserables como nosotros asociados al sacerdocio de Cristo ino formar con El más que un solo sacerdote!

“Sin embargo, sé que todo depende de la voluntad de Dios sobre nosotros; no debemos descuidar nada para conocerla y ninguna consideración humana puede impedirnos seguirla”,

“Quedaría, pues, desolado si contristara al espíritu de Dios” (Memorial)

CARTA LA HNO. ELZÉAR-MARIE LE ROUGE, 25 noviembre de 1851

Mi muy querido Hermano,

Tu corta carta me ha dado pena, porque tú también la tienes. Esto te pasa porque has dejado debilitarse en ti el espíritu de fe. Haz todo y sufre todo con la mirada en Dios y entonces, la gracia, la paz y la alegría del Espíritu habitarán en ti. Serás feliz y te santificarás cumpliendo los deberes de tu santo estado, por penosos que puedan ser a veces.

Te abrazo muy tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA DE TEYSSEYRRE A JUAN MARÍA, 7 noviembre de 1815

He tardado un poco, querido amigo, en responderte con el fin de poder hacerlo con más tranquilidad. Qué dulce sería para mí el poder consolar tu alma enfriada y reseca, dices, en medio de las dificultades de las ocupaciones. “Sin duda que es hermoso, siguiendo la expresión de Fenelon, conservar con avaricia en un “profundo recogimiento todos sus deseos y todos sus pensamientos para el esposo sagrado”, pero es todavía más hermoso sacrificar las dulzuras inefables de esta relación divina para hacer la voluntad de Dios, glorificar su nombre y salvar las almas. Hay mucha diferencia entre estar distraído de Dios y estar distraído de la suavidad que se encuentra en el sentimiento actual de su presencia. Es cierto que, en la preocupación del gobierno, apenas se puede gustar esta suavidad, pero cuando uno se priva de ella por Dios, se pierde para ganar, y uno deja lo

suave por lo sólido. Sabes que esta doctrina es de nuestro buen amigo San Francisco de Sales y encuentro que está maravillosamente desarrollada en su espíritu 17 p. C.14.

Hay más, si tú eres fiel en ofrecer todas tus ocupaciones a Dios desde la mañana, y en serenar tu alma con dulces impulsos de amor y de abandono durante los fugitivos instantes que te dejan tus ocupaciones, si eres fiel de vez en cuando a la práctica de Olier de renunciar a tu espíritu para unirte al de Nuestro Señor, yo estaría seguro que todas tus acciones serían actos de amor, dignos de la gloria celeste, y que tu caminarías verdaderamente en la presencia de Dios continuamente, incluso cuando tú permanecieras horas enteras sin pensar en él. Supongo que eres fiel a tus ejercicios de piedad, porque si los descuidas, sin razón, es, solamente entonces, cuando puedes temer empobrecerte por querer enriquecer a los otros y sacrificar tu salvación por la de los otros. Una hora de meditación hacía avanzar más los asuntos de San Carlos y de San Vicente de Paul que días enteros de reflexión y de trabajo.

En una palabra, mantengámonos en el camino de la Providencia y permanezcamos en paz. Dejemos hacer a nuestro buen Maestro, él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, es él quien nos ha puesto donde estamos, él ve el fondo de nuestro corazón: tibi dixit cor meum, faciem tuam requiram. ¿Qué más nos hace falta? Dejémonos agotar, golpear, injuriar de buena gana, abandonémonos con calma al torbellino de nuestras ocupaciones, pensando que es el Bienamado el que se oculta bajo el manto de los inoportunos, y quien dirige todo para nuestra dicha y para su gloria.

¡Qué glorioso martirio el de ser de buena gana una víctima pública que se entrega y se consume por su Dios y por sus Hermanos, y cómo las contrariedades continuas soportadas con igualdad de humor suponen y procuran admirablemente la muerte del amor propio! Creo que un día de preocupaciones en nuestros asuntos, soportado con amor, mortifica más y une más a Dios que un mes pasado en las austeridades de nuestra elección y en las delicias de la contemplación.

Y después de todo ¿quién es el que debe ser más agradable a los ojos del rey, el que pasa su vida en hacerle la corte del modo más agradable, o el guerrero que soporta el peso del calor y del día, y que se presenta, de vez en cuando, cubierto de sudor y de polvo? Dios no nos llama en estos días de tribulación y de regeneración para la Iglesia, no nos llama, digo, a las dulzuras del reposo, sino a la gloria de los combates, e incluso aunque nos invitase a gozar de las dulzuras en la estancia del esposo, ¿no deberíamos responderle con el valiente Urías: “El arca de Dios e Israel habitan en tiendas y ¿yo dormiré en una cama? Por tu salud, no haré esto”.

Me he extendido en este tema, querido amigo, con el fin de animarme y exhortarme a mí mismo al predicarte lo mejor que sé. Lástima que no puedas leer en el interior de mi alma. Verías una sequedad y una disipación vana mucho más penosa que las tuyas. Mi pequeña comunidad me ocupa, quizá, más que tu diócesis y todo esto unido a una preocupación de cabeza y de corazón, a una esterilidad y a una nulidad muy penosa, me llevan a la tentación de aburrimiento y de turbación. Vivamos de generosidad y de sacrificio, de abandono y de amor, unamos nuestras oraciones y nuestras penas, unámonos, sobre todo, en el santo

altar en ese preciso momento en el que abrimos el cielo para inmolarnos unidos a Nuestro Señor para no hacer más que una sola víctima de amor con él.

Me pides una oración corta, viva, animada que podamos recitar todas las mañanas unidos. Hela aquí: Amor. Que éste sea nuestro grito de guerra y nuestro cántico de paz, amor, amor, amor, no vivamos más que para el amor. No vivamos si es posible más que de amor. Dichosos si como premio de nuestros trabajos y de nuestros sufrimientos llegásemos a hacer amar al Amor. Sería nuestro consuelo, nuestra fuerza, nuestra corona en medio de las contradicciones y de las penas de este valle de lágrimas, y mientras nuestro corazón diga amor todo irá bien, no hay nada que temer.

Estoy contento de las noticias que me das de tu diócesis, el seminario va bien, ignoro en qué punto están los asuntos de la Iglesia que creo que estaban un poco obstaculizados por los intereses temporales. La pequeña comunidad ha acabado un buen retiro y parece prosperar. Reza por ella y por mí. Muchos recuerdos a tu Hermano sí, por casualidad, lo ves antes que yo. No creo que en conciencia puedas abandonar el puesto en que Dios te ha colocado para venir con él a París.

CARTA A BUTÉ, el 2 de marzo de 1809

“Sin duda, mi querido amigo, para conocer bien a Jesucristo, es necesario sondear las Escrituras, es él mismo quien nos ha dado este consejo. Es necesario sobre todo leer y volver a releer, con un alma que arde de fe y amor, el divino Evangelio del discípulo amado. Nuestros padres ¿no nos han dado ejemplo? ¿No es porque los Libros santos eran el objeto de sus reflexiones y de su estudio que encontramos en sus escritos tan grandes y tan magníficas ideas? Sí, de esta fuente viva de donde ellos sacaban esta sublime teología de la que habla Bossuet, que nos introduce tan adentro en la celda del Esposo, es decir, en la profunda e íntima contemplación de la verdad. Alimentémonos como ellos, con santa avidez, de este trigo de los elegidos; pidamos a Dios, con humildes y continuas oraciones, que nos dé la inteligencia del corazón, sin la cual no podemos comprender nada de sus divinas lecciones ni penetrar en sus misterios; pídele por mí, como yo le pido por ti, querido amigo, que seamos del número de esos pequeños a los que se digna instruir él mismo y a quienes se complace en revelar sus secretos.

¡Cómo me gustaría estar cerca de ti! Procuraríamos animarnos, apoyarnos, rezaríamos juntos, y tu oración ayudando a la mía creo que Dios nos escucharía”.

CARTA AL HNO. IRÉNÉE - MARIE DAVALO, 1 de junio de 1841

Mi muy querido Hermano,

He recibido tu carta del 28 de marzo con tanto mayor placer cuanto que es la primera que me has escrito. No he recibido ninguna del Hermano Anastase. Sin embargo, mis querido hijos, deseo vivamente que me escriban, porque la distancia que nos separa es una razón de más para multiplicar las relaciones de este género. Están siempre presentes en mi pensamiento y muy amados en mi corazón.

La acogida que los pequeños niños les han testimoniado cuando han llegado a la Martinica es una enternecedora lección para ustedes: entiendan su misión como ellos la entienden. No olviden nunca que están encargados de hacer de ellos santos, y para ello deben ser santos ustedes mismos. Manténganse en guardia contra el espíritu del mundo y sus máximas. Uníos más fuertemente que nunca a la Regla, y sobre todo practiquen la humildad, la mortificación y la obediencia con gran celo.

He enviado tu carta a tus padres. No dudo que les habrá dado una gran alegría.

CARTA A LOS ALUMNOS DEL HNO. POLYCARPE, 23 de enero de 1843

Mis muy queridos niños,

He sido muy sensible al recuerdo y sus deseos en este nuevo año. Les doy gracias y del fondo de mi corazón les deseo también un buen año, es decir, un año en el cual hagan no menos progresos en la virtud que en las ciencias. ¡Ah! Hijos míos, mi más ardiente deseo es que lleguen a ser santos, y es también mi más dulce esperanza. Si yo no la tuviese, si el excelente Hermano que les instruye no la tuviese tampoco él ¿por quién nos tomaríamos tantas molestias? Entiéndalo bien, lo que queremos ante todo, por encima de todo, es ganar el cielo, conduciéndolos a él de la mano. Pues bien, ánimo, mis queridos niños, caminemos juntos, con paso firme y rápido, hacia el lugar del eterno reposo. Cuando habremos llegado, ya no pensaremos en las fatigas del camino.

Me viene al pensamiento el pedirles un regalo y es éste el que les pido: quiero que cada uno de ustedes diga por el anciano padre un ave María. Y como no sería justo el recibir sin dar, mi rosario del 2 de febrero le diré de todo corazón por todos ustedes.

Adiós. Que el Señor se digne bendecirlos como yo los bendigo.

CARTA AL HNO. LAMBERT LE BOULLIER, 18 de marzo de 1844.

Mi querido Hermano,

Dios sea bendito por el hecho de que tu escuela de Pointe-à-Pitre se haya reabierto. Estás de nuevo en medio a esos pequeños niños a quienes son tan útiles y que espero les den consuelos tanto más grandes cuanto más han echado de menos su presencia. Qué hermoso es que puedan volver a retomar las enseñanzas a los jóvenes que se preparan a hacer la primera comunión. De nuevo, Dios sea bendito.

No me he preocupado de enviar el capellán que el Hermano Ambrosio pedía para Pointe-à-Pitre, no porque no crea que sea una cosa buena, sino porque se puede pensar que sin mucho tardar, es decir a lo largo de este año, o el próximo, habrá una reorganización del clero en las Colonias y ese será el buen momento para responder a las necesidades que me exponen.

Lamento que no hayan podido asistir al retiro común. Hubiese sido bueno suplirle haciendo el suyo en particular.

El diccionario de Napoleon Landais vale muy poco aunque sea muy grueso. Otro diccionario cualquiera les servirá lo mismo y será menos caro.

No les doy noticias de Ploërmel porque no las hay más importantes de las que han conocido por los Hermanos que han marchado el mes de noviembre.

Di al Hermano Arsène que quería haberle escrito hoy, pero dentro de dos horas subo a la diligencia y apenas tengo tiempo para hacer mis paquetes. Le escribiré desde Ploërmel. No hemos visto a esa buena persona que nos recomendaba. Cuidense los dos y sobre todo trabajen en llegar a ser santos santificando a los niños que les son confiados.

Les abrazo con un corazón de padre.

CARTA AL HNO. ALFRED -MARIE LABORIE, 7 de julio de 1844.

Mi muy querido Hermano,

Hemos recibido las cartas que has enviado a Ploërmel. Evidentemente que las hemos leído y nos han alegrado mucho. No tardes mucho en escribir, puesto que ya que no podemos oírte de viva voz, es necesario, al menos, que lo hagamos lo más posible por escrito. Cuéntame siempre, en detalle, todo lo que te interesa personalmente, para que te pueda dar los consejos paternales de los que tengas necesidad. Por hoy, me limito a comprometerte a que no tengas más que a Dios en vista de tus menores acciones. No busques más que su gloria y no la que viene de los hombres. Desconfía de sus aplausos y de sus alabanzas y si tienes éxito dirígelo hacia aquél de quien viene y que es la fuente de toda gracia.

Durante la clase, eleva a menudo tu espíritu hacia Nuestro Señor y pídele que bendiga tus trabajos. Procura sobre todo inspirar a tus alumnos una verdadera y tierna piedad. No te consideres como un profesor profano sino como un misionero encargado de establecer el Reino de Dios en las almas. Esa es en efecto tu vocación y será haciendo santos como llegarás a ser santo tú mismo.

Al salir de Ploërmel hace 8 días he dejado al Hermano Vincent de Paul en buen estado y con buena salud. Tengo la dulce confianza que se restablecerá completamente. Nos ha causado una gran alegría volver a verle en medio de nosotros, es decir, en medio de su familia. No dejaré de darles noticias tuyas, según tus deseos, o mejor, ya lo he hecho. Tengo noticias recientes del Hermano Liguori, ha vuelto a Goré, digo vuelto porque de Goré había ido a S. Louis para remplazar durante algún tiempo al Hermano Gaudence. Ha estado enfermo en S. Louis, pero después de haber pagado el tributo del nuevo clima, su salud se ha restablecido. Sigue siendo tan bueno y tan fervoroso.

Te abrazo con un gran corazón de padre.

CARTA AL HNO. LIGUORI-MARIE LANGLUMÉ, 14 julio 1844

Mi muy querido Hermano,

Me ha causado gran alegría el saber que has vuelto a Goré, porque el Hermano Sigismund deseaba mucho tu vuelta para que estuvieses cerca de él.

Pero en todas las circunstancias parecidas es necesario saber resignarse a la santa voluntad de Dios y no considerarse nunca uno mismo. Más grande es el sacrificio mayores serán los méritos.

Tu enfermedad de S. Louis se ha agravado, sin duda, porque no ha sido tratada a tiempo, me han dicho. Pero a falta de médico, el buen Dios ha vigilado sobre ti y ha prolongado tu vida para que puedas trabajar más tiempo en su gloria y en la salvación de las almas. No tengas nada más que esto en vista, mi querido hijo, y mantente en guardia contra las tentaciones de amor propio, son las más peligrosas puesto que no desconfiamos de ellas. Sé siempre humilde y pon en práctica nuestra bella divisa: Dios solo, Dios solo.

En lo referente a las otras tentaciones de las que me hablas, no te asustes demasiado, pero vigila atentamente sobre ti mismo para no consentir lo más mínimo. Evita todo lo que pueda suscitarlas, y reza mucho. Encomiéndate, a menudo, a la Santísima Virgen, madre de toda pureza, bajo cuya protección has sido puesto de forma especial, en Ploërmel, cuando has pronunciado tu voto. No olvides esa conmovedora ceremonia a la cual están unidas tantas gracias.

Tengo noticias recientes del Hermano Alfred Marie, está muy contento en Cayenne, todo va de maravilla en sus establecimientos. Espero que sea igual en el tuyo y que los pequeños niños a los que habrás instruido y santificado te recibirán un día en los eternos tabernáculos, si mueren antes que tú o que tú les recibirás a ellos más tarde, si mueres tú antes. Santifícate, santifícate haciendo santos.

Todos nuestros Hermanos te dicen muchas cosas cariñosas y yo mil veces más.

CARTA AL HNO. LIGUORI-MARIE LANGLUMÉ, 20 noviembre 1847.

Mi muy querido Hermano.

Después de haber sido probados el buen Dios bendice tu establecimiento de modo admirable. Es necesario darle gracias, pero no olvides de darle toda la gloria por este éxito y no caigas en la tentación de vanidad. Sería perder el mérito del bien que puedes hacer. Veo gustosamente los progresos de tus niños en las ciencias humanas. Sin embargo lo que deseo por encima de todo es saber que hacen más progreso aún en la ciencia de los santos. Tienes que darles no sólo la instrucción sino también la educación cristiana. Que ese sea el objetivo principal de tus preocupaciones y de tus trabajos. Reza mucho por ellos. En el retiro que acabas de hacer te habrás penetrado, sin duda, de espíritu apostólico, es decir, de un celo ardiente por la santificación de estos pobres niños hacia los cuales Dios te envía.

Han llegado este mes tres jóvenes criollos de la Martinica. Me parecen inteligentes y muy piadosos. Espero otros, uno de ellos el Hermanos de nuestro pequeño y excelente Hermano Léobard, originario también de la Martinica.

El día 14 se han embarcado en Brest 13 Hermanos destinados a Cayenne y 9 para las Antillas. En Guadalupe y la Martinica los Hermanos van a dar el catecismo a los esclavos en las plantaciones, hacen maravillas. El Gobierno

proporciona los caballos, pero no es todavía más que una obra empezada, se desarrollará rápidamente, espero.

Te abrazo tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HNO NICANDRE CHAILLES, 16 de enero de 1852

Mi muy querido Hermano,

Tu clase no es muy numerosa, sin embargo, lo es suficientemente como para que ejerzas tu celo. Da todos tus cuidados a esos queridos niños, esfuérate en hacer de ellos santos, es así como te santificarás tú mismo.

No estás totalmente aislado en Loguivy. Puedes ver, de vez en cuando, a los Hermanos de Plougras, de Belle Isle en Terre, e incluso a los de Lannion, en los días buenos, pero estos últimos no pueden ir a visitarte, nunca les permito que hagan visitas.

Las últimas noticias que he recibido del Hermano Méléce no son buenas. Quería, a toda costa, ir a Groix para restablecerse, creía. Me he opuesto por mucho tiempo, y he cedido a instancias tuyas, muchas veces repetidas. Hoy reconoce, pero demasiado tarde, que tenía razón. Reza por él.

Te deseo un buen año, es decir, un año rico en méritos para el cielo, y te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO. AMBROISE LE HAIGET, 3 de mayo de 1831

Mi muy querido Hermano,

Tu última carta me ha procurado, de nuevo, pena. Quiero creer, sin embargo, que tus primeras impresiones se habrán debilitado y que habrás reconocido delante de Dios que todo el mal que experimentas tiene como causa una falta de abandono a la voluntad de Dios y de los superiores que Él te ha dado. Mi pobre hijo, de cuánta paz, de cuánta dicha gozarías si no tuvieses otros sentimientos que estos. Se los pido al Señor para ti.

Tenía la intención de ir a verte esta semana, pero negocios inaplazables me llaman a otra parte, sin embargo, lo que se atrasa no se pierde por mucho tiempo, es decir, que mi viaje se retasa a una fecha no lejana.

Entonces, me explicaré en detalle, y mucho mejor de lo que lo puedo hacer por escrito, sobre todos los puntos de los que me hablas. Hoy solamente te digo que debes hacer todo lo que depende de ti para acercarte a los sacramentos. No apruebo que te alejes de ellos porque experimentes interiormente muchas penas. Sin embargo, es necesario que te sometas con espíritu de fe a lo que deciden tus superiores, a pesar de las repugnancias de la naturaleza. Estas repugnancias que sientes a pesar tuyo, tú no eres culpable de eso, porque no es más que una tentación. Es el consentimiento lo que tienes que evitar.

Digas lo que digas, estate seguro, mi querido hijo, que estoy muy unido a ti y que te quiero de todo corazón.

CARTA AL HNO. AMBROISE LE HAIGET, 9 de febrero de 1837.

Mi muy querido Hermano,

Tu carta al Hermano Colomban me ha parecido demasiado dura: sé que tiene defectos, y estoy lejos de disculparle de todos sus equivocaciones contigo. Sé también que tú tienes con él una sincera caridad, pero me hubiese gustado encontrar en tu carta una expresión más dulce.

Estoy de acuerdo contigo en que encargues al Hermano Casimir de la clase de mayores. Pero, entonces, envía aquí, en seguida, al Hermano Maccabée, para que se prepare al examen. Es indispensable que hagamos venir a los Hermanos que pueden obtener el título, antes de que se presenten para obtenerlo, o de lo contrario no lo conseguirán, es una medida que debería haber tomado antes. Consiento a que conserves al Hermano Euthime y que le encargues de la segunda clase, remplazando al Hermano Macaire, ya que este cambio te agrada.

El Hermano Tugdula está completamente restablecido, le haré ir a Coatreven, en seguida, cuando el tiempo sea menos malo. El Hermano Maximilien estará pues disponible. Escíbeme a Dinan para decirme si te es útil, o si quieres que le coloque en otro lugar. Estaré en Dinan el 16 y me quedaré allí hasta el 25 de este mes.

Me das pena cuando te la haces a ti mismo. Me gustaría verte más resignado a la santa voluntad de Dios y más deseoso de conformarte con Jesucristo crucificado. No obtendrás la paz del alma y no gozarás de alegría en tu corazón mientras no permanezcas en estas santas disposiciones de abandono a Dios y de renuncia a ti mismo.

Te agradezco los 400 francos que has enviado a la Providencia.

Créelo, querido hijo, te abrazo de todo corazón.

CARTA AL HNO. ÉTIENNE-MARIE MALENFANT, 3 noviembre 1842

Mi muy querido Hermano,

Te he dado, a menudo, el consejo de no escuchar tu imaginación, porque para ti, más que para nadie, es la loca de la casa. Es ella la que te inspira esa especie de melancolía de la que te lamentas y que te produce ideas de inconstancia. Mantente vigilante, no desees más que una cosa sobre la tierra, hacer la voluntad de Dios, que te es manifestada por los superiores y ganar el cielo. Que estés aquí o allá, solo o con otros Hermanos, debe importarte poco, con tal que estés donde Dios quiere ¿no es la obediencia la que te lo enseña?

Camina, pues, con una sencillez llena de amor y de paz por el camino que ella abre ante ti. No mires ni a izquierda ni a derecha. Aleja de ti todos los pensamientos tristes y que te inquietan, míralos como tentaciones muy peligrosas.

El Hermano Auguste está aquí, reza por él, reza también por nuestro excelente Hermano Isaie que acaba de morir en Lamballe. Es una gran pérdida para nosotros, pero para él, la muerte ha sido una suerte, pues se había preparado bien.

El Hermano Hypolite ha marchado esta mañana con cuatro Hermanos que van a embarcarse a Brest para Cayenne y Senegal.

Te abrazo muy tiernamente en Nuestro Señor, mi querido hijo.

CARTA AL HNO. LUCIEN DENIAU, 11 enero de 1846

Mi muy querido Hermano,

El Señor te prueba desde hace algún tiempo. Debes darle gracias, porque es para ti una ocasión para conseguir muchos méritos. Mira con los ojos de la fe todo lo que te sucede y estate siempre plenamente resignado a la santa y adorable voluntad de Dios.

No te he escrito antes porque he mantenido correspondencia con el Hermano Julien en lo que se refiere a ti. Él te ha dicho todo lo que yo mismo te hubiera dicho. Espero una carta de él que me informará dónde están ahora tus asuntos. Le pido detalles. Mi intención no es que permanezcamos ahí con los señores de St. Briac. Violar un contrato es violar la misma ley.

Pido al Señor que mantenga tu ánimo y tus fuerzas, que te bendiga y yo te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

CARTA AL HNO. ÉTIENNE-MARIE MALENFANT, 25 de febrero de 1838

Mi muy querido Hermano,

Sin duda que no te dejaré siempre en Baguer-Morvan, puesto que tienes una fuerte repugnancia a estar solo. Me da lástima tu debilidad y haré todo lo que dependa de mí para aliviarte. Pero será gimiendo, y haciéndote observar todo lo contrario que esto es al espíritu de renuncia de sí mismo, del que un religioso debe estar animado. Si no buscas más que tu propia perfección y la gloria de Dios, como debería ser, serías más paciente, más resignado y te encontrarías feliz por todas las partes por donde la santa obediencia te llamara. Esto es lo que me impide pensar en enviarte a las Colonias, aunque me hayas testimoniado un gran deseo y que yo mismo tengo ese deseo. Para cumplir esta tan bella misión, son necesario hombres desprendidos de todo, dispuestos a todo y que no viven más que de la fe. Qué feliz serías si no vivieses, en efecto, más que de esta vida divina... En tu oración pide todos los días a Dios esta gracia. Para obtenerla recurre a la Santísima Virgen, ¿no ha sido ella modelo de una vida escondida y solitaria, que nos parece tan penosa?

Aplicáte al estudio. Si tuvieras título me sería mucho más fácil colocarte en un establecimiento de varios Hermanos porque dispensarías a estos de la obligación de tenerlo.

Te quiero, mi querido hijo, y te abrazo tiernamente en Nuestro Señor.

SERMÓN SOBRE NOGUES (St-Méen 733)

P. 2464-2466

Henos aquí reunidos por la primera vez, iy en qué circunstancia! ¡Qué dolorosa es! Pero también qué propicia para fortalecernos en la resolución que hemos tomado de consagrarnos sin reservas al servicio de Dios. Es, por así decir, sobre la tumba de nuestro digno cohermano que estamos reunidos en este momento y que venimos a renovar nuestros compromisos que deben sernos tanto más querido cuanto que vemos, por este doloroso ejemplo, qué frágil e incierta es nuestra vida.

Estábamos lejos de pensar, y él lejos de prever, cuando hicimos nuestra consagración en Ploërmel el 8 de septiembre último, que hacía ese acto, por así decir, la víspera de su muerte, y que él, que era el más joven, sería el primero en comparecer delante de Dios. Qué dicha para él, antes de salir de este mundo, el haber roto voluntariamente todos los lazos que le unían a él. Qué bella preparación para la muerte este sacrificio de sí mismo que ofrecía a Dios. ¿Quién es el hombre, quién es el sacerdote que dudaría en tomar un partido parecido si supiese que al día siguiente llegaría su hora?

Pero Dios nos oculta el término, para que en algunos instantes podamos adquirir los méritos de una larga vida, y por lo tanto, aunque nuestro pobre Nogues no haya sido miembro de la sociedad más que dos meses, se ha visto enriquecido en el último momento no solo con todo lo que ha hecho durante este corto tiempo, sino también con todo lo que estaba dispuesto a hacer en el futuro. Una reflexión muy consoladora para nosotros es que, de todos nosotros, es él quien al entrar en la congregación ha hecho el mayor sacrificio, y es por eso sin duda por lo que el Señor le ha querido recompensar el primero.

Saben que tenía la intención de entrar en los Jesuitas, y en esto se conducía por motivos muy elevados y muy puros, porque no buscaba entre ellos más que una regla más severa y medios, en apariencia, más seguros y más fáciles para avanzar en la virtud. Muchos de nosotros hemos sido testigos de la viveza de sus peticiones a Monseñor para obtener el permiso del que le parecía depender su dicha e incluso su salvación. Conjuraba, pedía con lágrimas a nuestro buen obispo que le dejase libre para cumplir un deseo tan piadoso. Y sin embargo, cuando el obispo se pronunció y le rechazó el permiso, dejó ver a qué punto de perfección había llegado. Ni una murmuración, ni una queja, ni un reproche para con aquellos que hubiese podido creer que le eran contrarios. Contento de conocer la voluntad de Dios no pensó más que en seguirla, y sin mirar ni adelante ni atrás, entró lleno de alegría divina por la vía que la Providencia abría ante él y a la cual había sido llamado por sus superiores. Deseo, queridos hijos, que no olvidemos nunca que es sobre todo por la obediencia que el primer nacido de la congregación para el cielo (porque creo que le puedo llamar así) se ha distinguido. Parece que Dios ha querido hacernos comprender, de este modo, lo agradable que es a sus ojos esta virtud, porque se apresura, en cierto modo, a recompensarla y lo importante que es para la congregación que se la practique siempre con gran perfección puesto que ella es el fundamento y el lazo. Cosa admirable, encuentro en todo lo que he visto en Nogues el tema de una reflexión semejante.

Su humildad. Ella es la hermana de la obediencia, o mejor, la humildad es la madre de la obediencia, y la madre y la hija son inseparables. Así, para que la obediencia permanezca entre nosotros es necesario que seamos humildes, no de boca solamente, sino de corazón, sin jamás salir de este anonadamiento profundo que nos es mandado.

Seamos humildes y todo nos será dado por añadidura. Humildad de Nogues. Cuando el Sr. D vino, manifestó el deseo de hacer la cuarta clase en lugar de la sexta. Nogues, sacerdote, uno de los antiguos de la casa, no dudó en ceder el rango a D, a un extranjero, y para ello ¿esperó que se le diese la orden? No. El Sr. D parecía estar inseguro sobre el partido que debía tomar. Nogues vino a buscarme en seguida, me pidió que le pusiese en el último puesto, como pidiendo una gracia, un gran favor. Esto es algo digno de hacer observar, porque muy a menudo entre los mismos religiosos hay una excesiva sensibilidad de amor propio, desagradables envidias por presencias, preferencias, bagatelas.

He visto casas turbadas, arrasadas, casi destruidas por esta causa. Que no suceda lo mismo entre nosotros. No busquemos más que humillarnos, no tengamos otra ambición que ésta de la que Nogues nos ha dado ejemplo.

Tenía un admirable espíritu de fe. En el santo altar como un ángel. Entro, por azar, en su habitación mientras confesaba, le vi regando con sus lágrimas al penitente que estaba a sus pies, después de la consagración... (inacabado)

SERMON. FALSA IDEA QUE UNO SE HACE SOBRE LA PERFECCIÓN, 745

P. 2486-2490

Varias veces a lo largo del año, he observado que algunos de ustedes están bloqueados en las vías de la perfección debido a las ideas falsas que se hacen sobre la perfección. Por ello creo que es un deber que yo aproveche este tiempo de retiro para darles algunos consejos en referencia a este tema

Dios no quiera que piensen que yo no quiero que deseen vivamente ser perfectos, ni que trabajen con ardor en llegar a serlo. Desgraciado el cristiano, y más aún el sacerdote o el religioso, que cierre su oído a esta palabra que nuestro divino maestro dirigía a sus discípulos sin excepción: Sean perfectos como el Padre celeste es perfecto. Pero hay que tener cuidado y no imaginarse la perfección de un modo vago, y atormentarse inútilmente y falsamente por querer llegar a un estado que no es, ni puede ser, el del hombre sobre la tierra.

Nada hay más peligroso que las ilusiones de este género. Exaltan la cabeza, secan el corazón, uno se agota en sutilezas interminables, uno se extravía en un laberinto que no tiene salida.

Sin embargo, me dirán, puesto que por un lado estamos obligados a tender a la perfección y por otro es tan fácil de engañarse al intentar alcanzarla ¿cuál es la regla a partir de la cual debemos formar nuestros juicios en este punto?

Hela aquí, hijos míos. Este juicio debe estar fundado, no sobre razonamientos sino, sobre hechos. Estén seguros que todos los pensamientos que les llevan al desánimo y a la turbación, que debilitan sus fuerzas, desalientan su

celo, no vienen de Dios y no pueden conducir a Él. Que todo lo que les lleva a la melancolía, a la murmuración, a la desconfianza en sus superiores, al descontento de su estado, no es más que una tentación, de ese modo Satán se transforma en ángel de luz para seducirlos. Lo mismo que transportó a Nuestro Señor sobre una alta montaña, desde donde le hizo descubrir todos los reinos de la tierra, se apodera de su espíritu, le lleva hacia las regiones elevadas, mostrándole a lo lejos quimeras seductoras, le deslumbra para hundirle en seguida en las tinieblas del orgullo.

Sí, del orgullo (inacabado)

Porque, en fin, ¿qué efecto producen en ustedes estas reflexiones inquietas que yo condeno? ¿No es, muy a menudo, el de preferir el juicio de ustedes al de los guías que Dios les ha dado? ¿No es el de producirles una especie de repugnancia a dejarse conducir por ellos? ¿No es el de una triste disposición a quejarse de todo, a escandalizarse sin motivo? ¿No es, por fin, el de un secreto deseo, no solo de ser perfectos, sino de saber que lo son, de verse sin mancha ni arruga ante sus propios ojos? Conocimiento que Dios rechazará siempre, porque destruiría en ustedes la humildad, fundamento único de toda perfección y de toda virtud; porque él quiere que no pongamos nuestra seguridad en nuestra inocencia sino en su misericordia.

Recuérdelo bien, la perfección no consiste en no experimentar ninguna debilidad en nuestra voluntad, y en estar por encima de todas las miserias inseparables de nuestra condición aquí abajo. No consiste en hacer algo extraordinario o grande, sino que consiste en ser humilde, pequeño, dócil en la mano de Dios, en estar lleno de indulgencia y de caridad para con nuestros Hermanos, estimándose a sí mismo el último y el más imperfecto de todos.

Consiste particularmente en hacer con amor, con sencillez y con una admirable paz todo lo que está en el orden de la obediencia.

Buscan en la historia modelos de perfección y de santidad, pero ¿no tienen ante sus propios ojos modelos muy apropiados para moverse y para instruirse? Miren a nuestros sencillos Hermanos, puedo decir en relación a ellos lo que Nuestro Señor decía a sus apóstoles mostrándoles a los niños: “de ellos es el reino de los cielos”. Este pobre Hermano que barre las escaleras y las habitaciones, que les sirve a la mesa y que realiza estas humildes funciones sin pensar en otra cosa más que en cumplir la santa voluntad de Dios, está muy por encima de cualquiera de ustedes que se esfuerza en elevar violentamente su alma a sublimes contemplaciones y que, volviendo a caer sobre sí misma, se vuelve incapaz de gustar las dulzuras de la gracia, que da la fuerza a aquél que es débil, no inspirándole una confianza presuntuosa, sino haciéndole conocer su debilidad.

Se turban con una multitud de cuestiones y de cosas, podría decirles: “te turbas por muchas cosas”, mientras que él, por el contrario, alejando su espíritu de toda reflexión especulativa y vana, dejándose conducir humildemente, no por sus propios pensamientos, sino por los de sus superiores, como un instrumento dócil, “ha escogido la mejor parte”.

En dos palabras, hijos mío, ¿quieren hacer verdaderos progresos en la perfección? No se preocupen de hacerlo de modo especulativo, tiendan a ella,

no por medio de esfuerzos inquietos, sino con calma, regularmente y con constancia. Abran, ensanchen su alma, y entonces Dios hará correr en ella deliciosamente un río de gracia, de luz y de paz.

SERMÓN. MEDIOS PARA CONSERVAR LOS FRUTOS DEL RETIRO.

P. 2531-2534

¿Qué medios debemos tomar para conservar los frutos del retiro, para crecer cada día en fervor y santidad? Les reduzco a dos: en primer lugar, caminar en la presencia de Dios, en segundo lugar, hacer todas las acciones con espíritu de fe y de caridad.

Que debemos caminar en la presencia de Dios para llegar a ser perfectos, no podemos dudarlo puesto que es el mismo Dios quien nos lo ha dicho: “camina en mi presencia y serás perfecto”. Un alma pura, sencilla, que en medio de las más numerosas ocupaciones recuerda sin cesar que Dios le ve, que a cada instante, por así decir, se une a él por aspiraciones llenas de amor, que le llama con todo el ardor de sus deseos, permanece inquebrantable en las tentaciones, y no caerá ni en la turbación ni en el pecado. Pero para llegar a este feliz estado, es necesario saber desprenderse de las criaturas aunque tengamos que mantener con ellas continuas relaciones. Debido a que nos dejamos arrastrar demasiado fácilmente por las impresiones más o menos vivas que producen en nosotros las cosas exteriores y sensibles, es por lo que nos cuesta tanto pensar habitualmente en Dios, y escuchar esta dulce voz de la verdad que nos enseña dentro, incluso durante la meditación, incluso ante el altar. Por esto es por lo que, nos sucede muy a menudo, no escuchamos o escuchamos a medias y que aprovechamos tan poco de sus lecciones para avanzar en la virtud.

Tengamos en el futuro mayor cuidado que el que hemos tenido hasta ahora en mantener nuestra alma, en cierto modo, en nuestras manos, bajo la mirada de Dios para que no obre más que por espíritu de fe y por el movimiento de la gracia. No nos limitemos a ofrecerle por la mañana nuestras acciones, renovemos a menudo a lo largo del día el recuerdo de su presencia, y hagamos de modo que ya nuestra conversación esté en el cielo. Y entonces haremos todos nuestros ejercicios de piedad con fervor, nos sacudiremos fácilmente el relajamiento y, en la unión con Dios, principio de toda luz, de toda vida, encontraremos nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra fuerza.

Cuando añado que debemos estar animados de espíritu de fe, en el fondo, no digo otra cosa que lo que acabo de decir. Porque ¿no es solo la fe la que puede elevar continuamente nuestra alma hacia Dios, como acabo de explicar? Sin embargo, observemos cuál será la influencia de la fe y cuáles sus efectos en nuestra conducta.

Por la fe triunfaremos del mundo, despreciaremos sus promesas y sus amenazas y abrazaremos con amor todo lo que Jesucristo ha amado, todo lo que el mundo aborrece: la pobreza, las humillaciones, los sufrimientos. Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. Estaremos siempre dispuestos a sufrir los desprecios y los rechazos, nos sentiremos felices de no tener nombre, ni reputación, y de no ser nada. Estaremos igualmente satisfechos en el último que en el primer lugar, lejos de lamentarnos de las contrariedades de cualquier género y sin cesar renacientes, a las cuales estamos expuestos, las miraremos

como pruebas salvíficas que acaban purificándonos, haciéndonos más conformes a Jesucristo. No miraremos ya ni los hombres, ni las cosas ni los acontecimientos de una manera natural y por consiguiente engañosa. Los miraremos en relación con la eternidad, a la luz del mismo Dios y los juzgaremos como Dios los juzga.

Pero al espíritu de fe debemos unir el espíritu de caridad, o mejor no puede darse el uno sin el otro. Y cuando hablo de caridad no me refiero solo al amor de Dios y del prójimo en general, me refiero a que nos es necesario que estemos de tal modo unidos, y que reine un acuerdo tan perfecto entre nosotros que se nos pueda aplicar en verdad en todo su sentido esta palabra de San Pablo: una sola alma y un solo corazón.

Me refiero a que cada uno tolera las debilidades de sus Hermanos, sean corporales o del espíritu, con una paciencia que nada altera. Me refiero a que cuando uno de nosotros sufre, todos los demás sufren con él. Me refiero a que cada uno desea el bien del otro como el suyo propio. Me refiero a que cuando uno de nosotros tiene necesidad de ayuda o de alivio en sus funciones, la prontitud y la alegría con que se las procuramos muestran evidentemente el fondo de ternura que tenemos unos para con otros. En fin, que cada uno sea indulgente con el otro y que no se irrite o se indigne más que contra sí mismo.

Pero si solo amamos a los que nos aman ¿qué merito tenemos? Los paganos hacen lo mismo. Nuestra caridad para ser semejante a la de Jesucristo debe todavía extenderse a nuestros enemigos, ya que tenemos la dicha de tenerlos. Qué útiles nos serán sus persecuciones en el orden de la salvación, si quisiésemos, es decir, si tuviésemos el espíritu de fe y si considerásemos a aquellos que son para con nosotros más injustos como los instrumentos de los que Dios se sirve para enseñarnos a servirle sin ningún interés humano. Benditos sean y que Dios les pague el bien que nos hacen. Cuidemos no decir nunca una palabra amarga contra ellos. En toda ocasión debemos testimoniarles que no tenemos otros sentimientos hacia ellos que los que nos inspiran la caridad y el reconocimiento cristianos. Estos son los últimos consejos que creía que debía darles. Ojalá les acojan y les pongan en práctica. “Hagan esto y vivirán”.

INDICE GENERAL

La amistad	Pág. 001
Correspondencia con Bruté de Rémur	Pág. 002
Extractos de cartas a Bruté de Rémur	Pág. 004
Extractos de cartas a Hay	Pág. 008
Extractos de cartas a Querret	Pág. 012
Extractos de cartas a Tesseyre	Pág. 020
Fidelidad en la amistad por encima de las diferencias	Pág. 021
Amistades femeninas	Pág. 023
A la Señorita Lucinière	Pág. 025
Relaciones comunitarias	Pág. 029
Cartas, Sermones e Instrucciones	Pág. 030
Actitud ante el conflicto	Pág. 042
Carta a Le Meé	Pág. 046
Conflicto entre la Congregación de San Pedro, Monseñor de Lesquén, Juan María y las Hnas de la Providencia	Pág. 047
Conflicto de Dinan	Pág. 061
Conflictos administrativos	Pág. 063
Relación con la familia	Pág. 069
Relación con su padre	Pág. 070
Relación con su hermano Gratién	Pág. 072
Relaciones con su cuñado Blaise, su hermana Marie y sus sobrinos	Pág. 075
Relación con Feli	Pág. 079
El Padre Fundador y la Iglesia	Pág. 083
Cartas varias	Pág. 085
Obediencia total a la Iglesia	Pág. 091
Sermones	Pág. 093
Relaciones con los niños y jóvenes	Pág. 101
Cómo las vivía Juan María	Pág. 102
Cómo educaba y animaba a los Hermanos	Pág. 106
La sabiduría de la Cruz	Pág. 112
Abrazar proyectos	Pág. 113
El fracaso de proyectos acariciados	Pág. 116
Enfermedad y muerte	Pág. 117
Ruptura de amistades	Pág. 119
Críticas y juicios	Pág. 120
Juan María enseña la sabiduría de la Cruz a los Hnos	Pág. 122
Unidad de vida	Pág. 125
Memorial, cartas y sermones	Pág. 127
Índice	Pág. 142